

Cuba y América

Año VI

MAYO, 1902

No. 112

HEMEROTECA
RESERVA

LA YUCA

Por Gabriel Camps.

Colección CUBANA

VOZ americana. Planta propia de la América tropical y septentrional, con la flor de seis piezas, seis estambres cortos y planos, tres estigmas y las hojas crasas y apiñadas en el ápice del tallo. La harina que se saca de la raíz de este arbusto, se llama mandioca. Nosotros llamamos *yuca* á la planta y más propiamente á la raíz. Ningún producto de la tierra tiene más variadas aplicaciones que la yuca, y es lástima que, hasta el presente, su cultivo en Cuba se haya limitado á muy corta extensión. Sólo se cultiva, con fines comerciales, en la parte Sud Oeste de la provincia de la Habana, en los términos de Quivicán, la Salud, Alquizar, Güira de Melena y Artemisa, donde constituye una fuente de riqueza. Por el Censo de Cuba, que publicó en 1899 el Gobierno americano, sabemos que la yuca se produce en todas las provincias, pero al parecer en Santiago de Cuba es donde se le consagra más atención, hallándose en dicha provincia casi la mitad del área sembrada de esta vianda en la isla.

La siguiente tabla muestra las áreas ex-

presadas en cordeles, de los cuales hay 324 en cada caballería, ó 10 por cada acre, aproximadamente, que se sembró de cada una de las cosechas principales, así como la proporción del área cultivada en cada cosecha:

	CORDELES	POR CIENTO
Caña de azúcar.....	4.124.016	48.9
Tabaco.....	817.452	9.6
Plátanos.....	753.627	8.9
Maiz.....	639.042	7.5
Yuca.....	283.363	3.3
Café.....	137.854	1.6
Cocos.....	120.261	1.4
Papas.....	26.808	0.3
Naranjas.....	23.418	0.3
Cebollas.....	14.274	0.2

Los ingleses llaman á la yuca Casava, del español casabe ó cazave, derivado de *Kasabi*, en el lenguaje de



BOHIOS DE UN CAMPO DE YUCA.

Haytí. Dice Noah Webster que los jugos de la raíz son venenosos, pero que por la presión, el agua y el calor, pierden esa cualidad, rindiendo la raíz una sustancia almidonosa llamada cassava muy empleada como alimento. El casabe purificado dá la tapioca del guarani *tipioka*, fécula de color blanquecino que se deshace en el agua caliente, formando un líquido mucilaginoso, transparente, muy nutritivo y de fácil digestión.

fieren los terrenos sueltos, colorados, de profunda capa vegetal. Si bien se cosecha en los de polvillo y perdigón. Los guajiros dicen que en estos terrenos todo se va *en vicio* de las hojas y del tallo á expensas de la raíz, que es el producto industrial. Pero esta es la misma ignorante preocupación, que desprecia los arados de disco, los abonos, el acarreo con mulos y otras mejoras de que tan necesitada está nuestra descuidada agricultura. Si á una labor

inteligente del suelo, uniéramos los abonos y el riego, es indudable que aumentaríamos á un grado fabuloso el rendimiento de yuca por hectáreas.

Hoy se cosechan al rededor de 12,000 arrobas por caballería, que venden á los *trenes* para hacer almidón á 8 y 10 centavos plata española, que es un mal precio, y como la planta cierra pronto y no requiere el esmero del tabaco, ni los chapeos de la caña, puede decirse que el 50% del producto bruto, es utilidad. Luego no es atacada por insectos,

ni teme al fuego, y la recolección es fácil, lo mismo que su transporte.

¿Y para qué sirve la yuca, preguntarán los que no han oído más de esa planta sino "que el berraco está en la yuca?"

El Conde de Pozos Dulces contesta-



BOHIOS.—LA CASA DEL MAYORAL.

Henry M. Stanley, el explorador del continente obscuro, refiere que el casabe es uno de los alimentos más apreciados por los negros, que lo transportan de grandes distancias, en ligeras canoas á los principales mercados.

El cultivo de la yuca es fácil. Pre-

rá por nosotros: La yuca que contiene en mayores proporciones todos los elementos útiles de la papa, le saca además la inmensa ventaja de una producción duplicada en nuestro clima en igualdad de superficie cultivada. La preeminencia de la yuca sobre la papa es de mucha consideración.

Está hoy sucediendo en Europa con las féculas, que tanta importancia van adquiriendo, lo que ya aconteció con el azúcar, que siendo fruto legítimo de los trópicos lo forzaron con medidas artificiales y violentas á una producción efímera en climas que le son antipáticos, para desaparecer, como inevitablemente desaparecerá, al primer soplo de una reforma arancelaria. Cuba puede vivir tranquila porque á falta de la caña ahí está la yuca, planta privilegiada para la

cipales aplicaciones del almidón, de la dextrina y de la glucosa:

ALMIDON

Sus principales aplicaciones y los productos que de él se derivan son:

Almidonado de los lienzos. Encola-



CASA DE MAIZ.

do de los papeles finos. Dextrina. Glucosa. Pastas. Comestibles. Fideos. Sémolas. Tapioca. Sagú. Salep. Almidón tostado. Polvos para preparar los moldes de los fundidores de bronce.

DEXTRINA

Sirve para las siguientes preparaciones.

Panes de lujo, tisanas mucilaginosas, cerveza, sidra, alcohol, licores, esparadrappo adhesivo, encolado de tejidos, aderezo de tules, mordiente para telas de seda é indianas, impresión de colores sobre los tejidos de algodón. Cola fría

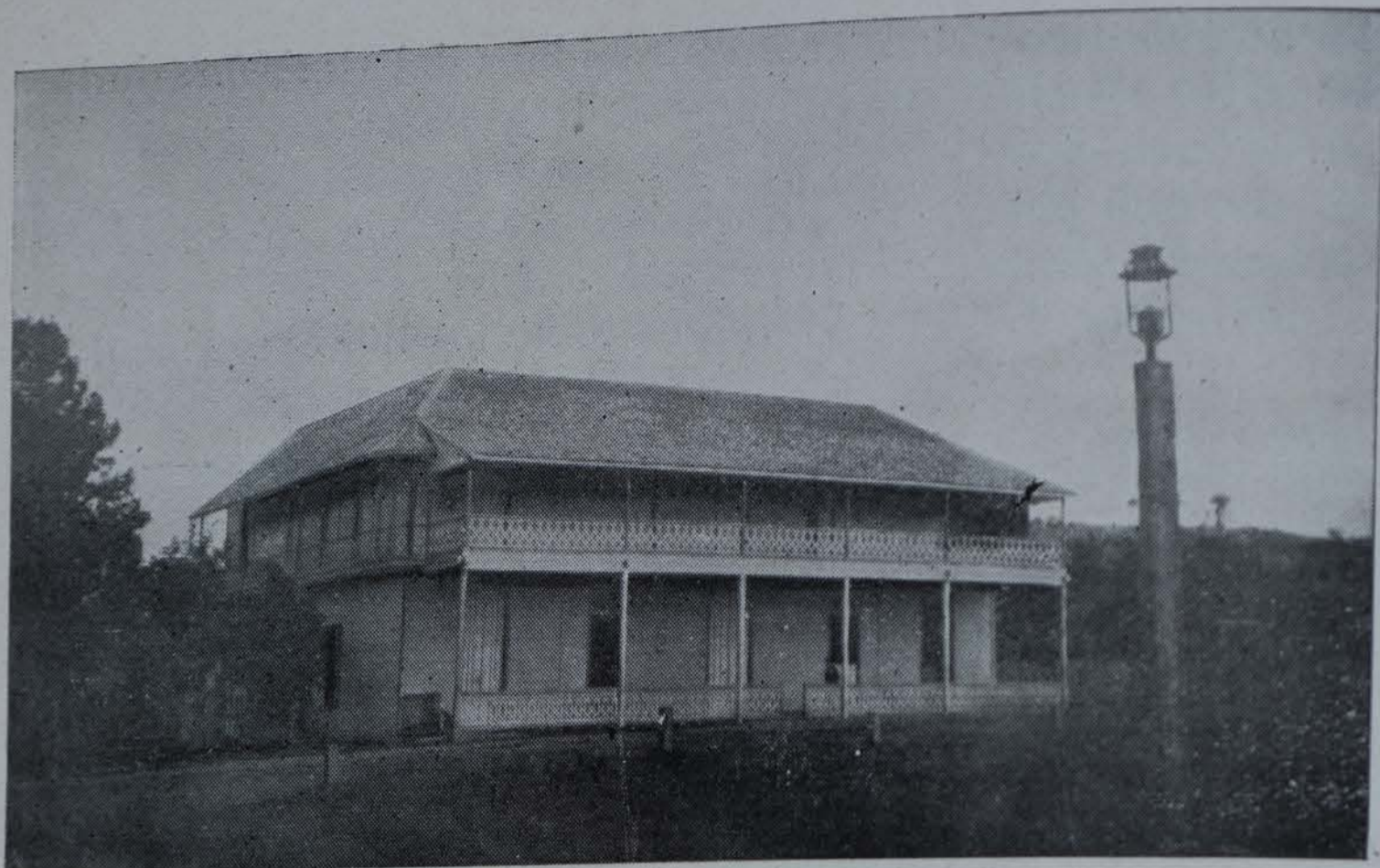


CASA DE ARADOS.

fécula. La dextrina y la glucosa fabricadas con el almidón se emplean hoy en toda Europa por millones de arrobas.

El siguiente cuadro resume las prin-

é imputrescible, pintura de papeles y subido de los colores, papeles autográficos, engomado de estampas y de dibujos, baños mucilaginosos para imprimir sobre seda, vendajes aglutinativos



CASA DE VIVIENDA.

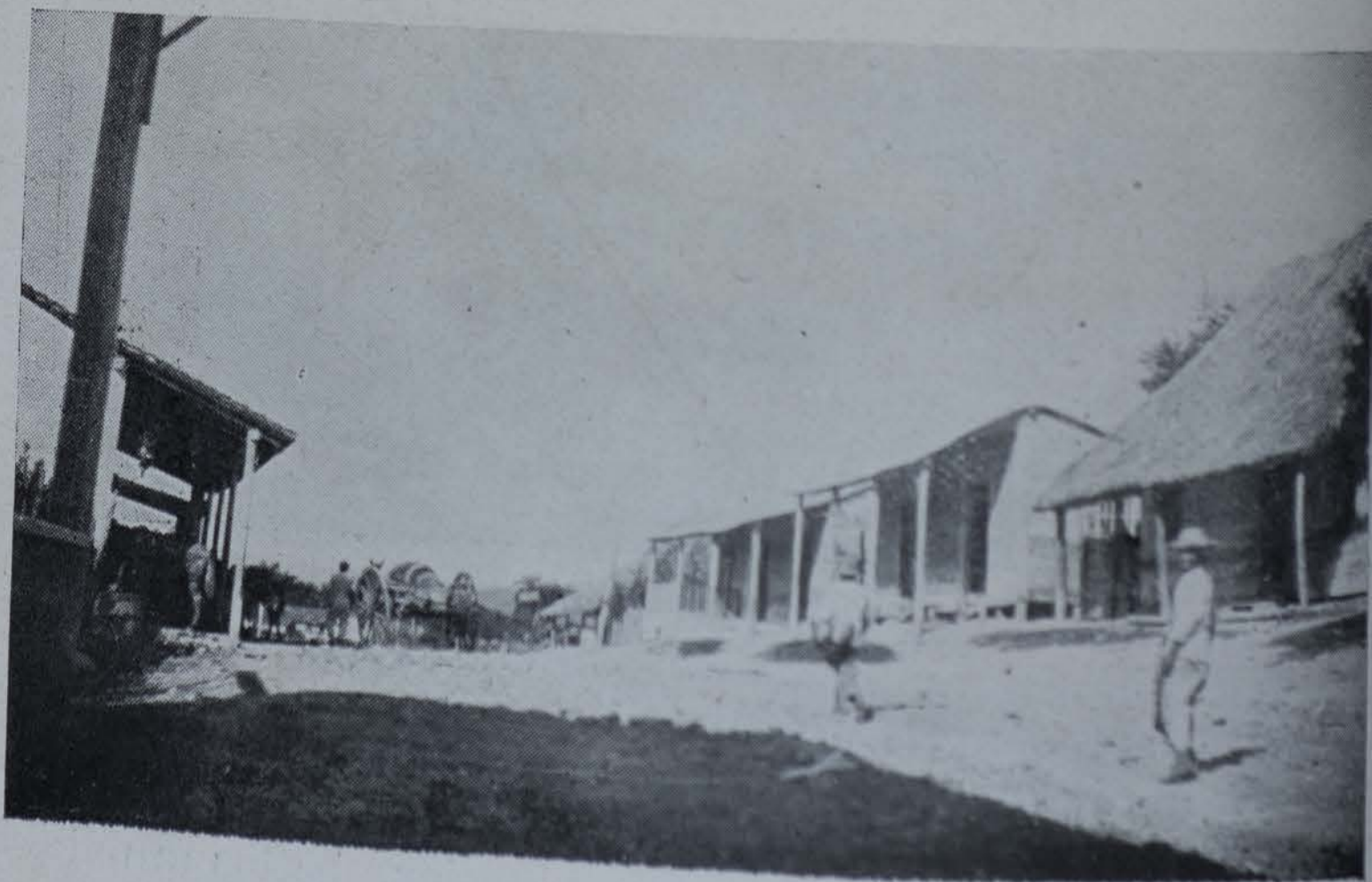
para mantener y consolidar las fracturas.

GLUCOSA

Al estado de sirope, sirve:

Para la fabricación de aguardientes, cerveza y alcohol. Para mezclar con los siropes de azúcar y para diversas preparaciones de confitería. Al estado sólido para los mismos y otros usos numerosos y también para mejorar los vinos de calidad inferior.

No paran aquí las aplicaciones de la yuca. Además de las que ha encontrado el distinguido agrónomo cubano, tiene otras muchas. En las colonias francesas se hace aguardiente de yuca por medio de la destilación. El gran químico M. Payen recomienda dos métodos al efecto. La pulpa ó *catibía* de la yuca constituye un magnífico alimento para los animales, especialmente para los cerdos y las gallinas, que la comen con deleite. Ocupa la yuca lugar principal en nuestra mesa. Para muchos una ración de tasajo de Montevideo con yuca y su mojo, es un plato obispaal. Se



CALLE EN EL PUEBLO.

hace un dulce quisito llamado *cusubé*. Y el mado *mataham* del cual hay comer hasta la jita de papel, que se contiene. En varias partes el de Gibara muy afamado, hace el casabe que es una torta que sustituye pan de trigo, y presenta la parte principal del sustento de nuestros campesinos. La

tubérculos groseramente divididos por medio de un rallo hecho con piedra de pedernal, engastada en madera; se sueltan una parte del jugo que contienen; la pulpa escurrida sobre un filtro de corteza y calentada en vasijas de tierra, hasta producir una ligera torrefacción de la superficie que está en contacto con el fondo, constituye el *casabe*.

Sirve también la yuca como planta excelente para la rotación de las cosechas. Una siembra de caña, por ejemplo, en un terreno que se ha hecho una cosecha de yuca, resulta muy buena, pues la yuca refresca el suelo, y su extracción lo remueve y atomiza. El cangre ó sea el tallo se descompone y abona el terreno, y si se saca de él, seco, es una leña muy buena. Yo he

levantado vapor algunas veces en el ingenio sólo con cangres de yuca.

Me ha dicho un amigo, que hace poco un caballero francés, el conde Soffrey de Beaumont, ha establecido en Artemisa en la finca *Magin*, una maquinaria para reducir á rodajas la yuca, desecarla, y en ese estado, en sacos, exportarla á Bruselas.

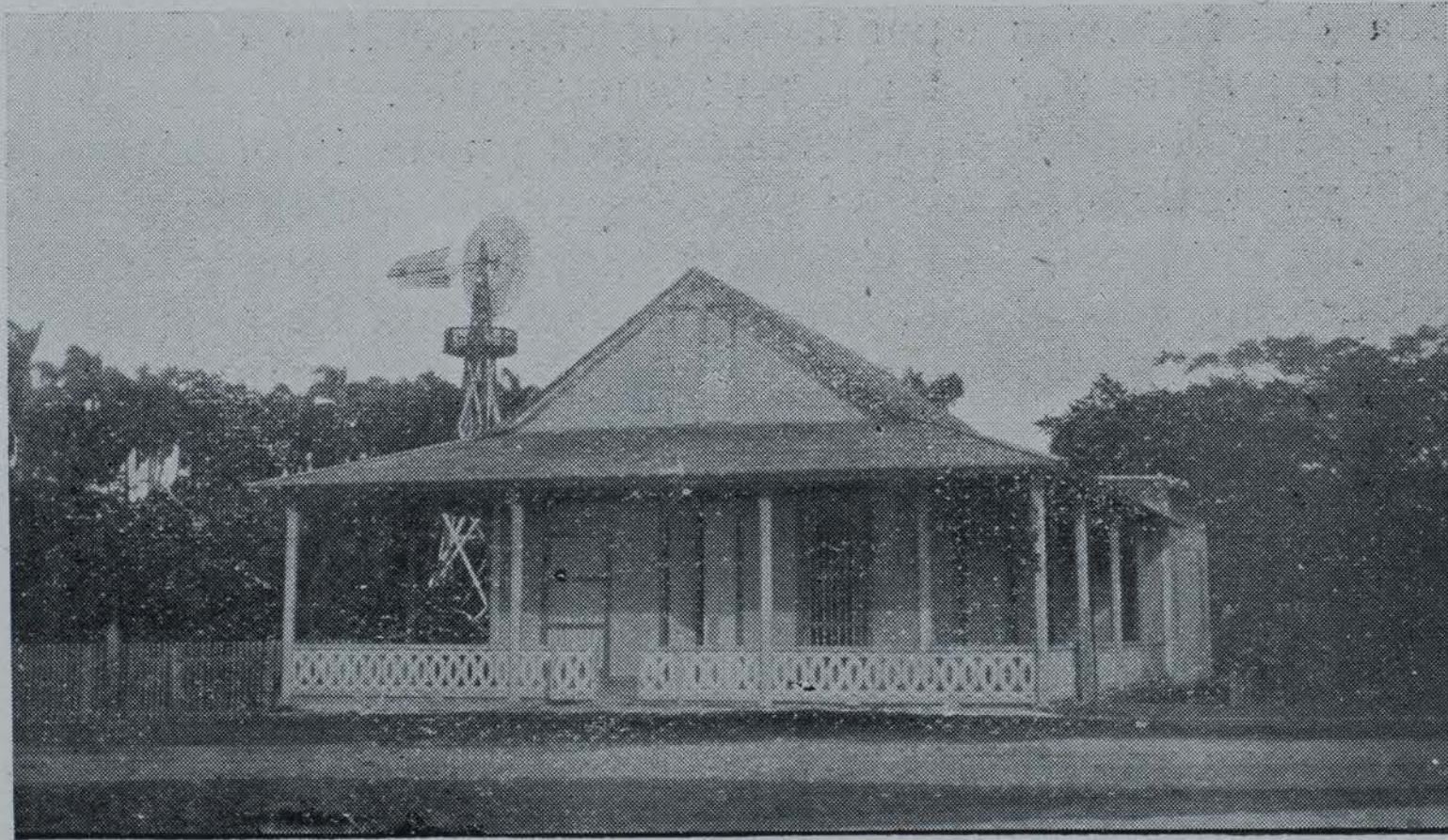
Otro amigo, corredor, me dice que tiene el encargo de comprar una finca para sembrar yuca para exportarla en bruto á Alemania.

Es satisfactorio saber que se van abriendo horizontes á la exportación del rico tubérculo. Nuestra administración no ha dedicado á su cultivo la más leve

Julio de 1900, página 47, se inserta el cuadro de las importaciones de almidón en las Aduanas de Cuba, y vamos á copiar al pie de la letra los países remitentes, para edificación del lector: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, España, Alemania, Colombia, Haytí, Italia, México, Puerto Rico,



EL PUEBLO.



LA MAYORDOMÍA.

atención. El arancel le es hostil, y nuestros lectores sabrán, con pena, que teniendo el mejor almidón del mundo, lo estamos importando hasta de..... China!

En el "Sumario Mensual del Comercio de la Isla de Cuba," publicado por la "Division of Insular Affairs, War Department," correspondiente á

diendo la importancia de la yuca, que contiene mayor proporción de almidón por acre que ningún otro vegetal ó grano, y para cuyo cultivo resultan apropiados los terrenos de Alabama, Mississippi, Georgia y Florida, ó sea toda la parte situada debajo de la línea Norte de Florida.

Según el profesor H. E. Stockbridge,

Honduras, Antillas inglesas, Jamaica, Venezuela, Santo Domingo, China, Bélgica y Ecuador. Desde los Estados Unidos que nos remitieron en siete meses 1.517,308 libras, hasta el Celeste Imperio que nos remitió 73,089, todo el mundo contribuye al brillo de nuestros elegantes. Los americanos van compren-

la yuca produce ocho toneladas de tubérculo por acre con 72% de almidón, y como alimento para el ganado vacuno, lanar y de cerda, es superior al maíz, acre por acre, y de cultivo tan fácil. En la Florida se emplean fertilizantes y se han obtenido los mejores resultados con la aplicación de la po-



CASA DE VIANDAS.

tasa. Aunque la industria está en su infancia hay en Florida dos factorías de almidón ó sea lo que llamamos por acá *trenes de yuca*. En Spring Garden, hay un solo campo de yuca de 375 acres; y á pocas millas de Pensacola, se han sembrado este año 55, con el solo fin de alimentar el ganado del rancho Magnolia.

Después de recientes ensayos hechos



EL YUQUERO.

en Jacksonville por representantes del *trust* de almidón, se ha llegado al resultado de que el de yuca, excede en la proporción de seis á uno al mejor almidón hecho de trigo, para todo lo relativo al lavado de ropas.

Se ha ensayado la yuca como alimento para el ganado y cerdos y al cabo de los 70 días que duró la prueba, había un aumento en los animales de un 30%. Con la particularidad que la cebada costó la mitad que si se hubiera hecho con maíz. El crecimiento de la yuca se ha obtenido con fertilizantes artificiales. Pero ahora se sabe que las leguminosas como el *velvet-bean*, ó frijol de terciopelo, y la

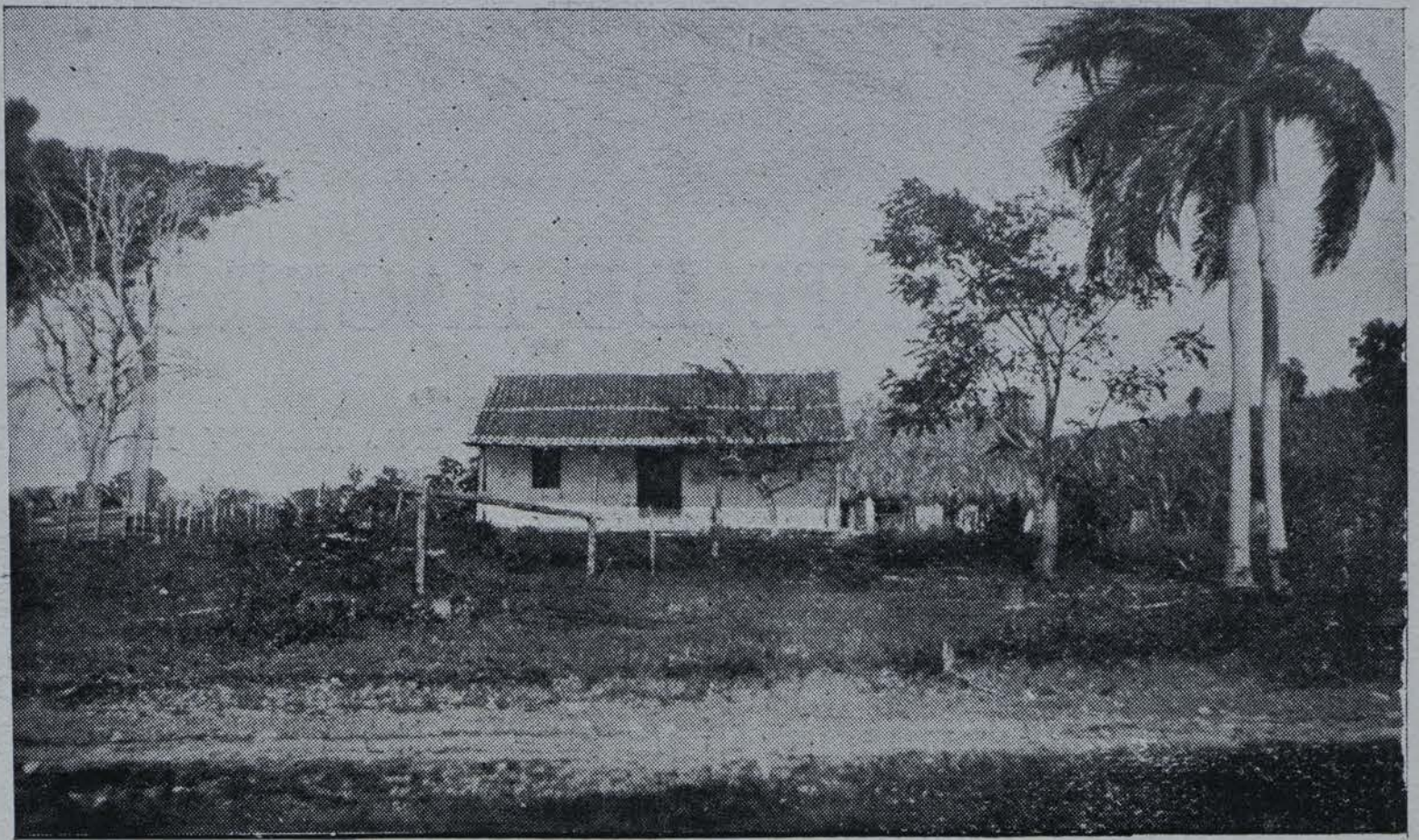
cow-pea, que crecen espontáneamente por donde quiera, resultan excelentes fertilizantes naturales.

Entre la yuca puede intercalarse el frijol negro que tanto gusta en el país y que es la base de la alimentación en el Brasil. Se cosecha á los tres meses y sus residuos lejos de perjudicar á la yuca, la benefician.

Existen distintas variedades de una sola especie de yuca. Las más conocidas son la agria ó brava y la dulce. (*Jatropha Manihot* L. *manihot*-utilísima.) El Sr. Rodríguez-Ferrer refiere que en 1847 encontró la *yuca palmiche*, en la orilla del rio Baconao, en la finca de D. Pedro O. Durrive, capitán de aquel partido, el que le dijo lo extremadamente

apreciada que había sido por Mr. Lydem, botánico del Rey de los Belgas, quien la llevó á su jardín, declarando que no era antes conocida en el reino vegetal. Esta planta y su fécula fueron remitidas á la Real Sociedad Económica, como puede verse en el periódico *El Faro* de 24 de Junio de dicho año, para el conocimiento de un tubérculo que aumentaba los medios alimenticios de esta isla.

En resumen. La yuca está llamada á operar una transformación en nuestra economía agrícola y puede sustituir de algún modo á la caña, si se nos dificultase la exporta-



CASA DEL VEGUERO.

tación del azúcar, nuestro sin rival producto.

El objeto de este artículo es llamar la atención de nuestros futuros hacendistas, para que tengan presente su importancia en la venidera legislación arancelaria de Cuba.

LOS ASTROS

POR DIEGO V. TEJERA.

Unos en pos de otros,
En torbellino férvido,
Ora en la luz bañados,
Ora en la sombra envueltos
Y humanidades tristes
Llevando en cautiverio:
Así ruedan los mundos
En el espacio inmenso.

Giran vertiginosos
Alrededor de un centro
Desde el cual Dios regula
Sus ímpetus y vuelo.
Y al pasar, cada globo
Deja un largo lamento;
Expresión infinita

De inacabables duelos;
Grito de lo que nace
Para morir, sufriendo;
Voz que piedad demanda
Con maldición ó ruego.

Mas ¡ay! en el abismo
Despéñanse los tiempos;
Y nunca de los orbes
Termina el raudo vuelo;
Ni cesa de los gritos
El lúgubre concierto;
Ni deja allá, en la gloria
Del luminoso centro,
De reinar impasible
El Hacedor Supremo.

EL ARTE DE HACERSE RICO

PREFACIO DEL LIBRO DE MR. HENRY HARDWIKE

TRADUCIDO PARA "CUBA Y AMÉRICA" POR UNA SEÑORITA.

LA mano del diligente hará al rico, mientras que el perezoso carecerá de pan," dice Salomón. El arte de hacerse rico parece que fué reducido por los hombres más sabios, á una regla general. La actividad en los negocios, es indudablemente uno de los grandes secretos de acumular dinero. Aunque esta verdad es conocida de casi todos, es ejecutada comparativamente por muy pocos.

En uno de sus ensayos Lord Bacon dice:

"No puede negarse que á veces accidentes extraños conducen mucho al éxito: el favor, la oportunidad, la ocasión; pero el molde de la fortuna de un hombre se halla principalmente en sus manos."

Cada individuo siente la necesidad de cierta cantidad de propiedad, además de la que es necesaria para proveer sus necesidades diarias. Ningún hombre puede pasarse sin alimentos, vestidos, ni albergue; pero tampoco le satisface una mera subsistencia. Algo ha de haber guardado para los días lluviosos, las enfermedades, ó los períodos en que no tenga trabajo ó para la vejez cuando esté demasiado débil para trabajar.

Existe un deseo natural de riqueza más allá de esto. El hombre tiene muchas necesidades intelectuales y espirituales, que sólo pueden satisfacerse con dinero. Entonces, también, cuando las necesidades individuales han sido satisfechas, las necesidades del público deben recibir atención.

Las grandes empresas requieren vastas sumas de dinero y las corporaciones de que á menudo abusan los igno-

rantes deben organizarse con el propósito de construir ferrocarriles, erigir manufacturas y para la realización de otros objetos, que individuos solos no pueden llevar á cabo sin reunir sus capitales con otros.

La riqueza con sus problemas, ha ocupado siempre desde las primeras edades la atención de las mentes pensadoras. La habilidad natural, las oportunidades y accidentes, algún invento afortunado, ó fortunas heredadas, pueden facilitar á algunos el hacerse ricos más rápidamente que otros y bajo las formas de un gobierno republicano; la envidia puede suscitarse en la mente de los pobres por demagogos que comparan su situación con la de los ricos. Estas desigualdades no pueden evitarse por la modificación de las fortunas, pero individuos de grandes riquezas pueden ser—y muchos de ellos lo son—de vasta utilidad para las masas del pueblo, creando oportunidades para empleos en la ejecución de obras de gran utilidad pública. El brazo de la industria se paralizaría y no habría incentivo para el trabajo, si se limitasen las fortunas.

Se necesita muy poca experiencia para convencer á alguien de que los hombres comprometidos en negocios activos han menester de toda la información que les sea posible adquirir con el fin de guiar sus asuntos al éxito. Muchos individuos logran sabiduría á expensas de su fortuna y reputación. El hombre sabio saca provecho de la experiencia de los demás.

El lector se informa al principio por el lenguaje de otro autor de un asunto análogo. "Puesto que la sabiduría ó la experiencia de un hombre es un

guía insuficiente en esta gran exploración de la verdad que contiene al fin un gran saco de dinero, hemos resuelto no tener confianza en nuestra adquirida habilidad para hacer dinero, pero lo hemos hecho gratuitamente con el conocimiento de los demás." Los principios, los hechos, las máximas y los juicios que nos proponemos citar son en parte originales y en parte cumplidos. Pocos han sido los que han escrito libros sin decir algo sabio sobre el asunto de hacer dinero y lo que de esto hemos aprendido se encuentra en las páginas precedentes.

Con frecuencia se hacen estas preguntas: ¿El hacer dinero es un arte perdido? ¿Son todas las clases de negocios inciertos en sus resultados? Deben contestarse negativamente. El hacer dinero no es un arte perdido, todas las clases de negocios son inciertos, pero no igualmente. Estamos en el comienzo de una era en que las fortunas pueden adquirirse con una rapidez desconocida en los tiempos pasados. En los últimos tres cuartos de siglo el mundo ha estado fabricando maquinarias, caminos de hierro, telégrafos, vapores y prensas relámpago, y se encuentra ahora por la vez primera en condiciones de hacer negocios en gran escala.

En la historia del mundo no ha habido nunca tantas facilidades para convertir la materia prima en acabadas fabricaciones; nunca pudieron los hombres de negocios darse cuenta de que hubiera simultáneamente tanta gente como existe hoy preparada para atender á sus necesidades. Pero desgraciadamente la riqueza es de una naturaleza flotante y transeunte. Los pánicos financieros caen de repente sobre nosotros, haciendo de los millonarios indigentes. Por esta razón los hombres pensadores deben enseñar á

sus hijos alguna profesión ó comercio útil, á fin de que puedan ganar la vida honradamente si se ven lanzados de repente á merced de sus propios recursos. "El mercader de sabiduría es mejor que el de plata." Madame De Stael dijo una vez que podría ganarse la vida de siete modos diversos si se veía obligada á hacerlo.

Comparativamente se han escrito pocas páginas sobre la historia industrial del hombre. Necesitamos para guía de cada generación, una historia de los éxitos y fracasos pasados del hombre, sus triunfos y desgracias, una pintura de su condición material. El mundo podría soportar mejor la pérdida de todas las relaciones de miles de sitios y batallas si al hacer esto se obtuviese el conocimiento de un arte perdido. Aun las pirámides pudieran muy bien cambiarse por algunas de las tiendas de trabajo y manufacturas que existían en tiempo de los Faraones. Cualquier hombre que descubra un nuevo curso de ganar sin detrimento de la sociedad merecería ser estimado; el espíritu público se sostendría de esta manera.

El autor desea francamente asentir en que á veces es difícil aplicar reglas generales, así como encontrar las condiciones cambiantes de los negocios y los requisitos industriales, pero al mismo tiempo insiste formalmente en que las que señala son de gran valor estando fundadas en el buen sentido y sano juicio. Muchas de las más sabias naciones comerciales han condensado una vasta cantidad de experiencia en las enérgicas máximas á que han dado circulación. También desea decir que no pretende haber escrito un comprensivo tratado, sino que ofrece simplemente una serie de sugerencias, con otra de ilustraciones, elegidas arbitrariamente.

IMITACION DEL "LAGO"

(DE LAMARTINE)

POR ESTÉBAN BORRERO ECHEVERRÍA

A mi amigo muy estimado el Sr. Raimundo Cabrera.

Así; siempre lanzados
A mares ignorados,
En noche eterna envueltos
Para no más volver,
¿No podrá nuestra mano,
Del tiempo en el Océano,
Fijar la barca móvil
Y anclar alguna vez?...

¡Oh, Lago, tus arenas
Vieron brillar apenas
Doce lunas; y trémulo
Tu margen piso yo,
Solo; sin la hechicera
Amada compañera
Que tus orillas, plácida
Conmigo visitó!

Entonces, como ahora
Rompiase sonora
Sobre las duras peñas
Su mole de cristal:
Entonces el suevo viento
Con blando movimiento
Traía tus espumas
Sus plantas á besar.

Una tarde ¿te acuerdas?...
(¡No su memoria pierdas!)
En tus cerúleas olas
Vogábamos los dos;
¡Cómo; en augusta calma,
Sumiase mi alma
En dulce, melancólica
Feliz contemplación!

De súbito los vientos
Nos traen los acentos
De voces melodiosas;
No oídas del mortal;
Y vibrante el ambiente
Llenóse blandamente
Con este dulce cántico
De mi musa genial:

Octubre, 1872.

"Oh, tiempo, el fugitivo
Curso, detén, cautivo:
Horas de bienandanza
No nos dejéis así:
Que, en calma, saboreada
La dicha codiciada
Sea, en continuo éxtasis
Este día feliz!"

"En congoja doliente
Os implora ferviente
El mísero que yace
Sumido en duro mal.
Llevaos con sus días
Sus largas agonías
Piadoso; á los que gozan
Del amor olvidad!"

¡Ay; que en vano mi acento
Pide un solo momento
Que alargue el goce íntimo
De la dicha fugaz!...
Guía lenta tu coche
De sombras, á la noche
Dije; y la aurora, fúlgida,
Se anticipó á brillar!

Amémos, sí; las horas
Fugaces, voladoras,
Sus contentos efímeros
Y su goce nos den!
Ningun puerto te espera
Mortal; ni halló ribera
El tiempo en su vorágine:
Pasa, y mueres con él!

Saturno codicioso,
¿Por qué el momento hermoso
En que nos brinda férvido
Su embriaguez el amor
De nosotros se aleja
Y más presto nos deja,
Ay, que los días tétricos
De muerte y de dolor?

Ni la dulce memoria
Quedará de su historia?
¡Qué! ¿Pasado por siempre,
Perdido de una vez?
El instante, que avaro
El goce nos da raro
De un bien que quita súbito
¿Nos volverá ese bien?

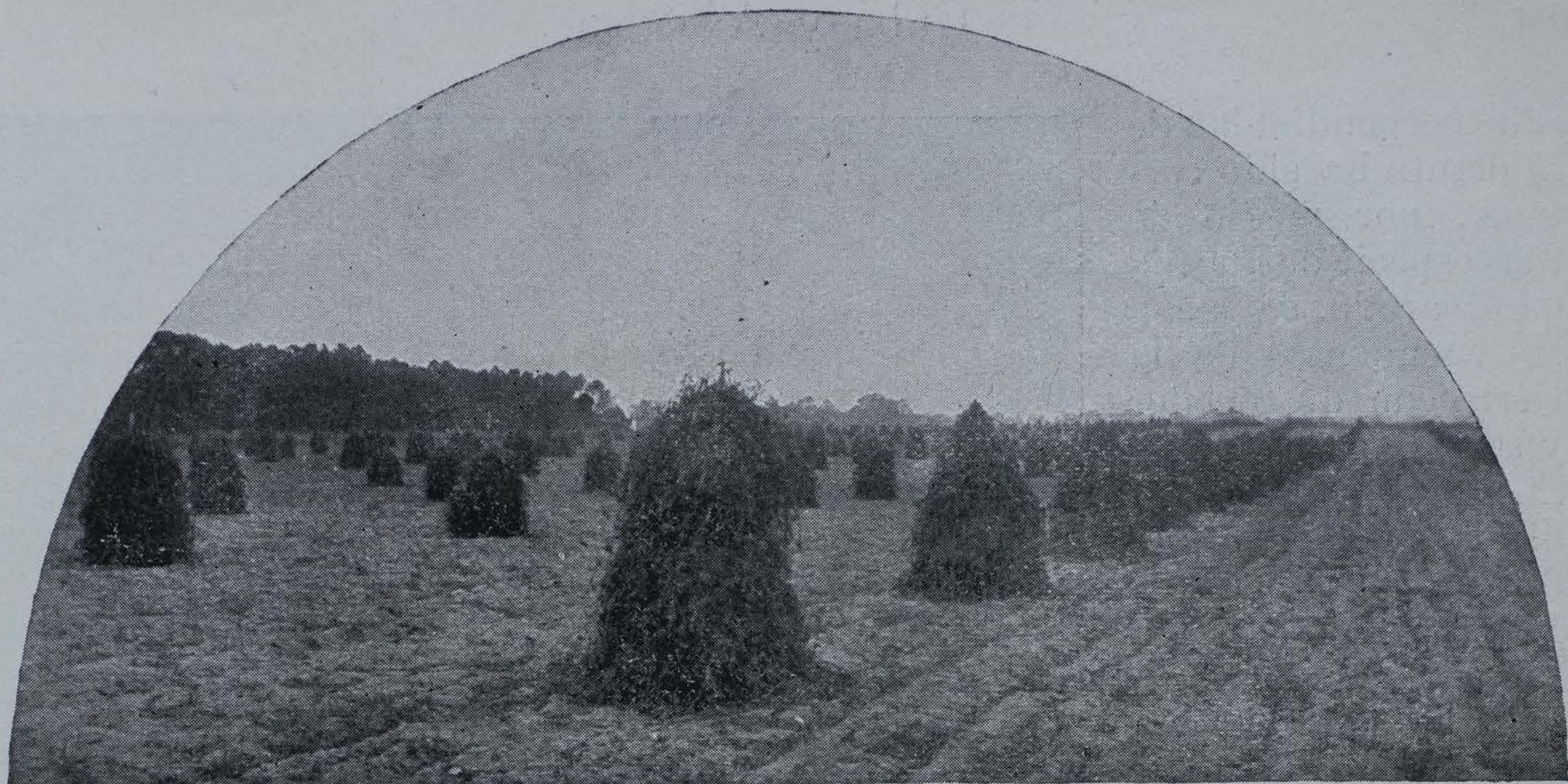
Abismos insondables
De sombras espantables,
Pasado, oscura nada,
Sombria eternidad,
¿Qué hacéis de nuestros días,
Qué, de sus alegrías,
Qué, de ventura tanta
Que al hombre arrebatáis?

¡Oh, Lago, manso río,
Grutas, bosque sombrío
Que acaso el tiempo olvida
O que hace revivir;
Naturaleza hermosa
Conserva tú piadosa
De estos instantes únicos
El recuerdo feliz!

Que viva en tu reposo,
Y en el ruido medroso
De tus olas que airada
Mueva la tempestad;
Y en ese tu halagüeño
Ribazo, tan risueño,
Y en las salvajes rocas
Que ciñen tu cristal:

Que el céfiro dormido
Despierte estremecido
Y en voces cuente, íntimas,
Mi historia, á tu onda azul:
Que los ecos distantes
Repítanla vibrantes
Cuando tu espejo bañe
La luna en suave luz!

Que el viento, en giro blando,
Las cañas, suspirando,
Y el hálito del bosque
En viva emanación,
Que cuanto en tí se admira
Se escucha ó se respira
En concierto dulcísimo
Hable de nuestro amor!



COLECTA DE MANÍ EN EL CAMPO

UNA VISITA AL REY DEL MANÍ

Traducción hecha por M. E. M.

UNA visita á una hacienda donde se cultiva el maní en Virginia ó en la Carolina del Norte, en tiempo de cosecha, es una diversión muy

atractiva. Aunque es verdad que antes de la guerra del Norte y del Sur se cultivaban estas nueces en grado limitado en unos pocos ingenios del Sur, la industria ha crecido considerablemente desde el año 1876, aumentando en importancia hasta el presente, en que forma la fuente principal de riqueza de varios condados de estos Estados.

Aun existen individuos en los dos Estados dichos que recuerdan el tiempo en que el maní se cultivaba en los jardines, fuese como curiosidad ó simplemente para el consumo interior. Gradualmente, y para satisfacer la demanda, los terrenos se extendieron, hasta que ahora, fincas enteras se dedican á este cultivo.

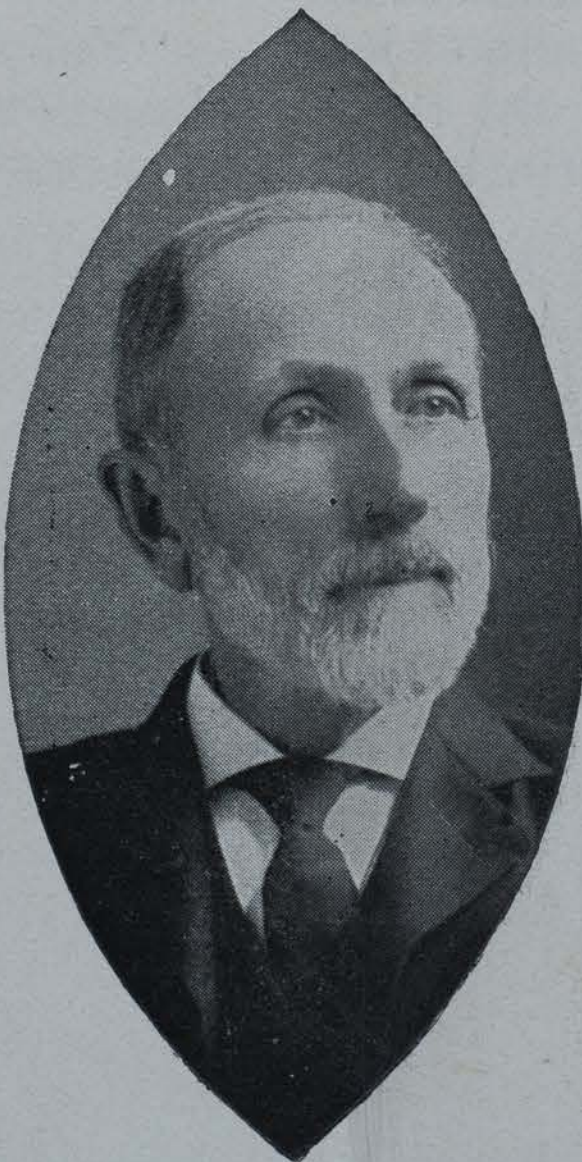
Según las diferentes localidades en

que se cultiva el maní, recibe diversos nombres. Aunque generalmente se concede que esta fruta es originaria del Brasil, el Africa ocupa el primer rango en su producción, y los Estados

Unidos el tercero, y surtiendo estos últimos la sexta parte de la cosecha del mundo.

Para alcanzar su madurez el maní no debe cosecharse más al norte de Maryland, requiriendo para su mejor desarrollo, un clima benigno, con suelo ligero y arenoso, tal como se halla en algunos de los Estados del Sur. Una de las peculiaridades de esta nuez, es que la fruta se madura bajo tierra. Las raíces están cubiertas de pequeños tubérculos en los cuales hay multitudes de organismos infinitamente pequeños, que proveen de nitrógeno á la planta. Se siembra la semilla á principios de la primavera,

en hileras ó colinas, y está lista para la cosecha á principios de Octubre, cuando los campos presentan su aspecto más bello. Después que la



MR. D. GWALTNEY

El rey del maní.

raiz perpendicular de la planta ha sido cortada, por medio de una especie de ala fija en el arado, se sacan los sarmientos de la tierra con un tenedor y se apilan en pequeños montones, y de allí en pilas para madurarse ó preservarse. Es un espectáculo pintoresco, en el Otoño, la gente de color de todos tamaños, separando el maní del sarmiento, y los chiquitines aquí y allí, sumidos en la tierra, mientras que las madres llenan los sacos para los establecimientos.

El establecimiento más grande de maní conocido en el mundo, propiedad de una sola compañía, está situado en Smithfield, Va., diminuta población anidada entre pequeñas colinas, donde jamás ha penetrado el ruido de una locomotora. Cuando el jefe de este establecimiento, el Sr. P. D. Gwaltney, que lleva el distintivo de



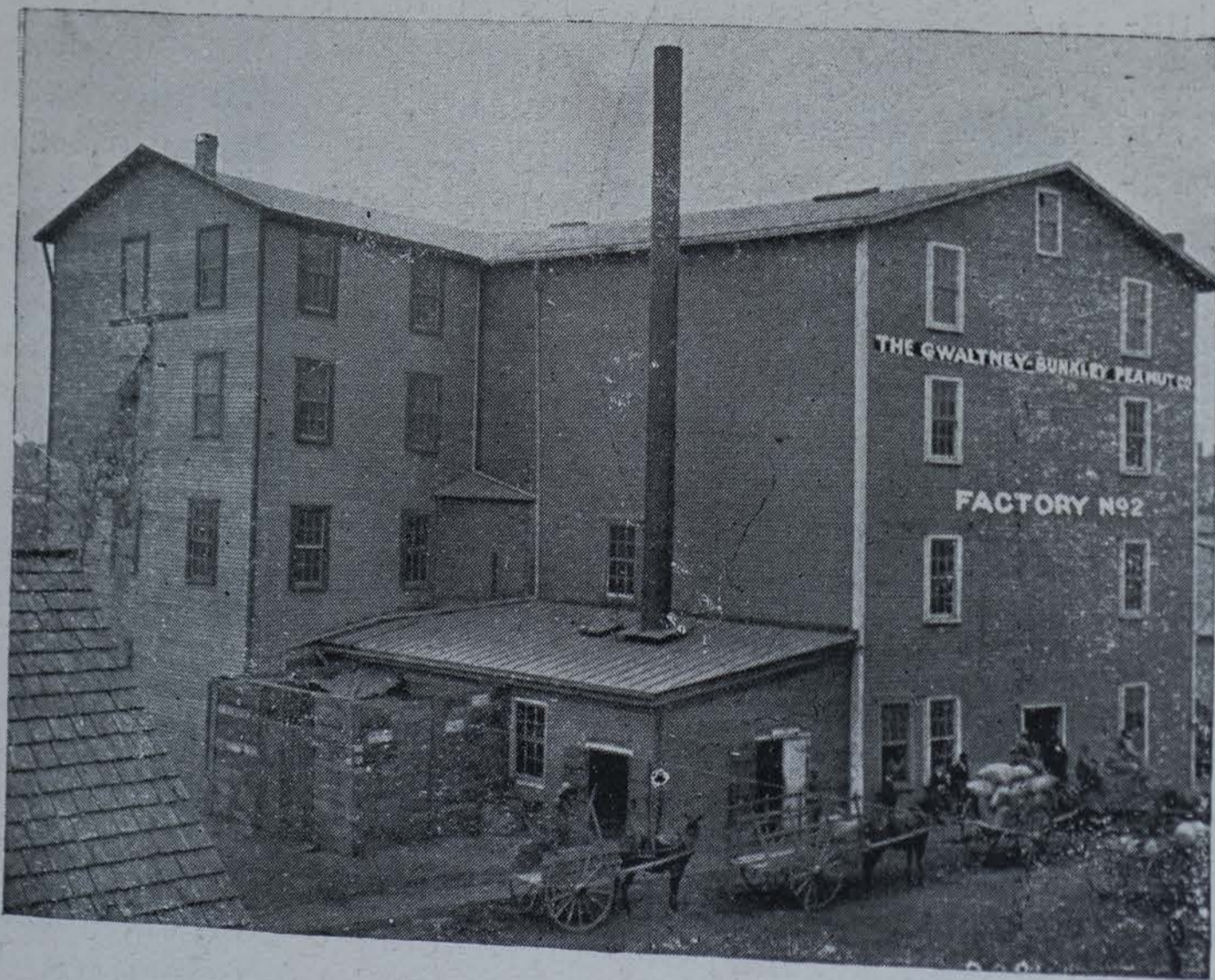
LOS ALMACENES DE MANÍ DE GWALTNEY

VISTOS DESDE EL RÍO.

“El Rey del maní”, volvió á su finca en la mayor pobreza, después de la rendición de Appomatox; echó á un lado su andrajoso traje de soldado y emprendió el cultivo del maní.

“Fué al principio una lucha,” dice el opulento veterano, y mi experiencia se asemejaba á la de muchos otros antes de alcanzar el éxito.

Una vez, á causa de un incendio y el fraude de un agente, perdí todo mi capital. Después de cultivar durante algunos años, me mudé á Smithfield, y empecé á comprar y embarcar maní, principalmente á Nueva York, en el mismo estado en que lo recibía de los agricultores. En el año 1880 emprendí el negocio de limpiar y clasificar el maní. Poco á poco aumentamos en importancia, hasta ahora que bajo el título de Gwaltney-Bunkley formamos la sociedad más grande

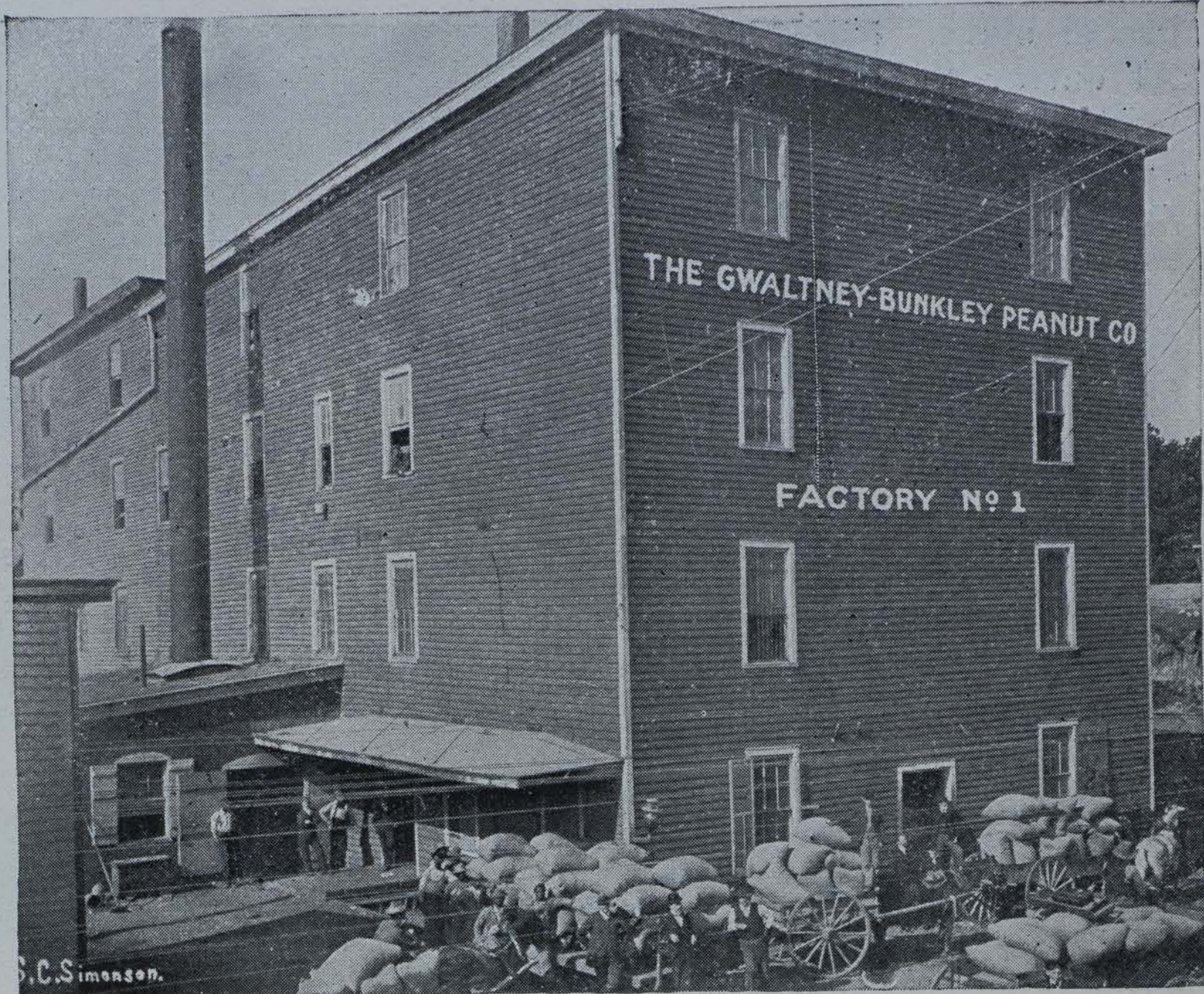


UNA DE LAS FACTORÍAS DONDE MILLARES DE SACOS DE MANÍ SE DESPACHAN ANUALMENTE.

de productores de esta fruta que hay en el mundo. Vendemos nuestras mercancías en las principales poblaciones de los Estados Unidos y del Canadá; hacemos grandes negocios en Londres y Liverpool, y embarcamos una cantidad de nueces á Holanda, dirigiéndose la mayor parte de nuestros cargamentos alemanes á Rotterdam y Amsterdam.

Intentamos es-

tablecer relaciones comerciales con el Cabo Town, en Africa, y también nos hemos fijado en los campos de Cuba y Puerto Rico con el fin de hacer negocio en estos dos puntos. Cuando estamos en pleno trabajo empleamos unos trescientos ope-



UN DÍA DE TRABAJO FRENTE Á LA FACTORÍA DE MANÍ DE GWALTNEY.

rarios en el establecimiento, en su mayor parte hombres y muchachas de color, de quince años en adelante. Nuestra capacidad al principio era como de cuarenta mil sacos al año, que ha crecido gradualmente hasta

hoy, en que alistamos para el mercado unos trescientos mil sacos, lo cual representa un valor de un millón veinte y cinco mil pesos. El consumo es mayor que nunca y aumenta constantemente."

Inspeccionar una de las grandes fábricas del señor G w a l t n e y equivale á hacer un pequeño estudio so-



OPERACIONES DE LIMPIEZA DEL MANÍ.

bre el maní. Al entrar lo primero que se ve son pilas de sacos rellenos, listos ya para el mercado. Cuando llega el maní de manos del agricultor está muy sucio, y requiere mucho trabajo de mano y de máquina antes que esté en condición para la venta. Los sacos se llevan primero en elevadores

hasta el cuarto piso, donde son clasificadas las nueces y repartidas en enormes arcones. El procedimiento de la limpieza, se empieza apartando las hojas, el polvo y las nueces no maduras. Después se las pasa por unos



OPERACIONES DE LIMPIEZA DEL MANÍ.

cilindros, de donde salen limpias y pulidas por la fricción. De allí bajan al segundo piso sobre mesas giratorias donde son escogidas por manos de mujeres y de niñas, que separan las oscuras de las claras.



ALMACÉN DE DEPÓSITO DEL MANÍ EMPAQUETADO PARA EL MERCADO.

Es sumamente interesante observar las trabajadoras en este salón. Cuando hay un número mayor de ellas se les anima a cantar himnos y melodías, pues la directiva cree que trabajan entonces con más ahinco. De las mesas giratorias pasan por cribas que las gradúan según el tamaño, y de allí a sacos marcados que se cierran cuidadosamente, ya listos para el

mercado. Hay carritos que corren constantemente de la fábrica á la embarcación que lleva la mercancía á Norfolk, el lugar de mayor distribución de maní en los Estados Unidos.

“Nuestra mejor marca, dijo el señor Gwaltney tomando un puñado de las nueces más blancas, es el Bon Ton, que consideramos representar el mejor maní del mundo, aunque la venta de marcas inferiores suele ser mayor.”

La variedad más apetecida es el maní de Virginia, que forma las dos terceras partes de la cosecha de los Estados Unidos. Se vende mayormente con cáscara y es la clase que compran los dulceros y que sirve para el tráfico de frutas del exterior. A este sigue el maní de Cuba, el cual, aunque más pequeño en tamaño, es de un sabor exquisito.

En los Estados Unidos una gran cantidad de este producto se emplea en hacer una especie de mantequilla que va extendiéndose más cada día, pues el maní se considera una comida muy sana. Un gran sanatorio del Oeste emplea varios cargamentos al año para el consumo de los enfermos.

El maní africano se vende á precio tan bajo en Europa que nos impide tener un gran mercado allí; pero ni éste ni el del Japón pueden competir en cualidades comestibles con el producto americano. Se calcula la cosecha del mundo en unos 600 millones de libras, de las cuales la ciudad

de Marsella emplea más de 200 millones para convertirlas en aceites para jabones, ensaladas y confituras. La Alemania también gasta mucha cantidad de maní, empleando el aceite en la fabricación de la margarina.



DESCARGANDO MANÍ EN LOS DEPÓSITOS.



UNA SECCIÓN DE LA FACTORÍA
DONDE EL MANÍ
SE DESCASCARA AUTOMÁTICAMENTE.

“¿Un trust de maní? Tuvimos uno conocido con el título de la “Asociación de maní de Virginia,” dijo el Sr. Gwaltney, pero resultó muy poco satisfactorio á los vendedores al por mayor. Otras se han ensayado, pero sin éxito. Habrá cosa de dos años tuvimos una huelga de diez días, entre nuestra gente de color, al cabo de los cuales reanudaron el trabajo

con el mismo sueldo, es decir, de cuarenta centavos hasta un peso veinte y cinco por día.”

El Sr. Gwaltney fué uno de los comisionados por el Gobernador de Virginia para la Convención de las industrias del Sur, que se reunió la primavera pasada en Filadelfia. El pertenece al tipo progresivo de los americanos del Sur, y bien merece el apelativo de “El Rey del maní.” Generoso hasta el exceso, siempre extiende la mano á los menos afortunados que él.

Las circulares publicadas por la gran casa que él encabeza, respecto al tamaño probable de la cosecha, ó cantidades existentes, han influido considerablemente en fijar los precios en diferentes épocas. Son considerados muy exactos

y leídos con interés por los traficantes.

La pequeña población de Smithfield, Virginia, además de la residencia del "Rey del maní," es también notable por la reputación internacional de que gozan sus jamones. Un paseo por los suburbios pronto hará saber al extranjero que el maní y los cerdos son las industrias principales del condado. Estos últimos vagan por los bosques, alimentándose de las bellotas y demás nueces que en ellos abundan, hasta que se cosechan el trigo, las papas y el maní, cuando se les suelta en el

campo para recoger lo que queda. La industria del jamón empezó en esta población en 1800, y el secreto de su popularidad consiste en el envase.

Cerca de Smithfield hay una de las más interesantes reliquias de los tiempos coloniales; una antigua iglesia que data de 1632, en cuyos terrenos aun existía en el año de 1870, el famoso roble bajo cuya sombra Tarleton y sus oficiales comieron en un tiempo. Las paredes de este edificio tienen dos y medio pies de espesor, y el material de construcción es de clase superior. Hace algunos años, cuando se hundió el techo, hallaron ladrillos con la fecha de 1632.

NIEBLAS

POR G. ATILES GARCÍA.

Bullen en mi cerebro las ideas
como el *champagne* en la brillante copa,
y ya como la espuma se deshacen,
y al crecer, otras veces, se desbordan.

Son alud de la nieve en la montaña,
burbujas en los cambios de las olas,
tienen varios colores como el iris,
y un sólo resplandor como la Aurora!

El vértigo me invade cuando suben
baten alas arrullan y sollozan,
y entonces se parecen á los cantos
quejumbrosos y tristes de la alondra.

Mas si el dolor las hiere,
ya no lanzan quejidos como tórtolas;
se elevan, como el cóndor, á la cumbre,
y allí se tienden con sus alas rotas!

Ruge el viento, furioso, en la alta cima
con una tempestad en cada nota,
y recobrando al punto nuevos bríos
más alto que la cima se remontan...!

Y siguen ascendiendo... y ascendiendo
á través de las capas de la atmósfera,
y á Dios buscando en su eternal delirio
sus plumajes en niebla se transforman!...

INFORMES

SOBRE LA SECRETARÍA DE HACIENDA Y LA ORGANIZACIÓN MUNICIPAL DE CUBA.

Por Enrique José Varona.

II

Habana Marzo 16 de 1900.—Mayor General Leonardo Wood—Gobernador Militar de Cuba.

Señor:

Habiendo considerado atentamente el resultado de la administración de nuestros Ayuntamientos, durante el pasado año, en lo que se refiere al manejo de la hacienda municipal, el Secretario que suscribe ha llegado á la conclusión de que á la reforma financiera que se intenta debe acompañar la reorganización de los municipios sobre bases más acomodadas á las condiciones sociales y económicas de la población cubana. De otro modo quedará subsistente una de las causas más eficaces del monstruoso desequilibrio que se advierte en los Presupuestos municipales.

Según la ley actual, basta el número de 2,000 habitantes residentes para constituir un término municipal, que tendrá su Ayuntamiento, compuesto de Alcalde, Tenientes de Alcaldes y Regidores, y su Secretario al frente de una oficina más ó menos numerosa. Así se constituye un organismo costoso, que ha resultado en la práctica poco útil; sobre todo en los términos municipales de larga extensión y escasamente poblados, que abundan en casi las dos terceras partes de la Isla.

Si atendemos como es debido, á que el mayor número de los habitantes de Cuba vive en el campo, entregado á las faenas rurales, se comprenderá fácilmente el error en que incurre la actual ley municipal, que sólo ha tenido en cuenta poblaciones verdaderamente urbanas.

En los países de origen germánico

como los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca y Prusia, en los eslavos, como Rusia y Servia, donde quiera que ha predominado ó predomina todavía la población campesina, la organización de las comunas rurales es diversa de la de los municipios urbanos y mucho más sencilla. En Francia y en los países que han imitado sus leyes municipales, es donde existe un tipo de organización municipal, que lo mismo se aplica á los campos que á las ciudades. Sin embargo la ley española tiende á facilitar la administración de los pequeños poblados, instituyendo en ellos juntas de vecinos, con funciones administrativas.

Desde el punto de vista en que cumple colocarse á esta Secretaría, la división de las agrupaciones cubanas en rurales y urbanas traería por primera consecuencia una gran disminución del personal burocrático de los Ayuntamientos y la subdivisión de los servicios de interés comunal, que podrían ser vigilados más de cerca por los inmediatamente interesados. Todo ello redundaría en positiva disminución de los gastos inherentes al gobierno local.

Por esta razón el Secretario que suscribe se permite recomendar á usted la formación de una junta que estudie y proponga lo más adecuado para dividir los municipios de la Isla en rurales y urbanos, teniendo presentes las bases redactadas por la Secretaría de Estado y Gobernación y publicadas en la Gaceta el 18 de Octubre del año próximo pasado.—De usted muy respetuosamente,—ENRIQUE JOSÉ VARONA.—Secretario de Hacienda.

Habana 4 de Abril de 1900.

Señor.....— Puerto Príncipe.

Estimado y buen amigo: me dice usted que ha leído cuanto se ha publicado en estos días sobre proyectos de reforma de la hacienda municipal, y me pregunta si tengo inconveniente en darle mi opinión sobre punto tan vital. Lejos de tenerlo, celebro que me brinde usted esta oportunidad de expresar mi manera de sentir respecto al asunto más grave, de cuantos se ofrecen hoy á la consideración del país. Hay muchos que se preocupan más de la forma de la futura república y de otros problemas políticos de no menor vuelo. Están en su derecho. A fuer de artistas, van delineando planes para el decorado de los frisos y la armoniosa contextura del frontón.

Como desde que volví á poner el pié en Cuba no he visto en torno mío sino ruinas, de todo orden, confieso á usted que me interesa principalmente ver la mejor manera de echar los cimientos para el nuevo edificio. Y crea usted que hay mucha necesidad de pensar en los cimientos.

Dejando á un lado metáforas, todo esto significa que para mí el problema de la organización municipal de Cuba es el más premioso. Pero no soy de los que creen, al decir organización, que por esta ha de entenderse una simple construcción en el papel, una ley que regule la manera de funcionar de las diversas clases de comunas ó municipios. Claro está que ha de haber una ley, pero ha de haber además el concierto de voluntades y actividades entre los habitantes de cada término que sirva de exponente de su vitalidad; ha de haber armonía de intereses y conciencia clara de la solidaridad que los une. De nada sirve reunir en un estatuto las reglas de una buena administración comunal. Para administrar bien se necesita estar interesado en la administración y para estarlo en la de una localidad se necesita sentir que su prosperidad, cultura y moralidad son otros tantos elementos de bienestar y progreso para cada uno de los individuos que la pueblan.

Temo bastante que el estado de conciencia de nuestra población en general diste mucho de ser ese que acabo de describir. Hay abajo mucha ignorancia y mucha miseria, y hay arriba mucho, no diré egoísmo, pero sí mucha inclinación á ver las cuestiones sociales por una sola faz, con espíritu exclusivo de clase. Bien poco ha que oí á personas respetables, y de seguro bien intencionadas, sosteniendo la tesis de que á los hacendados no importan los caminos vecinales, porque no hacen uso de ellos; y que por tanto sería injusto imponerles una contribución especial para construir esa clase de vías públicas. Nuestros hacendados son todos propietarios territoriales; y sin embargo no advertían los que me hablaban, por lo menos no lo advertían en ese instante, que la renta de la tierra crece en términos generales á proporción del desarrollo de la actividad social. Es decir que cuanto contribuya á mejorar la condición de los habitantes de la localidad en que radiquen sus fincas aumenta lo que pudiera llamarse la eficiencia económica de esos habitantes, y de ésta serían ellos los primeramente beneficiados.

Puedo estar equivocado, y ojalá lo estuviera, pero para mí nuestro problema fundamental, el gran problema social cubano, está en pié; tan grave, como hace tres cuartos de siglo. Cuba está despoblada. Su escasa población vive casi toda en el nivel más bajo que puede encontrarse en los países que se tienen por civilizados. Mientras no logremos levantar ese nivel, de modo que el pueblo, el ínfimo pueblo, coma mejor, se vista mejor, deje de vivir en pocilgas y pueda aspirar siquiera á los rudimentos de cultura, todo cuanto tratemos de edificar estará condenado á destruirse.

Hay dos razones capitales para temerlo. Un pueblo, depauperado fisiológica y moralmente por la miseria, produce poco y mal. La inmigración fecunda no se dirige á países donde la población con que ha de confundirse y amalgamarse vive en condiciones peores que el suelo nativo. De modo que

á seguir como vamos daremos poco de sí, y pocos vendrán de fuera á ayudarnos.

Será fácil encontrar muchos que estén de acuerdo con lo que acabo de exponer; pero cuando se trata de buscar y poner el remedio, asoma al punto el mal entendido interés de clase para ofuscar la vista y perturbar el raciocinio. En estos días hemos podido leer más de un ditirambo en honor de los impuestos indirectos y las más fulminantes denuncias contra los directos. No voy á enzarzarme en ninguna disquisición doctrinal. Ese es un tema agotado. La experiencia de nuestro siglo, enriquecida con datos cada día más precisos, se ha pronunciado ya. La manera mejor de repartir en toda la masa social la carga de la tributación es acudir á entrambas clases de impuestos, diversificándolos según las condiciones económicas del país. Pero cuando se trata de Cuba es claro que al hablar de impuestos indirectos se tiene delante la renta de aduanas; y lo que se desea preconizar es que sea esta la única fuente contributiva, ó poco menos. Pues resulta bien fácil demostrar que un arancel elevado es el mayor obstáculo para elevar el *standard of life* de nuestras clases jornaleras; por consiguiente el muro contra el cual se han de estrellar nuestros anhelos de prosperidad y progreso.

Pocas leyes económicas están más comprobadas hoy que la llamada de Engel. Resultado de las investigaciones de ese eminente profesor, sobre presupuestos de familias belgas, ha sido confirmada por todas las que se han hecho posteriormente en diversos países y especialmente en los Estados Unidos. Puede formularse así: "Mientras más pobre es una familia mayor es la parte proporcional de su entrada que gasta en alimentarse." Por consiguiente, mientras más caros sean en un país los artículos de consumo, menor es la parte que las clases más pobres pueden dedicar á las otras necesidades de la vida y sobre todo á las de orden superior. Encarecer la mesa del pobre es cerrarle la puerta para

todo avance en el orden social, mental y moral.

El desconocimiento de esa Ley lleva á conclusiones muy erróneas. En estos días el municipio de Dijon acaba de implantar la reforma que debemos nosotros á los Sres. Desvernine y Cancio desde el año pasado; ha suprimido los consumos y ha impuesto en su lugar una contribución sobre la propiedad inmueble. Se le ha objetado que el jornalero perderá en el alquiler de la casa lo que ahorre en el mercado. Si se tuvieran á la vista las Estadísticas de Engel y las que han venido después, se vería que el jornalero gasta cinco veces menos en la casa que en la plaza.

Como hay entre nosotros esa tendencia á preferir una tributación cuyos efectos inmediatos no saltan á la vista; tan pronto como se indica la posibilidad de acudir á otras fuentes, se levanta el imponente clamor de los interesados: "A mi no," dice el productor de azúcar; "Ni á mí," responde el que siembra el tabaco; "A mí tampoco," replica el propietario de casas; "Allí está la Aduana," claman todos á una. Esto en rigor demuestra que podemos ser muy patriotas; pero que al mismo tiempo tenemos ideas algo estrechas acerca de los deberes cívicos.

El problema financiero que se nos pone delante es el siguiente: Una sola renta, de índole estrictamente nacional con la que el Gobierno atiende á todas las necesidades públicas, lo mismo las nacionales que las locales. ¿Puede este mecanismo, por sencillo que sea, subsistir así? ¿Conviene á Cuba que subsista así? El resultado está ya á la vista. La administración local completamente atrofiada; los déficit municipales cifrándose por millones; municipios que ingresan cuatrocientos pesos anuales y presuponen once mil de gastos; todas las manos tendidas hacia el tesoro central, hasta para el pago de los sueldos de un alguacil; y eso cuando el tesoro paga la instrucción pública, la policía, las cárceles, la higiene y la beneficencia. Si no somos un pueblo de dementes, es tiempo de que hagamos alto y meditemos.

La reforma llevada á cabo el año anterior fué hecha en la dirección del gran movimiento financiero de la época. Hoy mismo la propone en Francia el Ministro de Hacienda M. Cailhau. Es la dirección más lógica y natural; puesto que hace depender la hacienda local de la vida económica local. Ella nos dá la base para reforzar los ingresos municipales, donde quiera y cuando quiera que sea absolutamente necesario reforzarlos. Esto lo determinarán los ayuntamientos bajo la fiscalización del pueblo. Después de castigados los presupuestos municipales por los mismos interesados donde aun subsista el déficit, habiendo sin embargo elementos de vida municipal, no hay otro recurso que aumentar los impuestos actuales, dentro de límites prudentes y sin exceder de un máximo que fije la ley, atendiendo á las condiciones diversas de las diversas regiones económicas que pueden reconocerse en el país.

Sólo así podrá cesar de ser la Aduana el manantial que alimente todos los servicios públicos y podrá pensarse en rebajar paulatinamente el arancel. Sólo así podrán ir volviendo las funciones municipales á su normalidad y cesará de depender todo de un centro único.

Esto no se opone á que se buscase una mejor distribución de nuestros Ayuntamientos, según que sean estrictamente rurales ó plenamente urbanos. Al contrario esta reforma ayudaría á descongestionar los presupuestos municipales y á reducir el personal retribuido.

Quizás me he extendido demasiado; pero no me pesará, si mis reflexiones parecen á usted tan útiles, como son bien intencionadas.—De usted atento y S. S.—ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 30 de Abril, 1900.—Mayor General Leonardo Wood,—Gobernador Militar de Cuba.

Señor:

Cuatro meses han transcurrido desde que me honró usted con el cargo de Secretario de Hacienda.

Realizada por mi honorable antecede-

sor en el año próximo pasado la reforma de nuestro sistema de rentas interiores, dentro de las líneas que me parecen más adecuadas á las condiciones económicas del país y á las costumbres de sus habitantes en materia de tributación, y manteniéndose completamente fuera de las atribuciones de este Departamento cuanto concierne á los aranceles de la Isla y á la administración de sus Aduanas, entendí que mi principal empeño debía dirigirse á la parte administrativa de mis funciones.

En esta dirección he procurado que las relaciones del contribuyente con la Administración y de ésta con aquellos fuesen tomando cada vez más el carácter que las distingue en los pueblos más adelantados de nuestro grupo de civilización. En éstos el ciudadano sabe que al pagar el impuesto cumple un deber cívico, y el funcionario está penetrado de que desempeña un servicio de importancia manifiesta para el buen orden civil. No cree el primero sufrir una exacción cuando da una pequeña parte proporcional de sus ganancias para el sostenimiento del gobierno en sus distintas esferas y funciones; y el empleado ve claro que la fuerza coactiva puesta en sus manos por el Estado es para que conspire, no á su interés personal sino al bien público.

En estos propósitos se han inspirado los distintos proyectos de decreto que he sometido á la aprobación de usted, y que enumero en la relación adjunta. En todos se propende á normalizar la percepción de los impuestos, facilitándole, despejándola del carácter vejaminoso que tenía en los antiguos reglamentos, quitándola de las manos de agentes intermediarios que la hacían objeto de lucro personal, muchas veces ilícito, procurando que el interés privado no encuentre ventajas aunque sean aparentes en fomentar la improbidad.

Con igual mira he recordado á mis subordinados en distintas circulares el deber en que estamos de mantener en nuestras oficinas un alto nivel de idoneidad y eficiencia. Penetrado de

que una de las grandes exigencias de la reorganización del país consiste en llegar á poseer un cuerpo de funcionarios inteligentes, peritos y probos, he procurado por todos los medios poner coto á la práctica abusiva de entrar en el servicio público por meras influencias personales; he querido así empezar á garantizar á los buenos empleados la estabilidad en su carrera; y he suscitado su celo, ascendiendo siempre á los más meritorios cada vez que han ocurrido vacantes, á propuesta de sus Jefes inmediatos.

Como la base de la eficacia de los empleados de Hacienda en el desempeño de sus funciones, es un sistema de contabilidad claro y sencillo, he tratado de responder á esa necesidad que se hacía sentir más en virtud del tránsito de las antiguas prácticas á las introducidas por los nuevos organismos que ha creado el gobierno interventor, haciendo recopilar las reglas en uso é ilustrarlas con modelos que hagan fácil su aplicación. Tengo nombrada con este objeto una comisión, que está terminando ya ese importante trabajo.

Aunque el Estado ha cedido á los municipios los impuestos directos sobre fincas rústicas y urbanas y el subsidio industrial, no ha podido ni debe desentenderse en su alta dirección y fiscalización en esas materias, é incumbe por tanto al gobierno central dictar las disposiciones adecuadas para el empadronamiento de la riqueza inmueble y para la clasificación de las industrias, comercios y profesiones, así como el señalar las cuotas de contribución. El tiempo transcurrido desde el último amillaramiento y las terribles convulsiones que ha sufrido el país, con quebranto ó destrucción de innumerables propiedades y no pequeños cambios en todas sus relaciones económicas imponen la necesidad de empadronar de nuevo la propiedad existente mejorando el mecanismo de esa operación tan importante y la de reformar las tarifas, de un modo á la vez práctico y equitativo. Al primero de estos fines responde el nuevo reglamento para amillarar la riqueza

inmueble que he tenido el honor de presentar á usted. Para llenar el segundo está funcionando una comisión que nombré con ese propósito y que tiene abierta una amplia información entre los contribuyentes por el subsidio.

La administración de los bienes del Estado ha tenido que resentirse del estado de ruina general en que se encontraba la Isla; pero ha de ir adquiriendo de día en día la normalidad que había perdido. En este propósito se inspira el proyecto de decreto sobre redención de censos, que también he sometido á la consideración de usted.

Aunque, por las razones expuestas, he prestado preferente atención á los asuntos más especialmente administrativos, no me he desentendido de la importancia que tiene este Departamento, como organismo principal del gobierno central, ni de su alta función política. En 9 de Febrero puse en manos de usted un informe en que describía la actual organización de esta Secretaría y señalaba las deficiencias que en ella encuentro y trataba de hacer resultar la absoluta necesidad de la formación de un presupuesto general de ingresos y egresos, tanto para el buen manejo de la hacienda cubana, como para el fomento de la riqueza pública en cuanto éste se encuentra relacionado con la gestión financiera del gobierno. Me es grato consignar que he encontrado por lo general en los funcionarios de este Departamento cooperadores activos y celosos en la difícil obra de la Administración. A pesar de los obstáculos que oponían á su gestión las circunstancias calamitosas del país y los cambios que se han ido introduciendo en la forma de despachar los asuntos de su competencia, el importante servicio público que les está encomendado se ha desempeñado con regularidad y rapidez y ha producido los resultados más satisfactorios. Como prueba elocuente de lo que ha dado de sí la Administración Cubana me bastará consignar que las rentas puestas á su cargo han ido en constante progresión á pesar de que en todos se han reduci-

do las cuotas contributivas. En el segundo semestre del año anterior pudo notarse ya considerable aumento respecto al primero. Este progreso ha continuado en el primer trimestre del año actual. Los tres últimos meses de 1899 dieron una recaudación de 171,995-77 dollars; los tres primeros del actual arrojan un total de dollars de 236,819-12.

Otro trabajo que revela la pericia y

laboriosidad de los empleados á mis órdenes ha sido la estadística de la propiedad gravada en esta Isla, la cual encontré ya comenzada y que continuó bajo la inmediata dirección del Sr. Cancio, en cuyas competentes manos voy á tener la satisfacción de entregar esta Secretaría. — De usted respetuosamente,

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Secretario de Hacienda.



LA ESPOSA DE D. CARLOS

Una hortelana real. Tal es la esposa de Don Carlos, Duquesa de Madrid, la que pretende ser reina de España. Se ha hecho una huerta encantadora en su quinta en Grasse, donde cultiva verduras con gran entusiasmo y se deleita en dar comidas en las que se sirven los productos de sus hortalizas. Ella cava la tierra con sus propias manos, la abona, la limpia de las malas yerbas y la labra con el gusto de una campesina y no como una dama por cuyas venas corre la sangre altiva de los Borbones. La princesa había probado todas las diversiones que la sociedad convencional de la corte podía ofrecerle, y estando delicada de salud y hastiada hasta la desesperación, determinó pobar la virtud de la madre tierra, y hoy día no se puede encontrar una jardinera más entusiasta. Este ejemplo debía servir á las damas de la alta sociedad en todas partes, pues una dosis de tierra y azadón, sin duda, aprovecharía á sus cuerpos y almas.

EL TELEFONO SIN HILOS

Por Eloy Tamargo.

LOS experimentos recientes del Profesor Federico Collins, con los teléfonos sin hilos, hechos en Narberth, suburbio de Filadelfia, estado de Pensilvania, han llamado mucho la atención.

El señor Marconi, inventor de la telegrafía sin hilos, hace sus comentarios acerca de los experimentos del Profesor Collins, y dice lo siguiente: "El sistema empleado por el Profesor Collins sirve sólo para cortas distancias. En circunstancias ordinarias, el límite sería de cerca de una milla. He hecho los mismos experimentos y sé que para mayores distancias no tendría éxito." Le acompaña una breve descripción del aparato y método empleado por el Profesor Collins.

En los arrabales de Filadelfia, varios individuos han estado trabajando durante el pasado año, con un aparato, que, á cierta distancia, parece una cámara montada sobre un trípode

común. Es simplemente un teléfono que puede encerrarse en un estuche como una cámara, llevada de lugar en lugar y usado sin alambres. Tanto se ha hablado recientemente de la tele-

grafía sin hilos, que los experimentos hechos por el Profesor Collins han pasado casi inadvertidos; y, sin embargo, él ha logrado enviar y recibir mensajes á distancia de una milla, por medio de su aparato. Cuando este señor empezó su trabajo en el puepueblecito de Narberth, los residentes creyeron que se trataba de una partida de fotógrafos y agrimensores, pues andaban de lugar en lugar con sus trípodes al hombro. Luego, cuando supieron que se comunicaban los unos con los otros, al través de los campos y valles, buscaron el poste y alambres telefónicos ya tan conocidos; ó al menos alguna conexión visible entre las estaciones, más no hallaron ninguna.

Al igual de Marconi, el Profesor Collins no emplea



- EL PROFESOR A. FREDERICK COLLINS
Enviando un mensaje por el teléfono sin alambres.

más que el medio natural de comunicaciones—la tierra— aunque afirma que su sistema tendría igual éxito en el mar, y tal vez mejor, pues su teoría es que la corriente eléctrica para transmitir mensajes telefónicos puede ser conducido con igual facilidad que donde se emplea el telégrafo sin hilos, aunque no ha hecho más que principiar sus experimentos. Mientras

que Marconi ha usado elevados vuelos y recientemente ha enviado y recibido mensajes por medio de papalotes conectados con la tierra por alambres, los experimentos de Narberth se han hecho cerca de la tierra como lo indica su aparato. Si Collins tuviera estaciones en las cimas de los árboles ó en torres á la altura de 100 ó 200 pies, cree que podría enviar sus mensajes á mucha mayor distancia, pero está trabajando bajo el principio de que el sistema para ser práctico ha de ser lo más sencillo; y las estaciones deben constar simplemente de baterías tele-



EL APARATO COMPLETO GUARDADO EN UNA MALETA.

fónicas, alambres y trípodes, los cuales, como ya se ha dicho, pueden llevarse de un lugar á otro con la misma facilidad con que se lleva hoy una cámara ó un foco pequeño.

Al usar del teléfono sin alambre en Narberth, el receptor ó recipiente está conectado con un tubo Crooke, un cable eléctrico y una batería, todos los cuales pueden empaquetarse en un pequeño estuche de cuero. El recipiente y el trasmisor, como se puede ver en la fotografía, son iguales á los que se emplean en el trabajo telefónico ordinario, como igualmente con las bate-

rias. Cuando se abre comunicación, uno de los operadores se coloca en su puesto, saca el aparato del estuche, conecta la batería con los instrumentos y éstos con dos alambres que llegan hasta el suelo, no sólo para recibir sino para transmitir mensajes. La otra estación se forma simplemente tomando la batería y demás aparatos del estuche y armando el cable de induc-



ENTERRANDO EL ALAMBRE DE ZINC DEL APARATO.

ción y trasmisor sobre una mesa pequeña que está fija en trípode por medio de tornillos. De la mesa parten dos alambres, uno de los cuales se une á otra batería y el otro con una hoja de cobre de unas doce pulgadas cuadradas, la cual está perforada. Sacando dos ó tres palas de tierra, el operador coloca en el hoyo la hoja de cobre con sus conexiones de alambre y lo cubre todo. La línea está ya lista para operaciones y verdaderamente ningún otro trabajo se requiere. Como ya se ha dicho, á la distancia de una milla, la conversación se puede oír con tanta claridad por medio del sistema sin alambres como por los teléfonos comunes donde el alambre forma el círculo entero. El estado del tiempo y la naturaleza del país, afecta la articulación (llamémoslo así) hasta cierto punto. En días de lluvia ó de neblina no son tan claros los sonidos, aunque el tiempo de agua no interrumpe la comunicación. También se ha visto que el sistema obra mejor en un terreno nivelado, como un campo abierto, por ejemplo, que no cuando está separado por bosques, ríos ó valles. El teléfono sin hilos tropieza con las mismas dificultades que el telégrafo en la misma condición, y el Profesor Collins al llevar á cabo sus experimentos ha estudiado el sistema de Marconi.

El inventor predice, que, con el tiempo, este método reemplazará el teléfono de circuito que hoy se emplea y cree que será de una inmensa utilidad en el mar, puesto que los barcos pueden equiparse del aparato y los oficiales entrar en conversación con las embarcaciones á varias millas de distancia. El departamento de Marina de los Es-



EL ASISTENTE DEL PROFESOR COLLINS
Recibiendo un mensaje por el teléfono.

tados Unidos se ha interesado en el asunto y ha decidido hacer una prueba del aparato á bordo de la escuadra del Atlántico del Norte.

LA OBRA DE UN ESTETA

Por Francisco García Cisneros.

E noi si vendicchiamo della sua bellezza
quasi ch'ella avesse offesa
la nostra casa
hazendo come un fiore in mezzo
a tanto ferro.

GABRIELE D'ANNUNZIO.

Francesca da Rimini.—Acto I.

LA tragedia es un rosal de rojas rosas: almas de tantos mártires y tantas vírgenes que dejaron sacrificios y perfumes en la casa de los Polenta da Rímini.

Es una reconstrucción perfecta de aquel siglo XIII, época magnífica de héroes y artistas, donde las rivalidades de familias legaron á la posteridad toda clase de leyendas, donde el hierro fué sacrosanto y donde el amor prendió sus flores en los pomos de las dagas enemigas.

Todo el valle del Po fué un poema en mil cantos. Almas de las estrofas, las idílicas figuras de las doncellas güelfas, los mancebos Grassoll, las ardorosas facciones de los Aigoni, los Petrazzani, los Trenti que hundieron las tierras de Forlí y Faenza, de Pesaro y Ravenna, de Bergamo y Ferrara, al galope de sus caballos.

Y entre todos, más que los Capuletto y Monteschi, más que los Sforza y los Terzi, se odiaban los Polenta y los Verrucchio.

Este era uno de los más célebres güelfos de la Comarca—Malatesta da Verrucchio—un anciano rudo, bizarro que al sacudir sus espuelas temblaban los más avezados ballesteros.

Tuvo tres hijos: Giovanni, cruel,

monstruoso, deformado, hercúleo, ceñida la cabeza con un eterno capacete de amarillo acero, cojeaba de una pierna y lo apodaron *Gianciotto lo Sciancatto*.

Paolo, apolíneo, de ojos oscuros, tristes con todas las melancolías de una raza y todos los martirios de un soñador, lo apodaron *il Bello*.

Malatestino, pequeño, pálido como bañado en ira, malvado como una víbora, traicionero como la sombra; en un combate perdió el ojo izquierdo y lo apodaron *Malatestino dall'acchio*.

Son las tres nubes que formaron la tempestad en el alma de Francesca Minore da Polenta.

Los tres cultivaron tres diferentes flores en el corazón de la virgen: el primero cultivó la flor amarilla del desprecio, el segundo la blanca rosa del amor, el tercero la roja camelia del odio.

Gabriel D'Annunzio ha levantado con su es-

tilo prismático, henchido con todo el espíritu romántico de aquel siglo, las dos figuras más grandes y desgraciadas de los amores: *Francesca y Paolo*.

Como Ibsen, como Bjerstein, como Gorki, como Matterlink no descuida el suntuoso estilo de poeta por el movimiento ficticio de la acción. Su verso sacrifica la escena; pero llena de verismo el movimiento. La escena de



GABRIEL D'ANNUNZIO

la tragedia no es el escenario de todos los dramas, es la historia del gesto, de la mirada, del sonido del 1300; siglo de mujeres espirituales, liliales como se ven hoy tan sólo en las vidrieras de las iglesias ó en los versos de los poetas pre-rafaelista.

Ellas fueron las que inspiraron arquitectura, poesía y música estéticas y precursoras

La tragedia la ha dado en Milán, la Compañía de la impecable actriz Eleonora Duse, en el Teatro Lírico Internacional. Los dramatis personæ son:

Los Hijos de Guido Minore da Polenta: Ostasio, Bannino, Francesca, Samaritana. Las mujeres de Francesca: Biancafiore, Alda, Garsenda, Altichiarra, Adonella, la Schiava. Los partidarios de Guido: Ser Boldo Bernandengo, Aspinello Arsendi, Viviano de' Vivü, Bertrando Luzo, Il balestiere. Los hijos de Malatesta da Verrucchio: Giovanni, lo Sciancatto, detto Gianciotto; Paolo il Bello; Malatestino dall'Occhio. Los partidarios de Malatesta: Oddo dalle Caminate, Foscolo d'Olnano, Il torrigiano, Il balestriere, Il mercatante, Il fanticello, Il medico, Il giullare, Il astrologo. I musici, I portatori di fiaccole.

En el primer acto cuando el bufón rodeado por las mujeres de Francesca, cuenta su viaje desde Ferrara, Ostasio con toda la brutalidad del primogénito sospechando sea un enviado de los Verrucchio, llama al soldado Giacomello para que encierre al bufón, mientras narra en versos férreos, rebosando ira, la eterna rivalidad de su familia y la idea de vengarse de Francesca—la que

ha nacido como una rosa en medio de tanto hierro—casándola con Gianciotto, cuando ella ama al otro Verrucchio: á Paolo il Bello.

D'Annunzio es el esteta dantesco reviviendo el lirismo sepultado por las indiferencias, hasta resistir un paralelo con el autor de *La Divina Comedia*.

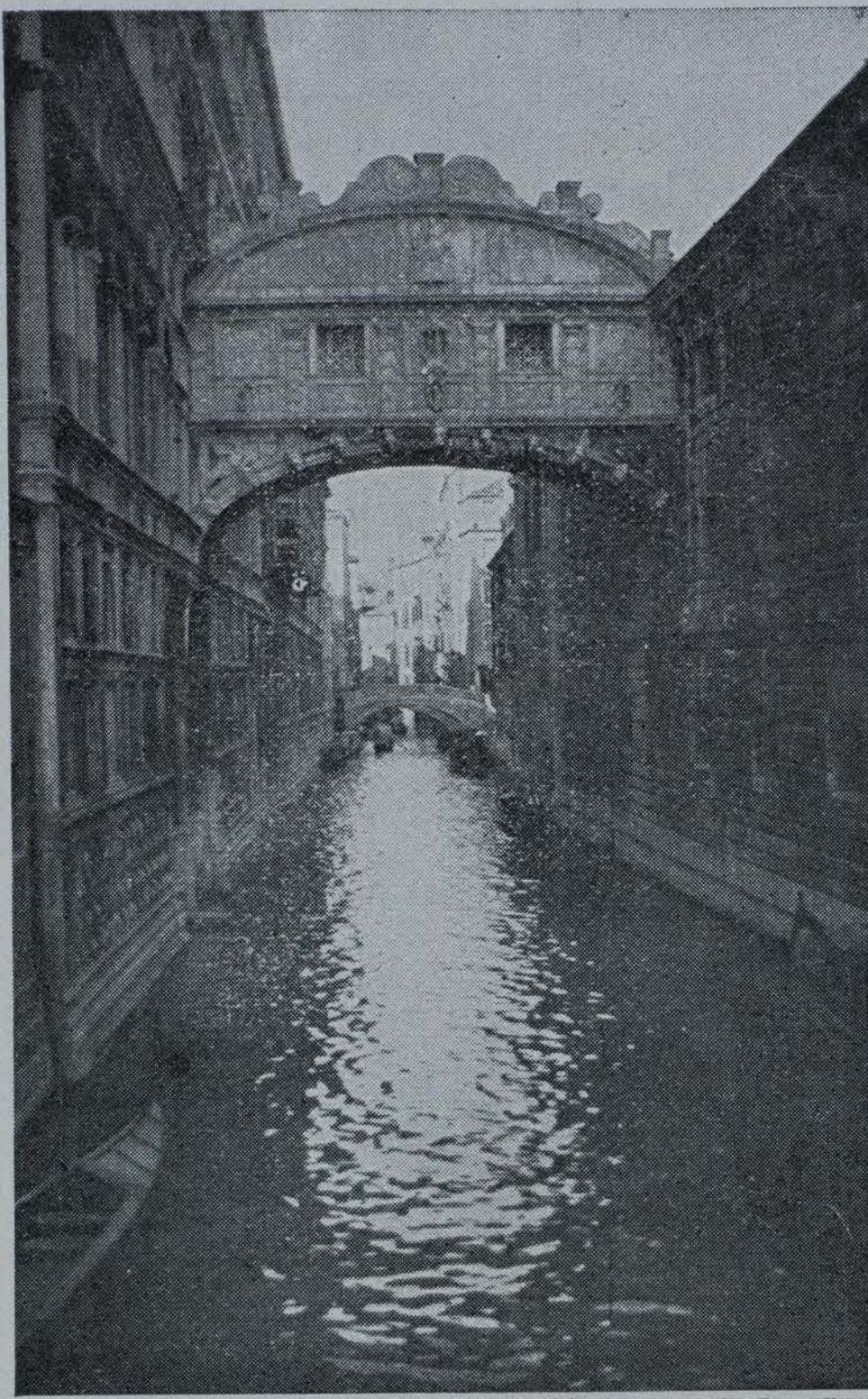
El acto cierra teatralmente con la llegada de Paolo al cual Francesca arroja una bermeja flor mientras Ostasio, sospechando el encuentro, grita: "Francesca, Francesca, abre."

En el segundo—el interior de la Torre Maschia en el castillo de Verrucchio de Rimini—arqueros, pedreros y ballesteros llenan de plomo y fuego griego, ollas y vasijas, toneles y botes, para el próximo combate entre güel-

fos comandados por Malatesta y sus tres hijos y gibelinos al mando de Parcitate.

Francesca, idílica como una viñeta de un libro de madrigales, se inflama ante la llama de fuego griego: "oh roja llama, oh llama ardiente que en un beso calcinante te apoderas de mí toda;" cuando aparece Paolo y las escenas pasan veloces entre frases de amor y preparativos de victoria. Paolo toma un arco y va á su puesto; pero Francesca, horrorizada, pide abrir la tronera, descubriendo toda emocionada el mar azul, un mar cándido donde una vela se aleja como blanca ala de salvamento.

No más tiempo, Paolo lanza su dardo contra el enemigo que asedia la fortaleza, y ella de rodillas, confusa, alza la plegaria: "Padre, ch'egli esca del mondo, mio Dio, dalla prova del fuoco ad ella lo possa amare senza piu rencore e senza piu remorso."



VENECIA

Un dardo toca á *Paolo*; pero no lo hiere. Aparece *Gianciotto*, cojo, jiboso, horrible en su férreo traje, brusco en el gesto y rudo en la voz. Sorprendido de ver á su esposa en un sitio de muerte, la anima: "bebamos, mi señora, del vino de Chipre, pase la copa de tus labios á los míos, y de los míos á los de nuestro bien amado hermano Ser Paolo."

Se enardecen, los ballesteros corren á las almenas, cuando un grupo trae al más joven de los hermanos, á *Malatestino*, con un ojo deshecho, pálido y seco, pequeño y delgaducho, más con un corazón de hiena, un alma de *Iago* en el esbelto cuerpo de un *Romeo*.

Vuelto en sí *Malatestino* llama á algunos hombres, y con la horrible herida de su ojo parte á Florencia, en tanto cae la tela entre los clarines que saludan al joven guerrero y el fragor de las catapultas arrojando bombas de fuego griego.

El tercer acto acusa un gran relieve. La cámara de *Francesca*. Una ventana sobre el Adriático. Una tribuna para la música. Un órgano reposa en una esquina. Cerca un laud y una viola en el medio se ve la argolla de una trampa que conduce á subterránea habitación.

Madonna lee á sus damas la ardiente historia de *Gianciotto del Lago*, el adorador de *Ginebra*, mujer del *Rey Arturo*, sin olvidar el monstruoso sueño tenido: «una joven desnuda perseguida por un caballero de armadura negra, sobre negro potro y dos inmensos mastines, éste al atraparla le abría el pecho y dábale á los perros el humeante corazón de la cautiva.»

El acto se anima con la llegada del bufón, del astrólogo y de los músicos. Los dos primeros sostienen un divertido diálogo alegremente celebrado por las mujeres de *Francesca*, cuando la esclava murmura al oído de Madonna un nombre, ésta palidece, ordena á todo el mundo la salida y corre las cortinas del lecho.

Es *Paolo* que llega y la atmósfera tiene que ser castamente tranquila en aquel comienzo de Marzo.

Paolo le suplica continúe la lectura, ella se niega presintiendo el peligro. *Paolo* lee como *Gianciotto* hablaba á su bien amada. *Francesca* responde leyendo las palabras de *Ginebra*, mientras sus párpados se adormilan, tiembla, su cabeza cae sobre el hombro del cuñado y él al leer la escena del beso, vuelve la cara y sus bocas se encuentran en un beso, como dijo Dante:

«La bocca le bacció tutta tremante.....!»

En la sala de armas del Castillo se desarrolla el acto cuarto. La maravillosa indumentaria del 300 se ve en todo el salón. Muchas armas de épocas diversas. La entrada á las prisiones.

Malatestino—el *Iago* de la tragedia—cautivado por la belleza de su cuñada la desea brutalmente, pretendiéndola vencer como vence en las batallas. De la prisión surge un grito inmenso.

—Oh! ese grito, como grita ese infeliz, gritará siempre, me persigue hasta en mi cámara, y cada grito es una gota de plomo hirviendo sobre mi corazón!

—Ese que grita es nuestro mayor enemigo, ese es *Montagna de Parcitate*. No gritará más. Esta noche dormirás



VENECIA

tranquila, mi bella hermana. Y tomando una maza y una antorcha descien-
de al calabozo del gibelino.

Gianciotto llega en buen humor y su esposa le cuenta las brutalidades de *Malatestino*, corriendo á sus apartamentos al sentir el odioso paso del criminal. La escena es terrible, el *Sciancatto* pretende castigar al hermano atrevido, á ese infernal mancebo, cuando friamente recibe en la cara sus palabras.

—A tí te llaman el *Sciancatto*, á mí el *dell' Occhio*. A *Paolo*, *il bello*. Desconfía de las visitas de *Paolo* á la cámara de tu mujer.

El mónstruo se enfurece, ruge, empuña la espada; pero *Malatestino* le brinda un nuevo plan: «Acepta el cargo de podestá de Pesaro, pretende partir esta noche; yo parto para Grodara á llevar á padre la cabeza de *Montagna*, y dejando solos á los dos, tú retornarás y verás que no es tu hermano *Malatestino dell' Occhio* el seductor, sino tu hermano *Paolo il bello*. Tienes que estar tranquilo, tienes que sonreír; pero tú no sabes sonreír *Gianciotto!*»

Y *Gianciotto* sonreía, y con sonrisa acoje la llegada de *Paolo* y sonriendo siempre llama á *Francesca*.

—Recuerdas *Paolo* una noche en la *Torre Maschia*, como bebimos en una misma copa. Bebamos ahora, yo salgo para Pesaro esta noche y tu serás—mi fiel hermano—quien vele por el destino de *Madonna*.

—Buenaventura al podestá de Pesaro, grita *Paolo*, mientras afuera suenan los clarines y *Malatestino* espada en mano entra gritando:

—A caballo, á caballo!

La noche es de calma, de luna, de misterio. Todas las mujeres vestidas de blanco velan el sueño de *Madonna* en la misma estancia del tercer acto. De pronto salta del lecho gritando por su esclava *Smaragdi*, que nadie sabe

donde está. *Francesca* ha tenido el mismo sueño de persecución. Sus damas la consuelan. Sobre el Adriático el mar es de plata, un mar de bienandanza y de amor. Las damas se retiran, menos *Biancafiore*, pequeña flor blanca que se parece á la ausente hermana, la dulce *Samaritana*.

Al fin se retira después que *Francesca* le ayudó á encender su lámpara.

—Eres tan pequeña, mi amada *Biancafiore*.

Gran silencio. Gran misterio. *Francesca* no ha tenido tiempo de cerrar la ventana, cuando entra *Paolo* y ella corre á sus brazos.

—Tómame, yo soy tuya como tú eres mío. Bésame la boca, y las mejillas, y la nuca y la frente.

Van á un sitio donde se cuentan sus íntimas ansias. Florecen las rojas flores de las mejillas de la amada, se encienden los grandes ojos del doncel y todo un incensario de voluptuosidad quema sus brasas, cuando á la misma puerta del cuarto la ronca voz de *Gianciotto* ruge:

—Abre *Francesca*, abre *Francesca!*

Paolo pretende escapar por la trampa que conduce al subterráneo; pero el manto se enreda en

la reja de la entrada. *Gianciotto* cubierto de polvo y hierro se presenta.

—Déjalo, déjalo—grita *Francesca*.

Paolo ataca armado de su daga en lucha terrible. El *Sciancatto* descarga un golpe que es recibido en pleno pecho por la amada que cae en brazos de *Paolo*, el cual, delirante, se olvida de la lucha para recibir el último beso de la moribunda. El contrahecho, ciego de ira al ver á su esposa en brazos de su hermano, se lanza sobre el grupo y lo atraviesa de una formidable estocada.

Después que ha visto rodar por tierra á ambos amantes, rompe sobre sus rodillas el sanguinario acero.



ELEANORE DUSE.

La viva frase, el moderno ritmo del poeta y el desarrollo ingenioso de la obra, si bien no son accesorios teatrales como en los dramas de sensación, elevan el espíritu y convencen á los temperamentos refinados.

D'Annunzio ha dado á cada personaje un matiz nuevo y cruel en la escena italiana—tan decaída!—*Ostasio* es feroz, *Giovanni lo Sciancato* malvado y monstruoso, *Malatestino* neurósico y vengador.

Un tono oscuro es el fundamental de la tragedia: el horrible adulterio castigado por el marido; la eterna venganza de las familias rivales, y con toda la gallarda malignidad de un Lucifer, el brumoso carácter del más joven de los Malatesta. Si *Francesca* y *Paolo* no hubieran muerto trágicamente, la historia no cantara el gran idilio de esas dos almas que Dante encuentra en el Infierno pagando sus pasiones sensuales.

Eleanore Duse ha vivido el 1300. Su figura sideral, su voz harmónica—un lento canto de viola que sollozase amores muertos—y su temperamento flexible, han hecho levantar en los

auditorios el glorioso elogio, la regia alabanza: pálida princesa de manos como dos lirios de cinco hojas, como dos haces de seda, como dos rayos de luna!

A la triple corona de hierro—la del poeta, la del romancero, la del simbólico—puede agregar Gabriel D'Annunzio un nuevo cerco, un nuevo triunfo. Cristo levantando en la espantosa ruina de Italia, el recuerdo formidable de la más heroica de todas las épocas, y esculpiendo en yambos, en pirriquios, en dáctilos y en madrigales, romances y leyendas del tiempo en que cada italiano tenía un mundo en el cerebro y una ardiente llama en el corazón.

Para el pueblo moderno de la divina península, la tragedia del bardo modernista es incomprensible, los italianos actuales ignoran nuevas literaturas, nadie se ocupa de estudiar á pueblos lejanos y épocas remotas, y se enervan en indiferencias morbosas, apresurando el fin de una raza que en un tiempo fué creadora, olímpica y feroz...

Milán—Italia—1902.

MI HOGAR

POR FERNANDO DE ZAYAS.

En la turbia, agitada corriente
de mi vida, hay un fresco remanso,
donde el agua es tranquila y riente,
donde todo convida al descanso.

Un agreste jardín de verdura
bajo el ala de plácida sombra,
tan sereno que á veces figura
un paisaje bordado en alfombra.

En su orilla las flores prendieron,
y esquivando del sol los ardores,
cuantas aves canoras nacieron
allí van á cantar sus amores.

Todo es música en dulce concierto,
todo esencia que suave se exhala,
en mi hogar apacible, cubierto
del amor maternal bajo el ala.

CIRCUNDANDO LA TORRE EIFFEL EN UN BUQUE AEREO

— MR. SANTOS-DUMONT Y SUS EXPERIMENTOS EN LA NAVEGACIÓN AÉREA
PARTICULARIDADES QUE POSIBILITAN EL ÉXITO DE SU NUEVA MÁQUINA VOLADORA.

Por Eugenio P. Lyle. (hijo)

TRADUCCIÓN DE J. N. CAÑIZARES.

Del *Everybody's Magazine*.

ALAS tres de la madrugada del día 12 de Julio de 1901, se pudo ver una curiosa procesión que salía de un recinto cercado en las márgenes del Sena y se encaminaba al silencioso hipódromo de Longchamp cruzando el río. Además de varios corresponsales, la partida se componía en su mayor parte de jóvenes parisienses que lentamente guiaban sus automóviles mientras volvían la cabeza mirando hacia arriba. Siguiéndoles y á poca elevación flotaba en el aire una extraña y misteriosa forma, confusa y maravillosa que se destacaba entre las nieblas de la madrugada. Varios hombres á pié conducían al artefacto aéreo por medio de cuerdas que sujetaban con cuidado; y era natural porque contenían á la primera máquina de volar; y por este término ha de entenderse una que *ha* volado de veras y que merece literalmente ese nombre, hallándose muy apartada de la monotonía de tantos fracasos que la precedieron. Pero los jóvenes parisienses no sabían aún que iba á volar, porque esta había de ser su primera prueba, su *debut* en el aire, y ninguno de los que se habían congregado para presenciarlo, sospechaba que sería un espectáculo que quizás será comparado por la historia con la botadura del primer buque de vapor de Fulton ó con la arrancada de la primera locomotora.

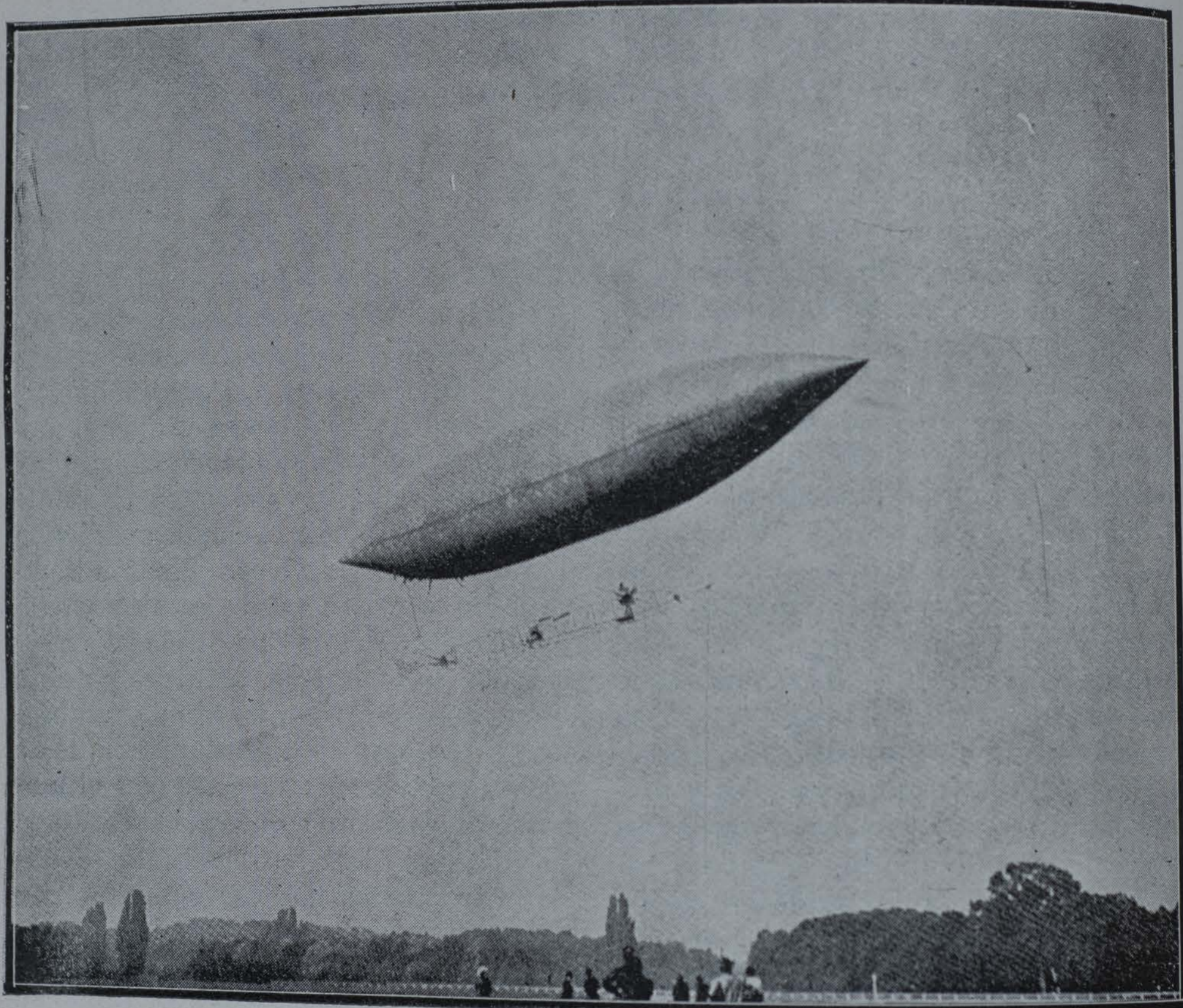
Ya en el hipódromo se bajó el globo hasta que el carro ó armazón descansó en el suelo y un joven como de veinticinco años comenzó á darle vueltas tocando aquí y allá hasta el último momento mientras sus compañeros del Club Automóvil y del Club Aéreo le contemplaban con respeto y dejaban hacer sus preparativos. Era un hombrecillo en mangas de camisa y con cuello alto, de voz casi atiplada y muy amable; pero parecía estar bien poseído de su asunto. Cuando hubo examinado el tubo que comunica un tanque de gasolina en forma de puro con el motor, envolvió una correa en torno de la voladora de éste y la quitó de un tirón. Comenzó á andar el motor y los espectadores retrocedieron involuntariamente porque la máquina de gasolina con sus cuatro cilindros, inició su movimiento con una estruendosa explosión, seguida de cerca por otras casi continuas y ensordecedoras producidas por la explosiva combustión; pero apenas se notaban vibraciones en la armazón que, á lo más, tenía ligerísimos estremecimientos.

UN BUQUE AÉREO OBEDECE AL TIMÓN
POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA.

Antes de entrar en su barquilla, el delgado y pequeño aeronauta lanzó una mirada al cielo. Hacía dos noches que estaba al pié de su globo esperan-

do pacientemente un tiempo favorable; ya parecía satisfecho y se introdujo en su barquilla, que es una especie de estrecho huacal de sauce colocado en el extremo delantero de la armazón triangular. Se aflojó un poco la cuerda de amarra y el globo lo elevó lentamente del suelo. Dió una señal y soltaron la cuerda de arrastre; el globo dió un salto en aquel aire tranquilo y los que estaban debajo con la vista fija en él

fué una triste negativa la contestación que se obtuvo. Sin embargo, este último artefacto de la serie parecía portarse deliberada y racionalmente. Inclino la trompa ligeramente hacia arriba y se fué elevando. Cambióse el timón y comenzó á voltear y siguiendo la pista dió la vuelta al hipódromo. Al aproximarse á los espectadores, el buque inclinó la proa hacia abajo, descendió lentamente y un momento después el



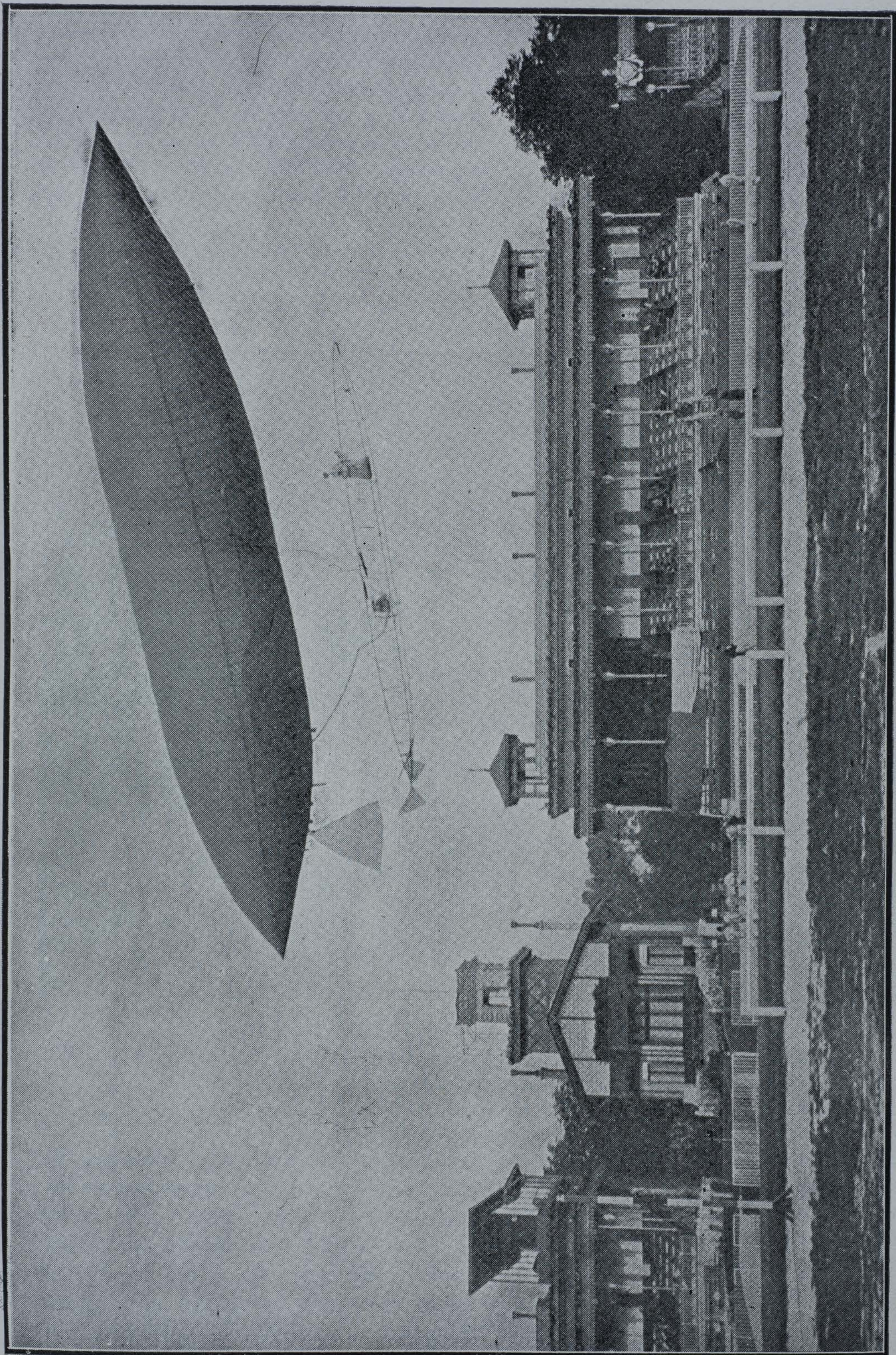
LA VUELTA DEL SEGUNDO VUELO EN TORNO DE LONGCHAMP.

Dió la vuelta á la pista y bajó con mucha limpieza en el mismo lugar que había señalado.

vieron en la popa dos grandes abanicos, la hélice del buque, que comenzaron á girar. Contuvieron la respiración porque la cuestión del momento era la de si servirían de alas esos abanicos, ó si el globo, después de todo, resultaría ser un globo ordinario sin obedecer otra voluntad que la de la brisa. Esa era siempre la pregunta que surgía cuando se elevaba en el aire algún extraño artefacto; y, á lo mejor, siempre

pequeño aeronauta se bajó de su barquilla al suelo como pudiera uno apearse de una bicicleta, pero la sangre le enrojecía la cara y el regocijo se le asomaba en los ojos. Se daba cuenta, si bien con vaguedad, de lo que había realizado. Había luchado por efectuarlo largos años de paciencia y antes de anochecer ese día, el mundo entero conocía su nombre.

Entonces, Alberto Santos Dumont,



SEGUNDO VUELO EN LONGCHAMP. JULIO 12, 5.30 A. M.

Dijo que daría la vuelta de nuevo y con un gesto indicó el lugar en que se proponía descender.

el pequeño aeronauta brasileño volvió á entrar en su barquilla diciendo que daría la vuelta de nuevo, é indicando el lugar en que se proponía descender. Se elevó con igual facilidad, dió la vuelta á la pista y bajó con mucha limpieza en el mismo lugar que había señalado. Esta fué ya una prueba tal que tuvo que creer que este, el último de sus buques aéreos, había alcanzado el éxito en su primer ensayo. Era tan simple como el recorrer la

delantero del carro. Tirando de ella hacia el centro del equilibrio ó dándole cargas podía inclinar el eje del globo, apuntándolo hacia arriba ó abajo, y entonces por medio de la propulsión de los abanicos podía ascender ó descender á voluntad, y á veces alcanzaba una velocidad de veinticinco millas por hora.

Estos triunfos despertaron su ambición: se despidió de sus amigos y se dirigió á la próxima estación de Pu-



VUELTA DEL TROCADERO, JULIO 12, 8 10 A. M. SANTOS DUMONT SALIENDO DE SU BARQUILLA.

Había resuelto el ilusorio problema de la navegación aérea—este fué su estribillo y casi toda la prensa del día apoyó sus palabras.

pista en un automóvil. Repitió la prueba cuatro veces más y se manejaba su carroza con tal facilidad y era tan dócil para obedecer el timón como un buen caballo las riendas. En todos los experimentos de esa mañana no tuvo que recurrir al lastre y dominó la altitud completamente. Esto se debía á la cuerda que llamaremos directriz, cuerda pesada de una longitud de varios centenares de piés que colgaba

teaux, retornando muy pronto sin tocar el suelo y ahora fué cuando declaró que haría un viaje rápido en torno de la Torre Eiffel. Llenó de nuevo su depósito de petróleo y emprendió el vuelo con una velocidad alentadora mientras sus amigos le contemplaban apenas sin darse cuenta de que en breve les había de enagenar el entusiasmo.

DE LONGCHAMP Á LA TORRE EIFFEL
POR EL AIRE.

Será poco más de tres millas la distancia de Longchamp á la Torre, pero el buque aéreo la salvó en diez minutos, guardando una altura de cien á trescientas yardas. Sería difícil imaginar el asombro de los primeros visitantes en la Torre cuando vieron á un hombre aproximarse en una máquina de volar y saludarlos jovialmente.

El singular viajero dió vuelta á la Torre y retornaba á su punto de partida cuando se rompió una de las cuerdas del timón, y con la misma naturalidad con que se desmonta un ciclista para reparar una juntura en su llanta así él descendió en los jardines del Trocadero, pidió prestada una escalera, subió al costado de su globo, ató la cuerda y volviendo á montar siguió su camino á Longchamp. Incluyendo la demora se había dilatado una hora y seis minutos.

Ya la reunión en el hipódromo había tenido tiempo para sobreponerse de su asombro y poder felicitarle con más ó menos coherencia. Había resuelto el ilusorio problema de la navegación aérea—tal fué el estribillo de las felicitaciones y casi toda la prensa del día apoyó esas palabras. Indudablemente había dirigido un globo. Allí estaban los dos puntos esenciales, á saber, la hélice y el timón y habían dado resultado efectivo. Había navegado por los cuatro puntos cardinales, había descrito círculos y había subido y bajado: el pesado vuelo del aerostático del Conde Zeppelin sobre el lago Constancia venía á ser un adelanto insignificante mientras se acababa de dar el verdadero y gran paso por el joven brasileño. De manera que sus camaradas insistieron en que debía hacer la tentativa para obtener el *Grand Prix*.

EL GRAND PRIX DE LOS AERONAUTAS
Y SUS CONDICIONES.

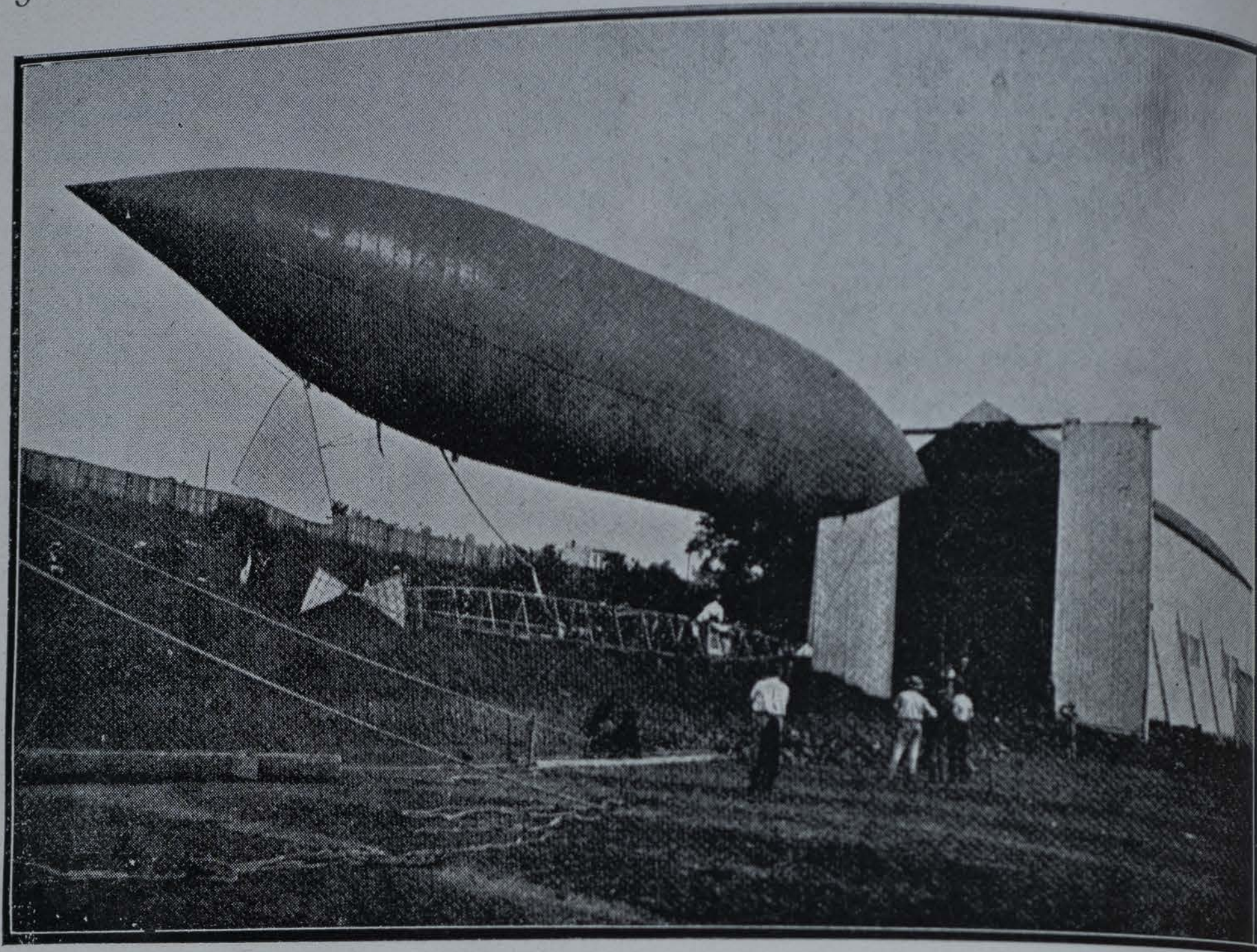
Debe explicarse que el referido *Grand Prix* es la meta oficial de los aeronautas. Es un premio fundado el año pasado por Henri Deutsch, miembro opu-

lento del Aéreo Club. Su cuantía es de veinte mil pesos, pero las condiciones parecerían inauditas—muy ingeniosas pero imposibles. Exijen que el aeronauta victorioso parta en un buque aéreo del parque del mencionado Club, cerca de Longchamp, navegue en torno de la Torre Eiffel, en un trayecto de más de ocho millas, y vuelva á descender en el parque sin tocar tierra ú otra cosa en el ínterin y todo dentro del plazo máximo de media hora. Esto ofrecía un incentivo indefinido para lanzarse á lo que era una de las más fascinadoras imposibilidades del porvenir y todos los inventores de máquinas de volar miraban á esta con algún respeto. Hacía tiempo que esta fascinación dominaba al opulento joven brasileño, cuando un día se fundó el *Grand Prix* y construyó su *Santos Dumont IV* para ganarlo procurando así el reconocimiento oficial de un triunfo definitivo.

Los veinte mil pesos sólo representaban para él una pequeña bolsa para construir más buques aéreos. Antes de haber almacenado su favorito aéreo el *Santos Dumont V*, en la caseta de globos del parque esa mañana del 12 de Julio, anunció á sus amigos que haría una nueva tentativa para obtener el *Grand Prix*.

SEGUNDO VUELO Á LA TORRE EN PRE-
SENCIA DE LA COMISIÓN DEL PREMIO.

A las cuatro de la mañana del siguiente día, 13 de Julio, estaba el cielo cubierto de nubes y soplaba una brisa regular del oeste; pero como no empeoraron las cosas, á las cinco comenzó Santos Dumont á hacer sus preparativos. Mucho antes de haber terminado el examen de las piezas de su máquina se había comenzado á reunir en el parque un concurso de ciclistas, *chaurffeurs*, fotógrafos y corresponsales. Se abrieron á las 6 y 20 las grandes puertas correderas de la caseta de globos, sacándose el aerostático á un lugar despejado del parque. La puntiaguda nariz del globo y su largo vientre se asemejaban á un tiburón deslizando perezosamente de las sombras



EN EL PARQUE DEL AÉREO CLUB SANTOS DUMONT PREPARÁNDOSE PARA SU PRIMER PRUEBA OFICIAL EN TORNO DE LA TORRE DE EIFFEL. JULIO 13, 6.30 A M.

La puntiaguda nariz del globo y su largo vientre se asemejaba á un tiburón deslizándose perezosamente de las sombras á las aguas claras, y parado en la barquilla estaba el aeronauta en mangas de camisa riendo y charlando como un chicuelo con los que le rodeaban.—La comisión del premio expresó sus deseos por una tentativa feliz.

á las aguas claras y parado en la barquilla estaba el aeronauta en mangas de camisa riendo y charlando como un chicuelo con los que le rodeaban. Allí estaba ya la Comisión del premio expresando sus deseos de que tuviese una tentativa feliz. La componen el Conde Henri de la Vault, Vice Presidente del Aéreo Club, que se propone cruzar el Mediterráneo en globo, el príncipe Roland Bonaparte, Henri Deutsch y M. M. Bouquet de la Gryre y Cailletet, miembros del Instituto Nacional.

Desde los comienzos no se mostraron las condiciones favorables para la tentativa. Soplabá el viento á razón de seis ó siete yardas por segundo. El cambio de la temperatura de la caseta de globos al aire frío de la mañana había condensado un tanto el gas hidrógeno del globo de manera que una de sus extremidades se movía flojamente á impulsos de la brisa. Bombéose aire en el globo interior, pero no

se alcanzaba la necesaria rigidez; más aun, cuando se impulsó al motor, sus continuas explosiones denotaban al oído práctico las señales de arreglo mecánico. Precisa manifestar que este motor sólo se puede poner en movimiento en el suelo por medio de la correa en torno de la rueda voladora como se ha dicho, y si una vez se detiene en el aire no hay modo de impulsarlo de nuevo sin bajar á tierra.

Sin embargo, Santos Dumont, con las mangas arrolladas, se colocó de nuevo en la barquilla como operario que se sienta delante de un torno para las tareas del día. Recorrió todo su globo con una mirada cuidadosa para ver si se había omitido algún detalle, contó los sacos de lastre debajo de sus pies en la barquilla, dió una mirada á la bolsa de lona conteniendo arena suelta, y entonces se ocupó de su cuerda directriz. Todo parecía estar bien; varios amigos le dieron la mano, entre ellos Mr. Deutsch y el Conde de la

Vault estaba ya reloj en mano dispuesto á llevar cuenta oficial del tiempo. Suspendióse la charla y reinó profundo silencio esperándose la señal de partida. El hombrecillo en la barquilla alzó los brazos y dió un grito, soltóse la cuerda directriz y el Conde exclamó: 6.41, de manera que hombre y globo habían de retornar antes de las siete y once minutos.

No pareció al principio que fuese una carrera contra el tiempo. Elevóse el globo perezosamente y Santos Dumont tuvo que vaciar saco tras saco de arena hasta que la cuerda directriz estuvo libre de los árboles sin poderse ocupar para nada de la dirección y se vió flotando hacia Versalles; pero estando aún sobre el Sena puso tirantes las cuerdas del timón y lentamente y con gracia fué cambiando el enorme huso y apuntó la trompa hacia la Torre Eiffel, giraron los abanicos vigorosamente y el buque aéreo comenzó su marcha formal en línea recta hacia la

meta con velocidad considerable. Luego, ya no se escuchó el ruido del motor y fueron empequeñeciéndose el globo y su carro entre una nubecilla de humo; desde el parque no se veía más que la parte posterior de aquél, como la proa de un buque en un dique; después, sólo se vió un punto en el cielo, pero estaba en movimiento y se aproximaba á la línea del obelisco que era la Torre Eiffel, casi movable entre las nieblas matinales de París.

De repente, el punto desapareció detrás de la Torre, juntándose allí los dos modos de ascender en el aire, uno del siglo que acaba de expirar y el otro del siglo que comienza.

A la multitud que esperaba en el parque le parecía que el punto estuvo invisible mucho tiempo; pero al fin pudieron distinguirlo al salir de aquella forma de escalera que se destacaba contra el cielo, sin poder decir, no obstante, si había dado vuelta á la Torre; y si Santos Dumont no había dado esa



EL ALOJAMIENTO DE SANTOS DUMONT ES MÁS CÓMODO EN TIERRA QUE EN EL AIRE.

vuelta, entonces se perdía el interés en su retorno porque ya no sería una carrera. Pero siguieron contando los minutos viendo el punto aumentar gradualmente hasta que asumió la forma de un buque aéreo. Relumbraba el sol de la mañana en la bruñida cubierta de cobre del depósito de petróleo y se podía ver al hombre en su barquilla. Entonces llegó precipitadamente á la portada del parque un mensajero en un automóvil para traer la nota oficial del contador en la Torre Eiffel, y su noticia disipó todas las dudas. El *Santos Dumont V* había girado en torno de la Torre pasando á veinte yardas de distancia á las 6.54, lo que significaba la mitad de la jornada en trece minutos con una ganancia de dos minutos.

¿SE HABÍA GANADO EL GRAND PRIX?

La muchedumbre no quitaba la vista del lejano globo, y hubo algunos que en su entusiasmo le gritaban al aeronauta que se apresurara: todos estaban seguros de que se había ganado el *Grand Prix*. Pero pasaban los minutos y no parecía que el globo se aproximara con la esperada velocidad. Sólo quedaban cuatro minutos, tres solamente ¿qué iba á perder después de todo? Allí estaba muy alto sobre el río y hasta podían escuchar las explosiones de su motor; evidentemente sucedía algo porque el buque aéreo luchaba desesperadamente contra el viento y cuando al fin se cernió sobre el parque eran las 7 y 22, ¡once minutos de retraso y todavía no descendía! En lugar de eso el viento lo arrastró al lado opuesto del río; dos veces volvió con gran dificultad y entonces de repente se paró el motor, con lo cual el *Santos Dumont V* vino á ser un globo ordinario y se fué con el viento sobre el bosque de Boloña donde un momento después cayó pesadamente y desapareció en la arboleda.

CATÁSTROFE EN EL JARDIN
DEL BARÓN ROTHSCHILD Y EL SOCORRO
POR UNA PRINCESA.

Una docena de amigos saltaron sobre sus automóviles y se lanzaron en

esa dirección, temiendo cada uno encontrar á Santos Dumont magullado y sin vida. Lo encontraron de pié con las manos en los bolsillos pensativo mirando su globo que se hallaba entre las ramas superiores de unos castaños en la quinta del Barón Edmund de Rothschild en el Bulevard de Boloña. —Quisiera un vaso de cerveza, dijo, y esto provocó las carcajadas de sus amigos ya tranquilizados.

Ahora bien, á la otra puerta de Rothschild, habita Su Alteza Real el Conde d' Eu, y Su Alteza Imperial la Condesa d'Eu había estado observando desde una ventana las evoluciones de una máquina voladora y su desenlace. Su Alteza Imperial es hija de Don Pedro del Brasil y de consiguiente compatriota del joven Santos Dumont; y como debía haber una princesa en un cuento de un buque-aéreo resultó muy conveniente que Su Alteza Imperial residiera á la otra puerta del Barón Edmund de Rothschild, porque envió un cesto de champagne y refrescos con benévolas preguntas. Santos y sus salvadores dieron buena cuenta del champagne y los refrescos; y entonces él sin saco, polvoriento y arrugado se apresuró á darle las gracias á la princesa. Su Alteza le dirigió palabras alentadoras, le enseñó el retrato de Don Pedro, y Santos retornó á desenredar su buque aéreo de los castaños.

Cortados los alambres entre el globo y la armazón descubrió con gran sorpresa que no se había causado ningún daño. La delicada armazón sólo había recibido una ligera torcedura en el árbol del propulsor y entonces se regocijó el joven porque creía destrozado su tesoro. Al fin estuvo en estado de escuchar las preguntas que se le hacían y relató la historia de su vuelo y caída que se escuchó con viva atención. Por no decir nada del fuerte viento con que tuvo que luchar en su retorno, la dificultad principal consistió en el motor. Poco después de ascender se detuvo uno de los cilindros, y después otro, y como no podía impulsarlos vió reducida su fuerza motriz á la mitad para el resto del viaje; y, al fin, el motor se

detuvo por completo. El viento lo llevó al lado opuesto del río y como no quería descender en las calles de Bolonia y quizás encima de alguien y que lo arrestaran por ese descuido, resolvió descender donde estaba, á cuyo efecto arrancó un lienzo de seda y se encontró en la copa de los árboles.

Pero después de todo lo único que le impidió ganar el premio fué el límite del tiempo. Debe considerarse, sin embargo, que el donante exige á los competidores que hagan en media hora lo que nunca se ha hecho, si bien hace un siglo que se intenta dirijir los globos. Pesado contra un siglo no puede contar mucho contra el éxito una demora de once minutos.

PREPARATIVOS PARA UNA TERCERA PRUEBA.

Dentro de una semana ya estaba reparado el *Santos Dumont V* y esperaba buen tiempo para hacer otra tentativa por el *Grand Prix*. Pero el tiempo había estado poco propicio y los parisien- ses visitaban el parque del Aéreo Club en vano. El Domingo 4 de Agosto, Santos Dumont hizo en efecto otra tentativa; pero no había andado la cuarta parte de la distancia cuando dió la vuelta y retornó—la cuerda directriz no funcionaba bien. No obstante, otro espectáculo borró la contrariedad del público: estando á seiscientos piés de altura el arrojado hombrecillo salió de su barquilla y anduvo por la delgada armazón arreglando una cuerda que no estaba á su gusto.

LA PRUEBA EN TORNO DE LA TORRE EIFFEL Y LA VUELTA.

El 8 de Agosto de 1901, Santos Dumont hizo una tercera tentativa para ganar el *Grand Prix* con su buque aéreo de extraña figura construído de dos globos en forma de puros con el carro para la barquilla y el motor suspendido entre ambos. En vez del desastre y la destrucción comenzó con todas las perspectivas de éxito y acreditó su dictado de navegante aéreo.

Partió del parque á las 6.12 a. m.,

bajo las mejores condiciones; el globo se elevó rápidamente en medio de una calma casi absoluta, así que sin pérdida de tiempo echó á andar el propulsor y se dirigió en línea recta á la Torre Eiffel. Ganó la Torre y le dió vuelta en nueve minutos con una ventaja de cuatro minutos sobre su primera prueba ó sea menos de la tercera parte del límite del tiempo. Tenía, pues, veinte minutos para su retorno y habría de ser muy mala la suerte que le privara del premio y eso fué lo que le sucedió precisamente.

No bien hubo dado vuelta á la Torre cuando parecían comenzar las dificultades. Sin motivo alguno aparente, el buque aéreo de pronto apuntó la trompa hacia arriba y ascendió cien yardas más. Entonces comenzó á descender hacia los tejados privado de ligereza y de fuerza ó vitalidad. Estaba ingobernable y su navegante se veía sacudido en el aire más desvalido que un marino abrazado á un madero á merced de las olas. Dió impulso á los ventiladores para inflar el globo interior de aire y poner rígido al globo, pero para colmo de su desesperación el ventilador no funcionaba. Púsose blando el globo y sus extremidades se doblaron sobre él como las hojas de un cortaplumas; esto causó dificultad entre los alambres que suspenden la armazón y la hélice que giraba y varios se rompieron en un momento. Santos logró detener el propulsor á tiempo de impedir que se cortaran todos y verse lanzado al suelo; el globo fué aproximándose más á la tierra y pronto comenzó á pasar sobre los altos hoteles que se contruyeron para la exposición. Una vez chocó contra una cornisa y otra descendió tanto que la cuerda directriz arrastraba por el suelo. Un carpintero cojió el extremo de esta y lo ató á la barra de una ventana; pero la brisa elevó el globo adelante y de un tirón la directriz arrancó la barra de hierro. Al fin vino á encallar en el tejado del próximo hotel y la armazón que sostenía al pesado motor y al hombre se quedó colgando de los alambres por el muro del edificio. Quedó suspendida así por un momento y entonces su extremo

inferior descansó sobre el tejado de un restaurant de dos pisos y el superior contra la pared del hotel. Había un espacio entre los dos edificios y la armazón lo salvaba casi perpendicularmente. Las delicadas piezas de madera crujían y se doblaban ya á punto de romperse y de venir abajo con su carga.

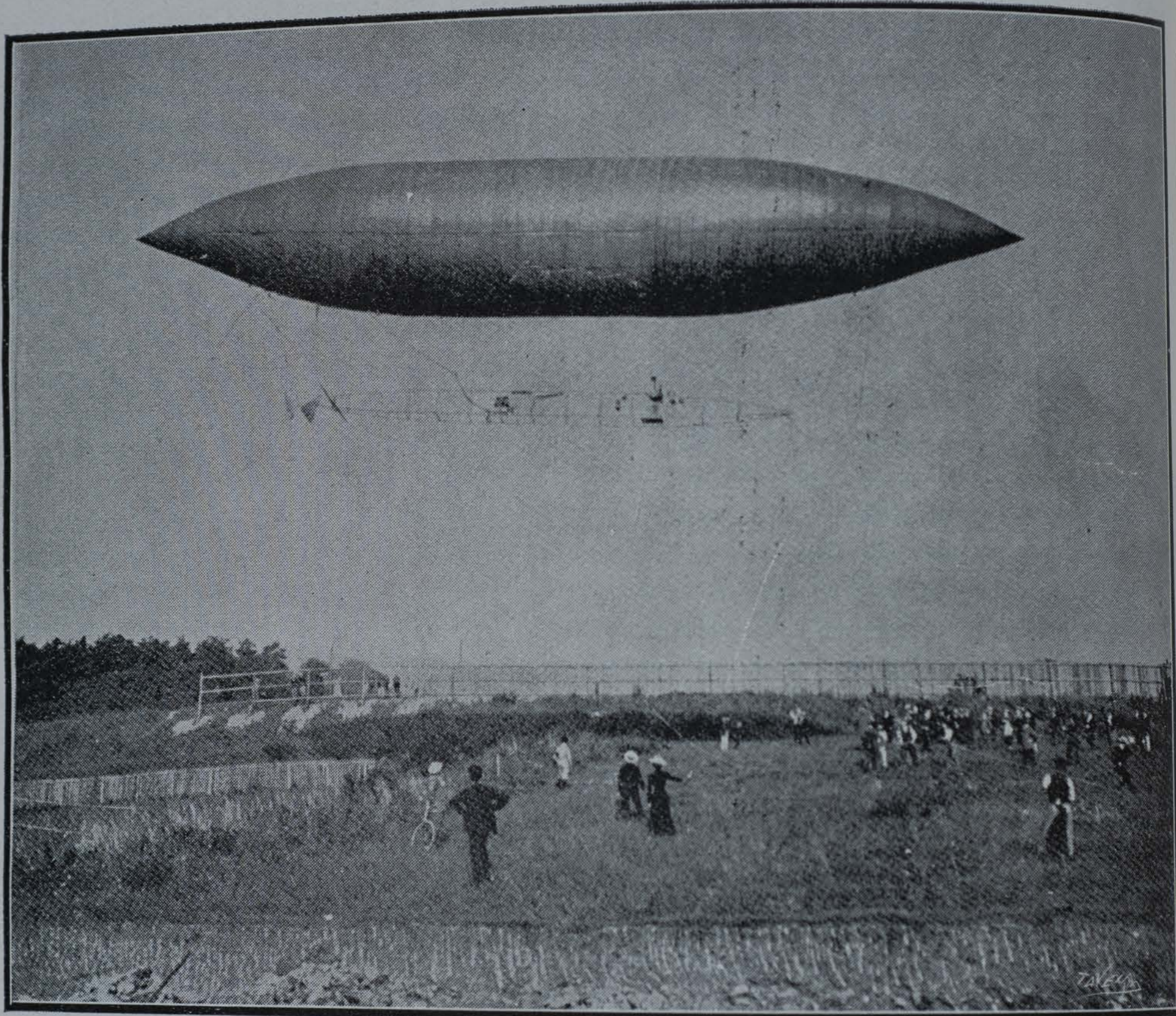
Al momento se presentó una compañía de bomberos y del tejado del hotel echaron una cuerda á Santos Dumont

dole igual suerte al globo. Su único consuelo fué el motor que parecía estar ileso.

—Y ahora, ¿qué va Vd. á hacer? preguntó uno de sus amigos.

—Pues, comenzar de nuevo, desde luego. Hay que tener paciencia.

Y el mismo día hizo un pedazo de otro globo para el buque aéreo *Santos Dumont VI*. Este será del mismo modelo del anterior con la excepción de



EL ARRANQUE EN LA PRIMERA PRUEBA OFICIAL. JULIO 13, 6 41 A. M.

El hombrecillo en la barquilla alzó los brazos y dió un grito. El Conde de Vault exclamó: 6.41 de manera que hombre y globo habían de retornar antes de las 7 y 11 minutos.

quien se la ató á la cintura y se dejó subir. No había sufrido un rasguño, pero sufrió mucho más cuando los bomberos comenzaron á levantar su querido buque aéreo. Cada vez que crujía la madera se estremecía como si fuera un hueso; pero á pesar de su ansiedad y el cuidado de los bomberos la armazón se quebró en dos pedazos y se vió inutilizada por completo tocán-

que tendrá capacidad cúbica un poco mayor. Es difícil, sin embargo, que esté dispuesto para una tentativa por el premio antes de las pruebas de la próxima primavera. Pero ya Santos Dumont sabe que puede navegar en el aire y meramente repetirá lo que ya hizo.

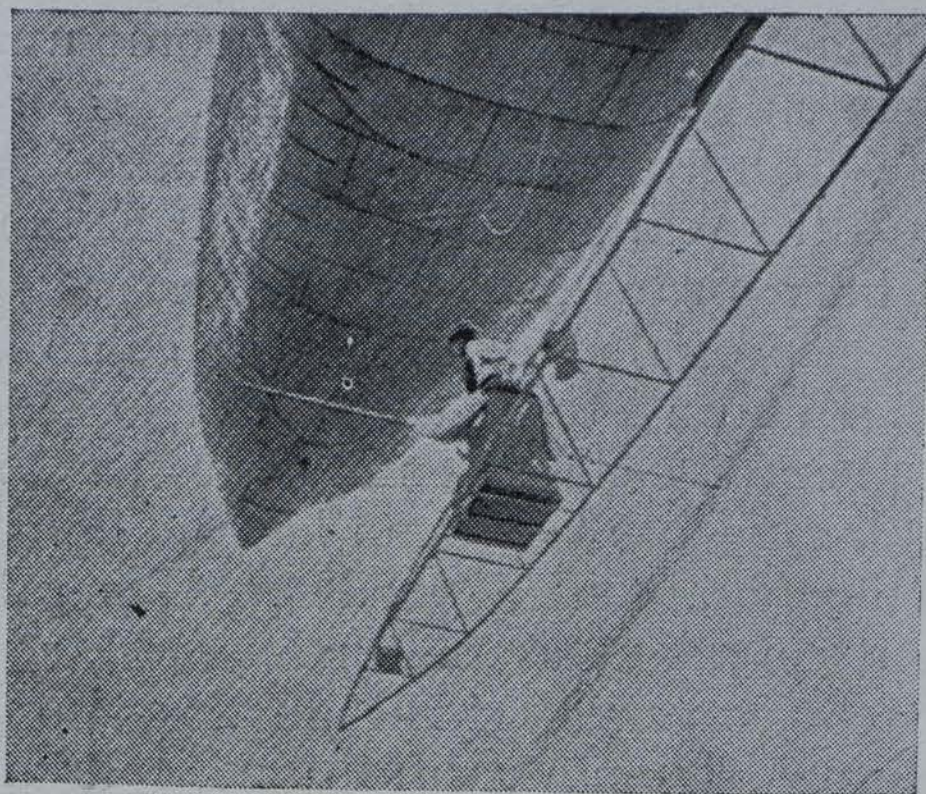
Mas pronto tendrá competidores, entre ellos el mismo Mr. Deutsch que

espera flotar en breve un coloso de sesenta y cinco yardas de largo con capacidad de 2.500 yardas cúbicas y un motor de gasolina de sesenta caballos.

DESCRIPCIÓN DEL BUQUE AÉREO.

Recordad la máquina voladora de vuestra imaginación y ya tendréis una semejanza del *Santos Dumont V*. Es simplemente una cosa en forma de puro en medio de una complicación de alas y timones y cuerdas y cilindros. El saco de gas es un tremendo puro mientras que la armazón debajo para la barquilla y el motor asume la forma de otro puro más pequeño. Ahora bien, esta forma se explica. Tan absurdo sería el tratar de dirigir un globo esférico como un vapor esférico; la forma de huso ofrece menos resistencia á las corrientes de aire, de suerte que casi desde los primeros experimentos de las máquinas voladoras los arquitectos adoptaron el puro por modelo. Para asegurar la rigidez ponen un globillo de aire dentro del globo de gas y cuando éste se contrae por una nube fría ó por el cambio de temperatura bombean el aire según se necesita en el globillo, lo que hace que toda la bolsa se ponga tirante. Santos Dumont, primero llena su globo todo lo posible con hidrógeno puro y el globillo queda vacío en el vientre del otro. Así tiene como defensa contra la condensación la capacidad del globillo, ó sean cincuenta yardas cúbicas. El globillo se llena de aire automáticamente por una bomba que hace funcionar el motor y en caso de expansión ó una presión demasiado fuerte se abren los resortes en las válvulas dejándose salir el aire primero, y después el gas si fuere necesario. En las fotografías puede verse el conducto del aire colgando del globo á la bomba.

Parecen insuficientes los delgados hilos de acero que suspenden la armazón; cerca de sus extremos están enroscados en resortes que compensan el ligero movimiento causado por la vibración del motor. Los alambres ó cuerdas de piano son invisibles á las pocas yardas y el hombre en su carro



PRUEBA OFICIAL DE JULIO 13, FOTOGRAFIA TOMADA DE LA TORRE EIFFEL.

Se aproximaba á la línea del obelisco que era la Torre Eiffel.

aéreo parece un satélite debajo del globo. La gran bolsa amarillenta de hidrógeno de $37\frac{1}{2}$ pulgadas de largo, $6\frac{1}{2}$ yardas de diámetro y con una capacidad de 715 yardas cúbicas, todo parece menos seda. Cada lienzo de tela se ha sometido á rigurosa prueba bajo presión y es capaz de sufrir la tensión máxima que se requiere. El largo carro triangular que lleva debajo está construido de tres delgadas piezas de pino al natural con travesaños. Examinada esta armazón en la caseta parece ser demasiado delicada para portar un hombre y una máquina á varios centenares de yardas de altura. Aunque tiene 59 pies de largo, sólo pesa 110 libras y en la primavera de 1900 el inventor pudo envasarla en su baúl por piezas y traerla en el invierno de Niza, donde se construyó, á París. Las piezas cuidadosamente escogidas y dobladas para formar las largas curvas de la armazón triangular, completa, no exceden nunca del grosor de dos dedos juntos. Las empalmó durante esta primavera en su taller del parque del Aéreo Club, que es la caseta de los globos. Hizo los empalmes de aluminio y aseguró los travesaños con delgado alambre de acero. Como á unas ocho yardas de la popa suspendió el motor de gasolina de automóvil de la vigueta superior del triángulo con alambres de piano y allí cuelga la maquinilla compacta de cuatro cilindros

y dieciseis caballos de fuerza como una araña en el centro de su tela. Sobre cada cilindro gira un ventilador para impedir se caliente demasiado. El motor hace girar un eje á cuyo extremo está el propulsor exactamente como la hélice de un barco. Las dos aspas de esta son de seda extendida tirante sobre las armaduras como la tapa de un tambor y miden $4\frac{1}{2}$ yardas. Generalmente el pequeño motor hace girar el eje con una velocidad de doscientas revoluciones por minuto; pero desde que el inventor perfeccionó su invento después de la ascensión del 13 de Julio, ha podido aumentar la velocidad á 210 revoluciones por minuto. Y las aspas giratorias tienen una fuerza de 175 libras. Encima del propulsor y debajo de la cola del globo está el timón, hoja triangular y curva hecha de la misma manera que las aspas. Como tanto el propulsor como el timón están colocados á la popa, el extremo delantero se deja libre para la cuerda directriz por la cual se puede inclinar el buque aéreo hacia arriba ó hacia abajo. Por medio de este artefacto el aeronauta puede ascender ó descender. En sus globos anteriores usaba sacos de lastre á cada extremo para mantener el equilibrio, pero ha podido prescindir de ellos en este último globo.

La barquilla está colocada como ocho varas más adelante del centro, á fin de asegurar el equilibrio con el motor y para distribuir bien la tensión de los alambres que suspenden la armazón. Esta barquilla es un cesto profundo y estrecho de tejido de junco y un hombre más corpulento que el esbelto aeronauta se vería apretado en ella. A cada lado se proyecta una delgada barra de madera de unas tres ó cuatro varas con el objeto de evitar se ladee demasiado la barquilla y estando el piloto en esta se parece á un funámbulo con su balancín. Ya que la inteligencia que dirige toda la máquina se halla en la barquilla, allí llegan los muchos alambres que comunican con todas las partes del globo como los nervios al cerebro. En el borde delantero de la barquilla se halla una rueda que viene á ser la rueda del timonel; pero está

puesta horizontalmente como en un automóvil y por medio de ella se dirige el timón. Hay una llave eléctrica para desviar el eje del propulsor del motor. Hay un alambre para cada una de las válvulas en el vientre del globo y hay otro más para la gran válvula encima de él por si el aeronauta deseara descender rápidamente y más aun, hay una cuerda de emergencias que arranca un lienzo de la seda para que se escape el gas y esta fué la cuerda de que tiró Dumont cuando bajó en los castaños de Rothschild. En cuanto á lastre, tiene pequeños sacos de arena debajo de los piés, y una bolsa de lona á cada lado, como unas cien libras en conjunto. Aquí se comprenderá que tiene varias cosas en que pensar á la vez.

Si bien parece muy complicado este buque aéreo que efectivamente navega en el aire, viene á ser, después de todo, una máquina simple, y al lado de los buques aéreos que aun no navegan, no es sino un simple juguete. Tendrá la cuarta parte del tamaño del globo de Zeppelin, y en efecto, es el menor aerostático de motor que se haya construído hasta la fecha. Toda la armazón completa sólo pesa 550 libras.

ALGUNOS INFORMES DEL INVENTOR.

Antes de alcanzar este resultado que se reconoce en efecto, como el primer buque aéreo dirigible, Santos Dumont ha construído y experimentado con unos cinco globos anteriores. Vino á París expresamente para hacer su carrera en el aire. Se despidió de las plantaciones de su padre el principal productor de café en el Brasil, donde como niño corría locomotoras por la finca; abandonó esos juguetes y se aficionó á lo que los franceses llaman la más francesa de todas las invenciones —las máquinas para volar. Asocióse con esos jóvenes ricos parisienses que buscan diversiones más *chic* que las áureas disipaciones; esto es, las más intelectuales si bien apenas más racionales investigaciones de los métodos de locomoción. Aunque pueden tener cuadras y yates y carros palacios prefieren el automóvil y el globo. El jo-

ven Alberto comenzó trepando el Monte Blanco para tener conocimiento de las grandes alturas y en 1898 mandó hacer un globo y lo llamó *El Brasil*. Era un artefacto pequeño y visible y no tenía más que ciento cuarenta y cinco yardas cúbicas. Podía retornar de un viaje con su globo en el puño pero no se satisfizo. *El Brasil* era esférico, no se podía dirigir, en una palabra, era anticuado. Puso el motor de su automóvil en la barquilla y fué el primero que aplicó la gasolina á la navegación aérea, pero hasta allí los resultados carecieron de importancia. Ese mismo otoño, votó al aire el *Santos Dumont I*, el primero de sus experimentos con globo en forma de puro; pero el peso de la barquilla colgando á diez yardas del globo hizo que éste cediera, y el buque aéreo y el hombre cayeron á tierra de una altura de quinientas yardas sin sufrir daño alguno—un mero accidente:—al año siguiente apareció el segundo *Santos Dumont* de la misma forma, pero un poco más largo. Subió el día de la Ascensión, no le satisfizo y comenzó á trabajar en el n.º 3. Este tenía 22 varas de largo con capacidad de 650 yardas cúbicas. El motor funcionaba bien y efectuó varias ascensiones con éxito cerca de la Torre Eiffel.

El año pasado hizo la tentativa para obtener el premio Deutsch con su n.º 4; pero sólo se le adjudicó el interés anual, como de unos \$ 760, sobre el principal por haber excedido á cuanto se hizo en el año en aerostática. En el acto devolvió el dinero y fundó con él un nuevo premio que se adjudicaría al primer viaje al rededor de la Torre Eiffel sin límite de tiempo, y tuvo la previsión de excluirse de esta competencia. El *Santos Dumont IV* tenía una capacidad de 546 yardas cúbicas con un motor de nueve caballos de fuerza, de dos cilindros que producían cien revoluciones de hélice por minuto. La máquina y un asiento de bicicleta colgaban en una barra debajo del globo. Impulsaba su máquina moviendo los pedales debajo de su asiento y por medio de cuerdas dominaba la lumbrera eléctrica del motor y el manejo del ti-

món, el lastre y el equilibrio. Hizo ascensiones casi diarias con este globo y más adelante le puso una máquina de dieciseis caballos, lo que hizo necesaria una bolsa mayor de gas y simplemente cortó en dos la que tenía y la alargó á 36 yardas como se hace poniendo una tabla en una mesa de comer. Poco después el aire del otoño le causó una pulmonía y tuvo que ir á la Riviera donde comenzó á trabajar con el n.º 5, su último favorito.

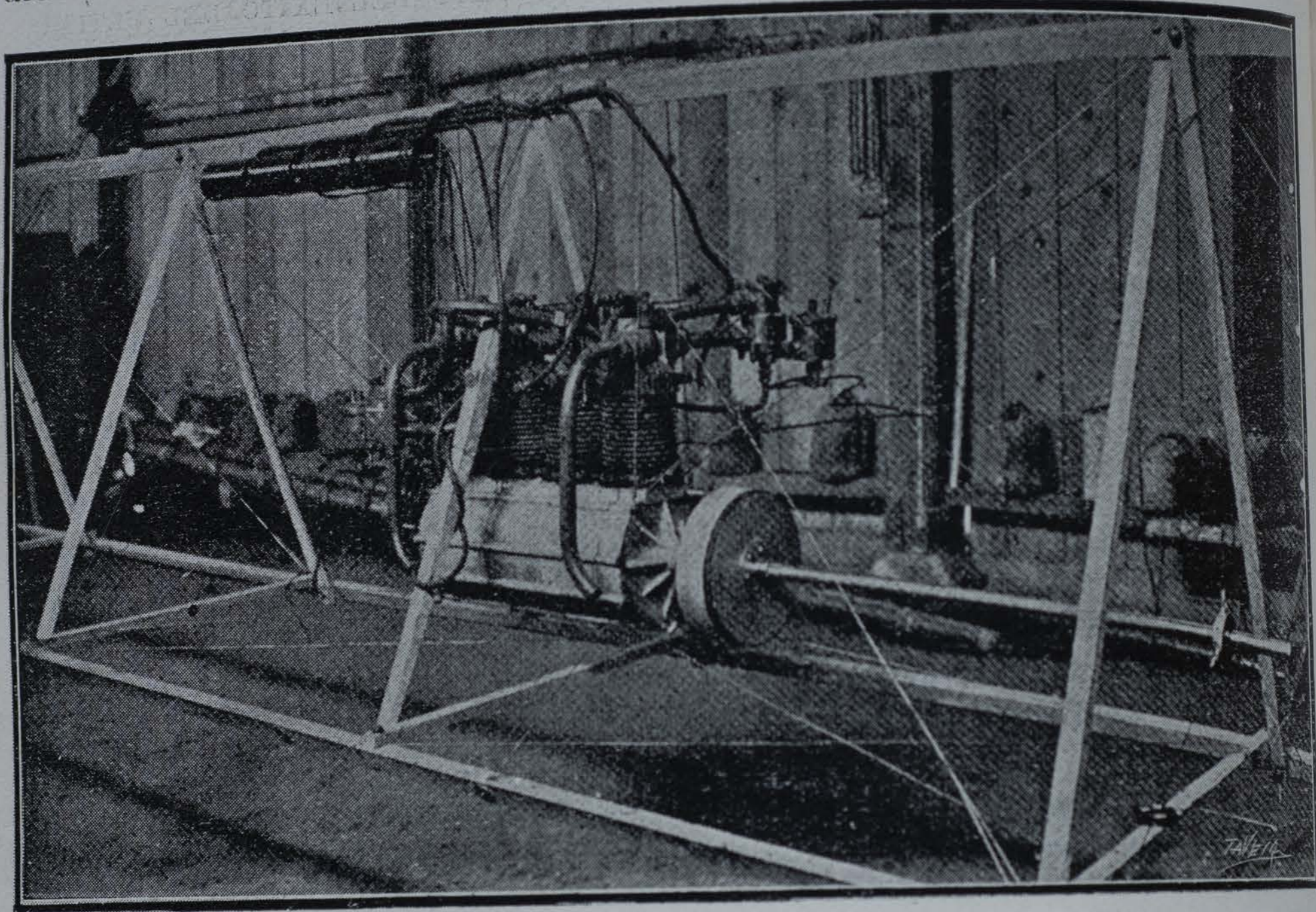
EL SECRETO DEL ÉXITO DEL ÚLTIMO BUQUE AÉREO.

Ya que habéis seguido al inventor paso á paso comenzaréis á preguntar en qué, después de todo, consiste el monumental y misterioso secreto de la navegación aérea que se ha descubierto. No habéis tropezado con ninguno, ni siquiera envuelve un nuevo principio mecánico y la verdad es que no hay principio alguno que descubrir; porque el secreto de la navegación aérea ya se había descubierto cuando se construyó el primer automóvil con un motor de gasolina. Cuando Santos Dumont despojó á su automóvil del motor y lo colgó en el carro de su globo, ya marchaba por la buena senda, pero en realidad no había efectuado ninguna invención que mereciera privilegio. Pudo haberse descubierto también el secreto cuando se inventó la primera máquina de vapor, ó también cuando el hombre encadenó la electricidad para servirse de ella, sólo que está en pié el hecho, á saber, que nadie hasta ahora pudo hacer que una máquina de vapor ó una batería eléctrica impulsara un buque aéreo. Eso podrá suceder más adelante, pero en el ínterin el motor de gasolina le sirve á Santos Dumont. Y ahora se ocurre la pregunta, ¿y por qué mejor que el vapor ó la electricidad? Toda la respuesta se contiene en esta sola palabra—el peso.

Remontándonos á 1783, cuando la enagua de Madame Mongolfier secándose delante de la lumbrera, llena de aire caliente, é inflada subía hasta el techo, esta misma palabra “peso” vino á ser

el eje de la batalla y el problema de la aerostática. José Mongolfier contempló las evoluciones de las enaguas de su esposa y se le grabó en el cerebro la palabra que descifra el enigma y la solución. Esto es, reflexionó que la enagua inflada se había puesto más ligera que el aire, y acto continuo se aplicó á asombrar el mundo con el primer globo, humilde esfera de papel llena de aire caliente que sólo se elevó unas pocas yardas. Y habiendo ascendido el hombre una vez en el aire, des-

retrocedió á los primeros principios y probó la fuerza humana como motriz, pero el hombre podía aún menos que la débil máquina de Giffard. En 1883, Tissandier, otro francés, experimentó con la electricidad, pero como sus baterías tenían que ser bastante ligeras para llevarse en el globo, sólo resultaron efectivas para ayudarlo á bajarlo á la tierra de nuevo. Krebs y Renard aeronautas militares, tuvieron mejor éxito con la electricidad, porque podían describir un pequeño



EL MOTOR DE PETRÓLEO DE 16 CABALLOS DEL SANTOS DUMONT V. QUE DA AL EJE 200 REVOLUCIONES POR MINUTO.

La explicación de por qué es tan potente para su tamaño: un motor de petróleo es muy simple. La mayor parte de su combustible está en el aire mismo.

de entonces ha luchado y luchado para poder dirigirse en ese elemento. Pero resultaba que todo motor que tuviese la suficiente potencia, hacía que el globo fuese más pesado que el aire. Por ejemplo, Henri Giffard, en 1852, probó el vapor como fuerza motriz y fué el primero que adoptó una bolsa en forma de puro, pero su máquina no propulsaba el globo simplemente porque tenía que ser demasiado ligera para la potencia que se le exigía. Veinticinco años después Dupuy de Lome

círculo con su buque aéreo con tal que no se moviese el aire. Los entusiastas exclamaron que estaba resuelto el problema, pero los dos aeronautas como buenos matemáticos calcularon ellos mismos que necesitarían tener un motor ocho veces más potente que el suyo y eso sin aumento alguno en el peso, lo que era imposible en aquella época.

Sin embargo, poco tiempo después comenzó á andar la gente en coches sin caballos y su potencia motriz era

una máquina de gasolina. El electro motor de Tissandier pesaba 375 libras por caballo de fuerza, y el motor de petróleo de Santos Dumont sólo doce libras por caballo de fuerza. En ambos casos se incluyen el combustible y todos los accesorios. Ahora bien, precisamente en esta enorme diferencia de peso yace el secreto de la navegación aérea resuelto el otro día por el joven brasileño.

La explicación de por qué es tan potente para su tamaño un motor de petróleo es muy simple: la mayor parte de su combustible está en el aire mismo y el aire está en torno del globo dispuesto para utilizarse. El aeronauta no tiene que llevarlo consigo; si lo hiciera se vería arrojado á tierra por el peso de su depósito. Pero la proporción de su combustible que tiene que llevar la vasija de petróleo es comparativamente insignificante, y la diferencia entre llevar esta porción y llevar todo el combustible, como para el vapor y la electricidad, hace la diferencia entre la nueva clase de motor y las dos antiguas. Las cifras siguientes serán asombrosas. Dos y medio galones de gasolina que pesan 15 libras hacen que un autociclo de $2\frac{1}{2}$ caballos de fuerza recorra 94 millas en cuatro horas. El globo de Santos Dumont necesita menos de $5\frac{1}{3}$ galones para un viaje de tres horas. Sólo pesa 37 libras y ocupa el depósito delgado de latón en forma de puro que se observará cerca del motor. Ahora bien, una batería eléctrica de igual potencia pesaría 2,695 libras y sólo duraría 25 minutos. Si consideramos el peso y el volumen del combustible en el aire que no tiene que llevar el motor de gasolina, veremos si aceptamos la aserción de la química que un litro de gasolina consume durante la combustión 5.45 libras de oxígeno en el aire lo que significa $27\frac{1}{4}$ libras de aire. Imaginaos, pues, un globo que llevase un depósito de aire para su motor. Un litro de gasolina exigiría un depósito de aire de una vara cuadrada y del alto de una casa de cuatro pisos. Para la vasija de aceite de Santos Dumont este depósito tendría que tener mil pies de altura ó

de dimensiones en que cupiera la Estatua de la Libertad.

La opinión francesa difiere acaloradamente en cuanto á lo que realmente significa para la aerostática este último buque aéreo. De nuevo "peso" es el grito de batalla en los dos campos opuestos de la aerostática. Una parte sostiene que el globo *más ligero* que el aire es el principio y el fin de la cuestión y de consiguiente afirman que Santos Dumont ha encontrado la solución definitiva por que puede dirigir su inflada carroza. Sus adversarios otorgan gran crédito al brasileño por hacer una máquina dirigible de cualquier clase, pero sostienen que no se resuelve el problema en tanto que el buque aéreo no sea *más pesado* que el aire. La discusión va siendo demasiado viva y no es de extrañar que cause un duelo ó dos si no sobreviene el tiempo frío.

Los que apoyan la teoría de *más ligero* arguyen que en un aeronef ó aeroplano (máquina más pesada que el aire) el operario estaría á merced de su motor. Si el motor se detenía, el buque aéreo bajaría como una piedra, no teniendo desde luego bolsa de gas que lo sostuviera. Los contrarios admiten que este punto es de considerarse y que por tanto el motor tiene que ser de toda confianza en efecto. Y entonces prosiguen á hacer constar que el aerostático (máquina más ligera que el aire) nunca tendrá uso práctico, de todos modos aun cuando se dirija. Para fines de guerra ofrece al enemigo un blanco demasiado grande y que sería mucho más saludable el riesgo de un motor en un aeroplano pequeño; que para fines particulares sería demasiado costoso y que en manera alguna puede considerarse en cuanto á transporte general. El *Santos Dumont V* requiere 550 piés cúbicos de gas para un hombrecillo de 120 libras y aun así, el hombrecillo no puede llevar más equipaje que su vida y su aplomo, con buena oportunidad de perder ambos antes de retornar. Por tanto, un globo llevando una lista de pasajeros de un pequeño vapor trasatlántico, necesitaría ser unas veinte veces mayor que la más grande de las tiendas del circo de Barnum, y la

caseta del globo cubriría el espacio de una ciudad de regular tamaño. Sólo podrían tomar pasaje en él los viajeros que pudieran tirar un millón y todos los otros millonarios llegarían á la ban-carrota sosteniendo semejante empresa. La más ligera brisa sería una tempestad para esa bolsa tan fabulosamente grande y la presión en circunstancias ordinarias exigiría una necesaria cubierta de metal. Por otra parte, el aeroplano—cuando se encuentre—podrá tener un tamaño que guarde mejor proporción con los transportes de mar y tierra y por razón de la inclinación de su superficie no tiene que temer una tormenta más que un buque.

Para terminar parece que puede considerarse al *Santos Dumont V*, como la última de las evoluciones desde la ená-gua de Madame Mongolfier. Es la culminación de los globos más ligeros que el aire. Es el primero que ha hecho

un viaje en la brisa y ha vuelto á un punto señalado de antemano. En una palabra, es dirigible. Desde luego, queda espacio para perfeccionamiento, pero apenas para más evolución. En la aeronáutica en lo adelante todas las evoluciones han de comenzar desde el pájaro para terminar en el aeroplano y quizás eso entrañe un nuevo principio en la mecánica. El genio que lo descubra será un coloso al lado del cual parecerá un pigmeo el hábil y osado artífice que aplicó un motor de automóvil á un huso inflado. Pero el aeroplano aun no se ha elevado del suelo, y el *Santos Dumont V* sí, ya los vecinos se han quejado; protestan contra el vuelo, temprano por la mañana, cuando las explosiones del motor á pocas yardas sobre sus tejados les espantan el sueño—y aquí teneis una anticipación del porvenir.

MUJERES ADMIRABLES.

POR EMILIO BLANCHET.

I

LA INSPIRACION DE UNA MORIBUNDA

“Ya se me acerca la terrible hora
En que abandone este precario mundo
Y al que ha sabido, con su amor profundo,
Trocar mi vida en fiesta seductora.

A no creer en el Eterno, ahora
Dolor me abrumaría sin segundo;
Ni el cielo mismo, en beatitud fecundo,
Sin tí me ofrece dicha tentadora.

¡Qué inspiración me alienta, me ilumina!
Para exclusivo bien del indigente,
Estudia con fervor la Medicina.
Premio mejor que lauros á tu frente,
Ha de otorgarnos la bondad divina:
¡Juntarnos ante el Ser Omnipotente!”*

II

UNA INTERCESORA.

Por la codicia el general cegado,
Manchó su estirpe, honor, categoría,
Su influjo convirtiendo en mercancía;
Mas vióse del ejército expulsado.

Presto, por su ignominia devorado,
Sin compasión herido, noche y día,
Por el remordimiento, á su agonía
La tumba dió refugio deseado.

Por conquistar á su marido el cielo,
En hospital sombrío reclusa
La viuda, un tiempo, de salones gala;
Por su elegancia y venustad, modelo,
Enfermedades asquerosas cuida,
La más sublime caridad iguala.

* A ruego de su esposa moribunda, Mr. Simery de Goyon dejó la carrera militar, en la cual brillaba, para estudiar la Medicina y ejercerla en exclusivo provecho de los pobres.

JESUS DEL MONTE.

Por Ramón Meza.

PAISAJE que recuerda el de las poblaciones de los muslines por la blancura caliza de los placeres y calzadas, llenas de polvo que el sol seca y el viento arrastra haciéndolo caer sobre la vegetación raquítica y escasa. Levantado este barrio sobre terreno de caliza arcillosa presenta en algunas partes una blancura deslumbradora que reverbera á la luz solar produciendo escozor en los ojos. El agua escasa, y que por lo regular se obtiene en pozos hondos de no menos de cuarenta varas, donde la masa líquida oculta con su tinte verdoso, las perfidias y traiciones de las grandes profundidades; las amplias cisternas y los blanquizales, donde se extiende penosamente la grama de pata de gallina que roen grupos de macilentas cabras; el romerillo, los tunales, y acá y acullá, solitario datilero; las caravanas de arrieros soñolientos

y perezosos á quienes no faltan más que la espingarda y el turbante del mercader árabe para completar los rasgos típicos de las poblaciones orientales, todo esto trae á la memoria con fuerza irresistible las costumbres; los hábitos y paisajes de las ciudades mahometanas.

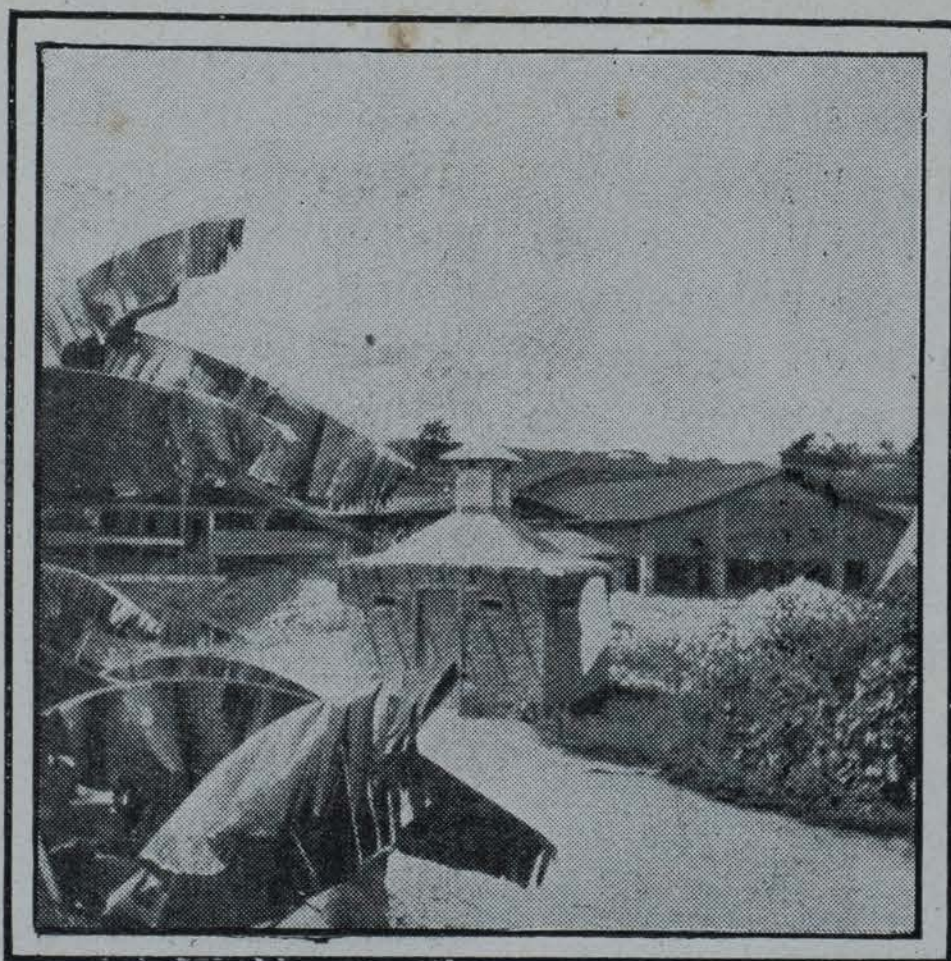
Peregrinos y peregrinaciones no han faltado también como detalle para complemento del cuadro. En época, no muy remota, allá se iban todas las tar-

des grupos abigarrados de mujeres, niños y ancianos á depositar diezmos de cera, aceite, pabilos, harina y demás adminículos y amuletos religiosos ante la peana verde, con filetes de papel dorado, del milagrero S. Hilarión, que recibía sin conmoverse las sinceras y sentidas preces de las muchachas casaderas de aquel pueblo, cruzado por larga fila de mulas llenas de cascabeles y campanillas, excitadas con gritos, con interjecciones fuertes y sonoras, con restallidos de látigo, para que asciendieran por aquellas lomas, á

las cuales llegan, con la misma dificultad, el agua, el alumbrado y el tranvía.

Al lado de notas, tan originales y típicas, tiene el barrio de Jesús del Monte muy singular hoja histórica. Data su caserío desde el siglo XVII. Levantóse junto al antiguo ingenio de D. Francisco Lara de Bohorques. Don Cristobal Bonifá de Rivera donó un

espacio para construir la primera iglesia. Junto á los arroyos de Agua Dulce y de Maboá comenzaron á cultivarse, en 1708, algunas vegas de tabaco; sublevados los vegueros en 1723 el capitán de caballería D. Ignacio de Barrutia los venció mandando levantar doce horcas en cada una de las cuales mandó colgar un sublevado: es decir, que tocó á sublevado por horca. Los cadáveres de estos ajusticiados estuvieron expuestos durante un día á



FORTIN ESPAÑOL CERCA DE LA VIBORA



VISTA DE LA IGLESIA Y CALZADA
DE J. DEL MONTE

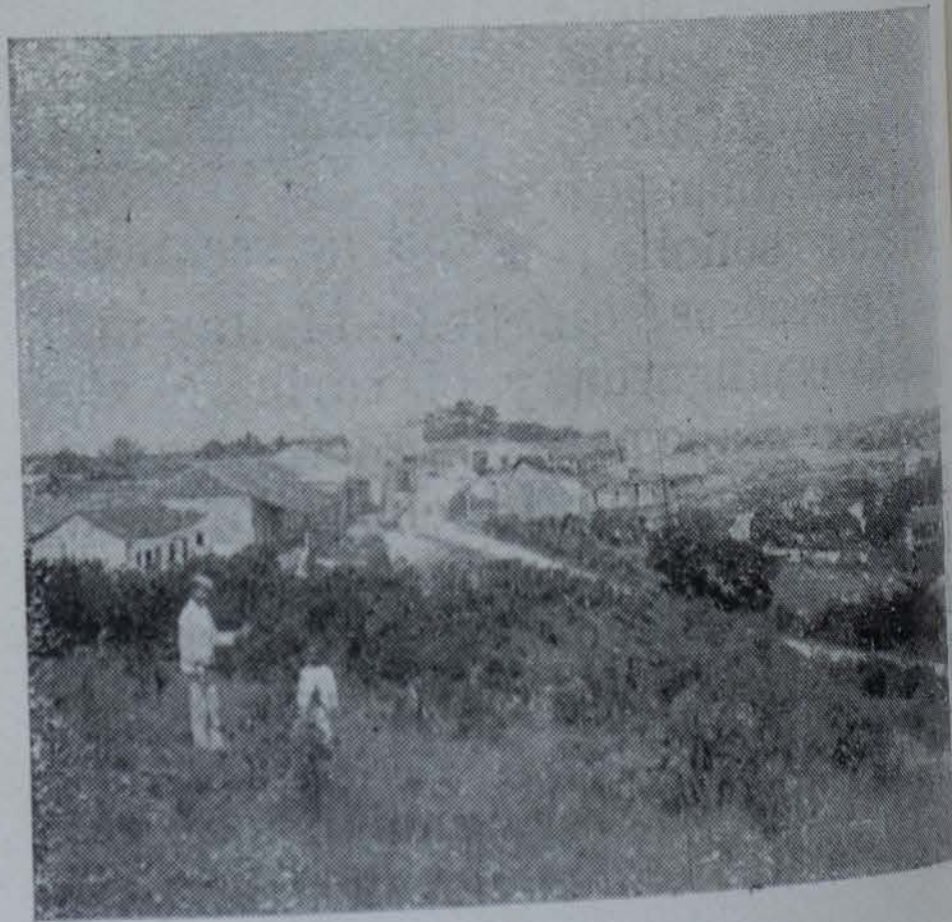
la pública contemplación de transeuntes y curiosos, para ejemplar escarmiento, en el camino de Santiago.

En 1762, durante el sitio y toma de la Habana por los ingleses, Jesús del Monte, punto estratégico, según hubieron de reconocerlo también los españoles en la reciente guerra con los Estados Unidos fortificando las lomas y emplazando formidables piezas de artillería, particularmente en la loma del Mazo, fué teatro de escaramuzas entre los soldados ingleses y la caballería de Milicias y Dragones de la ciudad al mando del coronel D. Carlos Caro. En una de las chozas de Jesús del Monte falleció, de males que le acarrearón los disgustos y el mal trato de sus superiores, el célebre guerrillero, hábil y heróico defensor de la villa de Guanabacoa, José Antonio Gómez, ó por su más conocido nombre de Pepe Antonio. En 1820 estuvo dotado Jesús del Monte de Ayuntamiento propio que duró hasta 1823 en que fué suprimido, pasando á ser, nuevamente, barrio de la Habana.

La masa caliza arcillosa que forma la mayor parte del suelo de este barrio de la ciudad, tan blanda en la superficie que sus fragmentos trazan raya en la pizarra cual puro yeso, se endurece con la presión en el seno de las colinas dando bloques de resistente piedra que la Habana conoce por losas

de S. Miguel y se emplea para pavimentos de zaguanes y de patios, quicios, abrevaderos, escaleras, brocales de algibes y de pozos y para basamentos de horcones de colgadizos y portales. El terreno, en conjunto, aparece como si se hubiera levantado á impulsos de hervor tremendo en burbujas de colosal caldera subterránea. Sus lomas son redondeadas, casi semiesféricas, de cumbres regulares, sin capa vegetal y adornadas por el vellón gris dorado del espartillo fino que la brisa pura, seca, mueve en graciosa ondulación.

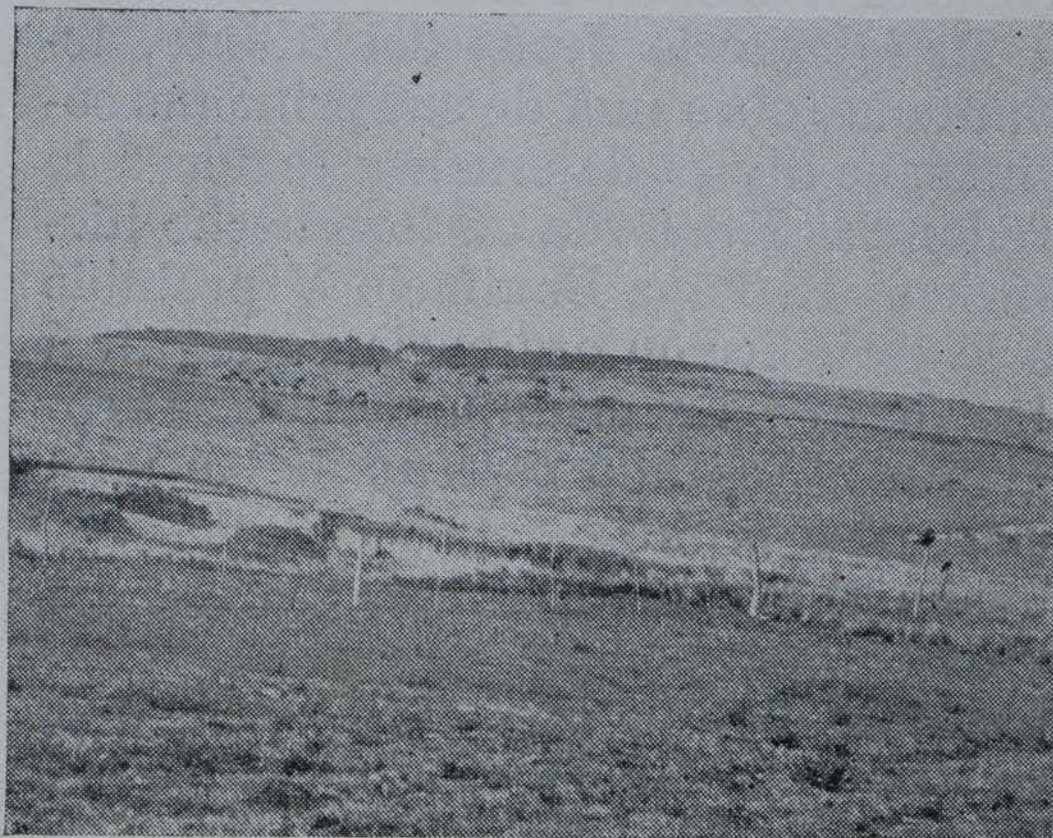
En las canteras, el paisaje, es raro, agreste. La montaña tajada de arriba á abajo muestra todas las capas, lascas y bloques de su piedra blanca que se presenta como alto muro ciclópeo ó trinchera de titán. Los pozos abiertos á barreno en la roca blanca tienen su brocal irregular, estrellado y casi oculto por los helechos, lianas y arbustos que viven á expensas de sus emanaciones húmedas. Y con su color verde obscuro de fondo de garrafón guardan el engañoso atractivo de los abismos peligrosos: han consumido no pocas vidas de inexpertos é inocentes niños; lo mismo han hecho los derrumbes de enormes masas y bloques de piedra, levantados por los barrenos que han sepultado no pocos hombres. En lo alto de aquellas canteras, al borde de la enorme y rápida quiebra de la colina se sienten los vértigos del precipicio.



CALLE DE LUZ Y LOMA DE LUZ

Los nombres de los barrios, calles, lomas y esquinas de Jesús del Monte son tan originales como el mismísimo nombre del pueblo. ¡Jesús del Monte! Nunca puede el oído llegar á acomodarse con esta desinencia de genitivo colocada tras de Jesús. Poned en vez de del Monte, de la selva, del río, de la nube, del lago, del mar, y siempre resultará chocante su contraste ante Jesús. La calle del Pocito va á dar á un enorme pozo, con boca de abismo; la llamada de Luz, es obscurísima de noche. En los nombres de los barrios sigue tan original desacuerdo: uno lleva el nombre del más espeluznante reptil: la Víbora; el otro lleva el nombre del más bello Dios de la mitología pagana: Apolo. Por allí cualquier propietario se inmortaliza ligando su nombre á algunas pertenencias de su particular dominio: así, una esquina es de Toyo; un puente, de María Ayala; unas canteras, de Morales; una loma, de Joaquín. Calles hay de Rodríguez, de Pérez, de Mariano, de Pedro Barba; no pocas llevan el nombre de los frutales que poseen, tamarindo, mangos, zapote.

Y por no apartarse de la regla la construcción general del pueblo, más bien que barrio, es altamente singular. Es una sola calle, prolongadísima, interminable, donde las casas parece que se sostienen unas á otras á manera de dobladas barajas. Los muchachos de otros países preguntan á menudo si el sol y la luna que alumbran en la pa-



LOMA DEL MAZO EN ARROYO APOLO

rruquia son el mismo sol y la misma luna que alumbran el patio de su casa y el de la escuela. Los niños cubanos suelen preguntar si todos los pueblos que ven esparcidos á orillas de las calzadas se hacen con trozos de Jesús del Monte; ó bien, si Jesús del Monte está hecho con todos los trozos de pueblo que ven esparcidos á orillas de las calzadas. Los vastos tejados de dos aguas que cubren las modestas casas de madera de un mismo tipo de construcción y que á menudo, rendidas por el peso de tanto barro cocido puesto sobre su techo, han perdido la vertical necesitando puntales; los anchos mostradores de las tiendas mixtas, fruterías, carnicerías, tenerías y zapaterías, donde se ven pesebres con caballos que rumian llevando á cuestras serones repletos de botijones de leche; con suelos empedrados de piedras elípticas introducidas en el piso como á golpes de poderoso martinete; las dobles zanjas de las alcantarillas que corren abiertas por el frente de las casas á las cuales dan acceso puentes de piedra, de tablones ó ladrillo; los muros de defensa de los traspatios coronados en su caballete por fondos de botella, que hieren más que los clavos y lanzas de sus rejas reforzados en su terrible defensa por las púas de los cactus, espinos y abrojos; todo esto imprime á Jesús del Monte una fisonomía característica, especialísima, que se ve reproducida en más pequeña escala, por los villorrios que



LOMA DE LUZ

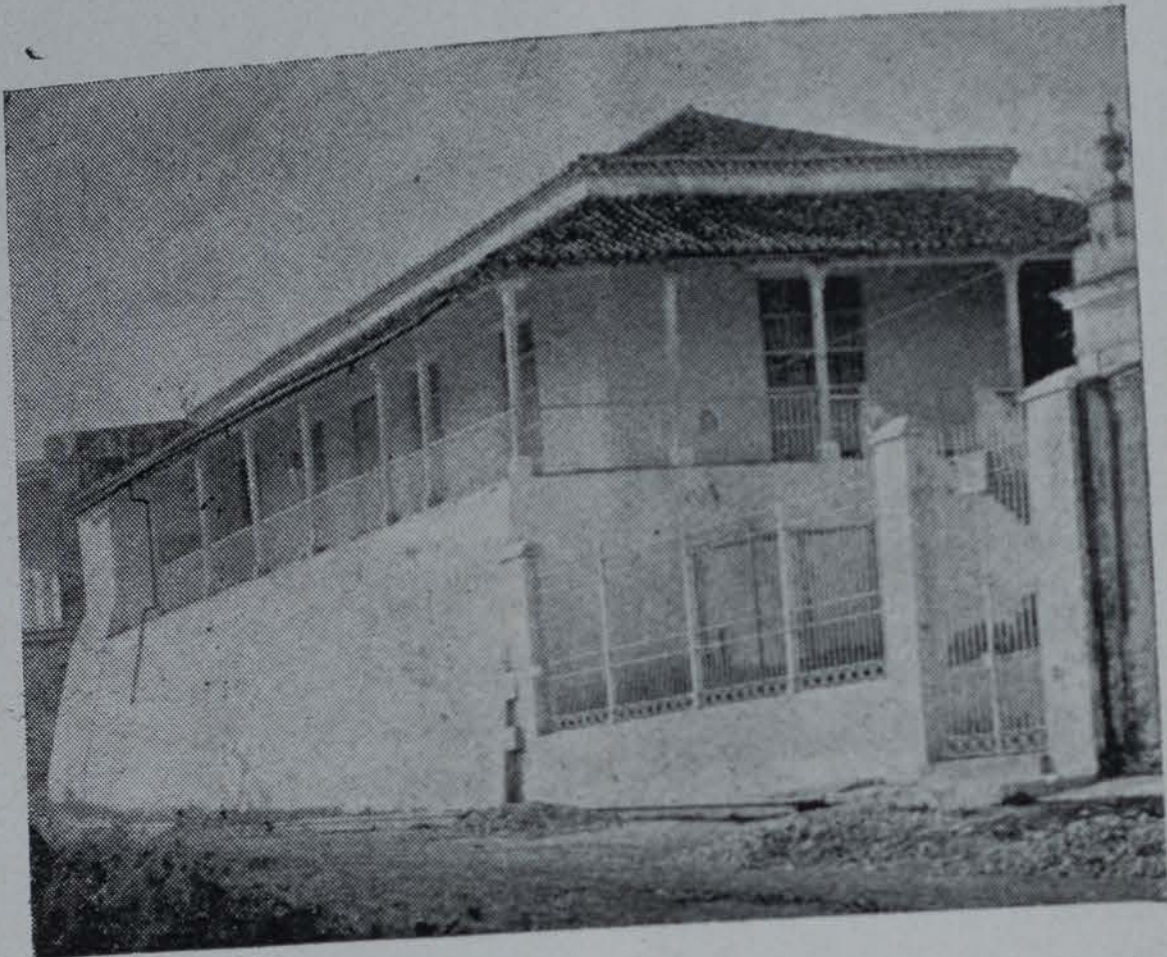
asoman á orillas de nuestras calzadas.

La iglesia de Jesús del Monte, levantada sobre una de sus primeras colinas, se divisa de muchas leguas á la redonda. Recuerda curioso hecho histórico. El Papa Bonifacio V prohibió á la jurisdicción ordinaria perseguir á los fugitivos y criminales que se acogieran al sagrado terreno de las iglesias. Esa prohibición se mantuvo en vigor por bastante tiempo en las iglesias cubanas. En 1720 desertaron de la escuadra don Francisco J. Cottilla y Cornejo, más tarde fundador del Arsenal, con parte de los marineros á su mando, y se acogieron al sagrado de la iglesia de Jesús del Monte, por lo cual, fueron perdonados. El primer cementerio del pueblo se erigió hacia la parte este de la iglesia con solares que de la estancia Allende, donó su propietario, el Marqués de la Real Campiña, al Ayuntamiento. En el pórtico del cementerio, púsose esta también original inscripción:

Al pisar esta fúnebre morada
Acuérdate hombre que eres polvo
Nada!

Desde el atrio de la esbelta iglesia, ó mejor desde su torre, se domina un

paisaje admirable: un trozo de esta bellísima tierra de Cuba. El aire es puro, seco; el cielo de una limpidez transparente, las vecinas lomas parece que recortan las curvas regulares de sus cimas sobre masa de purísimo cristal. Los prados roturados en extensos cuadros para el cultivo presentan todos los matices del verde; y los frecuentes



LA CASA DONDE FUE ASESINADO CASADEMUNT

valles, humedecidos por las cañadas, se ven ornados por grupos de palmeras, por el ramaje extenso y sombrío del árbol que da el bálsamo de Guatemala; limoneros, naranjales, cocoteros, el bambú y el macío señalan arroyuelos ocultos por la hojarasca, y las charcas y cenagales.

El puerto, el océano, el caserío de la Habana, á cuyo conjunto da tono especial, risueño, ese color gris crema que tan atinadamente ha sido bautizado con el nombre de la alegre ciudad, extiende sus fábricas y talleres donde las altas chimeneas, con sus penachos de humo, parecen desplegar al viento la noble bandera de la industria y del trabajo. Y se dominan, en toda su amplitud, desde el faro del Morro y los bastiones de la Cabaña, hasta los muros almenados de los Castillos del Príncipe y Santa Clara.

LA OBRA DEL Dr. VIDAL MORALES

Carta de la Sra. Aurelia Castillo de González. (1)

DR. VIDAL MORALES Y MORALES.

MI distinguido amigo: Hice la lectura de su libro como, al ver el título, dije á usted que debía hacerla: “con profundo interés y religioso recogimiento”; y llegué así hasta el fin porque la obra no defraudó nunca el concepto que de antemano me formara. He dicho simplemente su libro, aunque otros muchos ha escrito usted y sin duda continuará produciendo, porque pienso, que este á que me refiero, *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, será siempre su libro, el que dará á usted lugar definitivo entre los historiadores de Cuba.

La generalidad de los cubanos sólo sabíamos de lo anterior al 68 algunos hechos salientes: los fusilamientos de 1851 y 1855, deportaciones de hombres eminentes, etc. Había nociones vagas de constantes trabajos conspiratorios, había nombres que eran símbolos, el ideal estaba encarnado en los hombres que los llevaban. No hay para qué mencionarlos aquí. Todo el mundo está acostumbrado desde la cuna á venerarlos. Y como ellos fueron los primeros luchadores y no era posible que llegasen al triunfo, como murieron en la demanda, nadie pudo —¡triste verdad!— arrastrarlos á la arena pública para derramar en sus gloriosas heridas las babas corrosivas de la envidia y la injusticia y manchar con cieno sus palmas de martirio; y quedaron sus figuras intangibles, puras, elevadísimas, adoradas, y todo lo demás casi desvanecido.

Pero usted no se contentaba con saber las cosas á medias. Su labor silenciosa y perseverante acopió datos, extrajo de las fuentes genuinas lo que cada cual contenía de precioso, interrogó á los supervivientes y otros contemporáneos de los sucesos antes de que se fuesen á la tumba con sus tesoros, y cuando el momento ha sido llegado, nos presenta usted un grueso tomo repleto de noticias auténticas, que á primera vista parece una improvisación, uno de esos libros que surgen de la actualidad, ganosos sus autores de falsa nombradía y asegurado lucro; pero que, una vez leído, se advierte que es la obra de una existencia entera, de una curiosidad y un interés de todos los momentos por escudriñar cuanto aquí se ha hecho con miras de independencia ó de progreso, y sobre todo vése el afán más generoso por conservar á cada cual sin menoscabo alguno la parte de gloria que le corresponde; no ocultando por esto la parte de vituperio á quien vituperio merece, aunque generalmente con menos ahinco señalada.

Esa es la tendencia predominante en usted: la de justicia distributiva, hábito acaso del recto juez de antaño. Se ve claramente que le tiene usted abierto un registro biográfico á cada escritor, á cada patriota ó benefactor cubano, por modesto que sea, sin que aparezcan por ningún lado jamás, por mucho que se inquietara, los celos profesionales del publicista, ni en intencionadas omisiones ni en dardos de ironía más ó menos disimulados, que-

(1) A nuestras reiteradas súplicas ha accedido la autora de esta interesante Carta, de Febrero 19 de 1902 á su publicación en nuestra Revista.—Nota de la R.

dándole al lector la convicción plena de que si no aparecen celos tales no es porque el arte los encubra cuidadosamente, sino porque en absoluto no existen.

Por eso el libro se adorna con dos inapreciables condiciones: ingenuidad é imparcialidad, que se condensan y resumen en una sola: infinita bondad. Alguien, sin embargo, le ha tachado á usted de injusto y duro para con la antigua metrópoli. No entro en el proceso de agravios. Lo pasado, pasado. Nunca hay exceso en las consideraciones y perdones otorgados al vencido. Pero mi impresión personal es que las frases acerbas de usted no brotan de un corazón envenenado todavía, sino que las repite maquinalmente y en calma como un eco fiel de las que en otros días se vertieron, cuando el alma dolía apretada por indecibles angustias.

Entre los historiadores que conozco le encuentro á usted parentesco, salvo la disciplina humanista que usted tiene y que el simple soldado de atrasada época no tenía, con uno de los *Primitivos de Indias*, que á todo lector es simpático por las condiciones mismas que ya he indicado respecto del libro de usted. Es Bernal Díaz del Castillo, á quien se le otorga más crédito que á ningún otro.

Eso pasará al libro de usted. Será el archivo indispensable de auténticos informes jamás truncados ni desfigurados, á donde habrá de acudir todo el que en lo sucesivo escriba cosas cubanas relativas á nuestra independencia. El cuadro desde los principios del pasado siglo hasta que en Yara comienza la epopeya, es completo, y de las luchas decisivas posteriores también son valiosos los fragmentos que ofrece usted.

Un consuelo, una satisfacción grande surge de la dolorosa historia contemplada así en junto: que nunca nos han faltado durante la centuria primera de nuestra actividad patriótica, que nació gemela con la actividad intelectual, grandes caracteres, hombres de claro talento y de instrucción, si no enciclopédica, bastante extensa en las

materias que abarcaba; hombres que, resumiendo en sí felizmente todas esas excelencias, amaron á su patria por sobre todas las cosas y á ella se consagraron con gravedad de puritanos. Y algunos hubo de tan acrisolado civismo, que no temieron elevar hasta la esfera del poder en medio del terror colonial la voz austera de la verdad, siendo de ello el más brillante ejemplo en mi concepto, la carta—que además tiene el mérito de un delicioso sabor retórico á la antigua—de D. José de Arango á Martínez de la Rosa, incluida por usted en los *Apéndices* con el número VI.

Esos hombres gozan de inmensos prestigios. Ocupaban la mayor parte de ellos el punto más alto en la escala social por nacimiento y riquezas, y asumieron sin vacilar su papel natural de cabezas directoras. Las deficiencias en aquella época se encontraban siempre en las masas, en el pueblo ineducado, tímido por hábito secular de temer, receloso, asombradizo, incapaz del esfuerzo cívico, ignorante por completo de la fuerza que lleva en sí la virtud colectiva.

El mérito de más precio, por tanto, de nuestros hombres del siglo XIX fué el de haber trabajado esas masas con la palabra y con el ejemplo. La ganaron con la admiración á su estoicismo, por el amor inextinguible que sintieron y comunicaron, y, haciéndose matar en quiméricas empresas, en rebeliones de cuatro ó diez hombres, les quitaron el espanto de la sangre. Ellos arrancaron á Cuba en espíritu del poco amoroso regazo materno, la deificaron en el inmenso santuario de su hermosa naturaleza tropical, ofrendaron, los primeros, en el ara sacratísima sus corazones acribillados y la ofrecieron á la adoración. Y el pueblo la adoró.

Y vió más tarde un fenómeno, un cambio portentoso. Que los grandes movimientos redentores, cruentos, terribles, incontrastables, fué el pueblo quien los realizó. Y fué el pueblo, ya más educado, más viril, más consciente, más virtuoso, quien decidió á las clases superiores, quien se mantuvo firme, sin abjurar jamás de su ideal,

pegado aquí, á las entrañas de la tierra madre, en la reconcentración y en el bloqueo, muriendo de la más espantosa de las muertes, muerte de Conde de Ugolino, que ve caer á los hijos muertos de hambre, y muerto de hambre cae él por último, después de haber mordido acaso, en la locura de la carne que se siente próxima á desorganizarse, las putrefactas carnes de aquellos hijos adorados!

Y ese pueblo también olvidó sus horrendas laceraciones en el instante supremo de la emancipación, y el himno que jamás había podido cantar, su Himno de Bayamo, vibró con infatigable delirio, con infatigable repetición, día y noche, semanas y meses en todos los ámbitos del país para aclamar á Cuba libre ante la mágica vista de millares y millares de banderas cubanas, que parecían haber brotado como por ensalmo del seno de la

tierra fecundada con lágrimas y con sangre. Aquel instante único, bien pueden envidiárnoslo á los famélicos, á los arruinados, á los mutilados en nuestras familias todas las generaciones que estén por venir.

Usted nos hace conocer, pintados por sí mismos puede decirse, en sus cartas íntimas y en sus documentos oficiales, á los iniciadores de esta obra magnífica de sacrificios. Ellos también murieron hambrientos con sus anhelos incumplidos y sus grandes empresas fracasadas, y aquellas primeras gotas de sangre que mojaron la tierra tienen, por el hecho de ser las primeras, mayor santidad que los raudales vertidos después.

Cuba debe á usted mucha gratitud, y yo le rindo con estas líneas testimonio de la parte que le corresponde.

De usted aftma. amiga,

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.





BAHÍA DE CARLOTA AMALIA.—ISLAS DANESAS.

LAS ISLAS DANESAS

Por M. K.

INTRINSECAMENTE considerada, las Islas Danesas de las Indias Occidentales son de poca importancia para el mundo en general, mas, por su posición geográfica, son de un valor incalculable para una porción de él. Bajo el punto de vista estratégico, poseen la llave de la situación de las Indias Occidentales y de la América del Sur, en caso de guerra; dominan ó por lo menos dominarán el camino Oceánico de los puertos del Atlántico para el proyectado canal del Istmo, que, en el porvenir, será un factor potente en el cálculo de valores. Son tropicales en cuanto á situación y producción, y no obstante, no son físicamente volcánicas, y no han producido nada peor que huracanes.

La isla mayor de este grupo es Santa Cruz ó Saint Croix, según se prefiere el nombre original dado por Colón, ó el más reciente francés. A la vez que es la isla más grande, es la más fértil, produciendo vastas cosechas de caña de azúcar y algunas de café. El terreno es por lo general lla-

no, con una sola elevación de más de mil pies de altura; su población es de veinticinco mil habitantes, la mayoría de los cuales habitan las dos poblaciones de Christianstaed y Frederichstaed.

La isla más pequeña del grupo Danés es la de San Juan, cuyo área es de 8 millas por 4, ó séase cerca de la mitad del de Santa Cruz. Es más áspera que la anterior, sin embargo de estar regada por numerosas pequeñas corrientes, y sus colinas abundan en canela, café silvestre y caoba; los pocos ingenios de azúcar que hay en ella, están esparcidos entre sus bosques. El total de su población no excede á 2,000 habitantes, siendo estos, salvo contadas excepciones, pobres y casi todos de color. Si esta isla, con sus perfumados bosques y sus playas de arena fina, fué más accesible, sería de un precio incalculable, pero hoy día languidece en una obscuridad que ha durado ya siglos. En aquellos buenos tiempos de la piratería, era bien conocida la isla de San Juan, pues poseía, como es aún el caso, una perla

sin precio en su puerto cerrado por tierra, conocido con el nombre de la Bahía de Coral. Es dudoso que haya andado por este puerto aislado otra embarcación mayor que los droghers, que suelen costear estas islas, pero dentro del círculo formado por sus colinas se nos asegura que una pequeña armada podría abrigarse.

Se considera á prueba de huracán, es decir, que es un anclaje seguro durante la estación que media entre Julio y Noviembre, cuando los ciclones tropicales están en su apogeo. Es un puerto triple protegido por un alto

situada la famosa ciudad de Carlota Amalia, en una hondonada de colinas, cuyos estribos se extienden afuera en el mar y encierran á medias esta bahía sin igual.

No hay ciudad más pintoresca en todas las Indias Occidentales que Carlota Amalia; y esto es mucho decir, después de haber visto la hermosa capital de la Perla de las Antillas. Elevándose entre colinas redondas, una de las cuales está coronada por un castillo de origen *bucanero*, con sus casas de tejados rojos en medio de hermosos jardines, á las que se llega por



SANTA CRUZ. ISLAS DANESAS.

promontorio, con buen anclaje donde quiera, y una profundidad de trece brazos.

Aun queda otra isla del trío cuya bahía es superior á todo lo que se ha visto en esta porción del mundo. Verdad es que Santa Cruz y San Juan poseen muchos atractivos naturales, pero su isla hermana Santhomas ha merecido más atención. Mide trece millas de largo por tres á cuatro de ancho; no posee ni la fertilidad de Santa Cruz, ni la belleza de San Juan; pero tiene colorido y contorno, y directamente debajo de su cordillera central, á unos 1,500 pies de altura, está

escaleras de caracol, y con sus bellas palmas cocoteras, inclinándose sobre las playas que orillean la bahía, es Carlota Amalia un ejemplo hermoso de lo que puede llegar á ser una ciudad de las Indias Occidentales cuando así la ha dotado la Naturaleza.

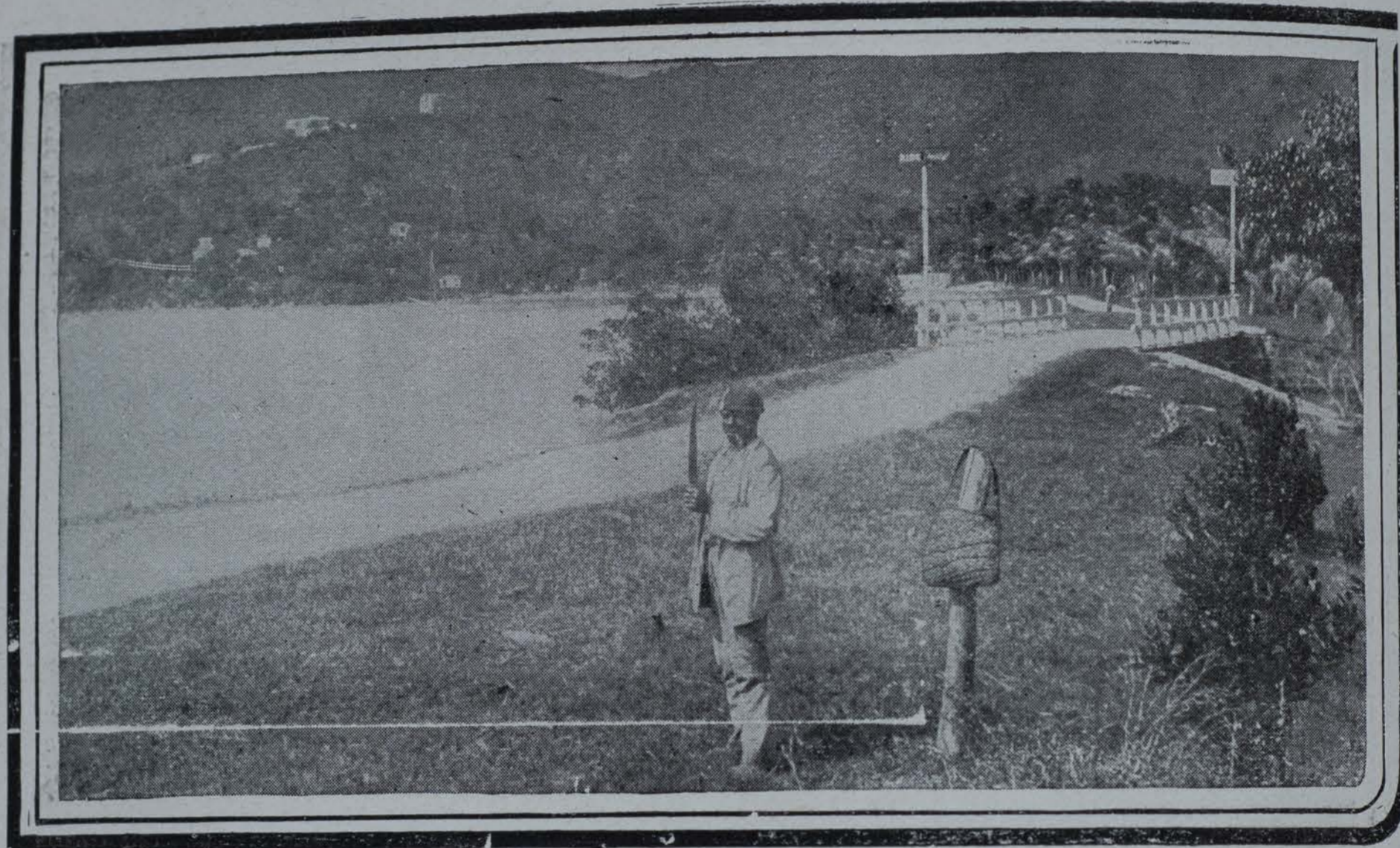
Es, y siempre ha sido un puerto libre y todas las mercancías extranjeras que á él llegan se venden baratas, pero el bulto de su población hace poco comercio con el extranjero, por la sencilla razón de que no tiene con qué. El sonido armonioso de la plata raras veces suena lo suficiente para oirse entre sus habitantes, ni aun en la capi-

tal, cuya población es de 13,000 habitantes, (la mayoría), puede decirse que representa la isla.

Mas, pobre y despreciada como ha llegado á ser la isla de Santomas, aun es dueña de aquella bahía en la cual se baña la delicada Carlota danesa. El término medio de la profundidad de ésta es de seis brazas, su entrada es ancha, y su extensión tal, que puede acomodar por lo menos cien embarcaciones.

Todo alrededor se elevan colinas, salvo hacia el sur, donde se halla, á la distancia de cuarenta millas, la isla

Considerando la inmensa importancia de este grupo de islas y todo lo que adquirirá en un porvenir no muy lejano, no nos debe sorprender el deseo manifiesto que tuvieron los Estados Unidos de contarle entre sus posesiones. "Es de una importancia soberana", observó recientemente el contraalmirante americano Bradford, refiriéndose á este grupo, "que tengamos carboneras en las Indias Occidentales, y por eso bueno será llamar la atención de nuestro pueblo, al hecho que las Islas danesas están de venta. No debemos permitir que la isla de San-



SANTHOMAS. ISLAS DANESAS.

de Santa Cruz. Según la opinión de marinos expertos, la bahía podría llegar á ser un verdadero Gibraltar, con pequeño expendio.

El Capitán G. V. Fox refiriéndose á esta isla dijo: "La bahía de Santomas es una de las mejores de las Indias Occidentales, admirable para los requisitos marinos, y á la altura de cuanto se puede desear para el comercio de la mar".

tomas pase á manos de un rival comercial ó marítimo."

En un tiempo, el gran estadista americano Seward, que hizo la compra de Alaska para los Estados Unidos, ofreció \$7,500,000 para la adquisición de estas islas; si el gobierno americano ha podido en estos tiempos obtenerlas por menos de la mitad de este precio, quién dirá que no han hecho buen negocio?

LITERATURA Y DECADENCIA

Por Mario Muñoz-Bustamante.

REFLEXIONES SUGERIDAS POR UN LIBRO DE BARBEY D'AUREVILLY.

LA humanidad decae, y los decadentes tratan de resarcirse apurando tónicos fortísimos que les devuelvan, aunque sólo sea por breves instantes, el malgastado vigor de sus seres en ruinas. Este fenómeno se comprueba, sobre todo, en el hermoso y amplio terreno de la literatura. El lector de antaño era fácil de entusiasmar, porque aspiraba un ambiente más puro y su sensitiva se conservaba incólume: aquellas buenas gentes que leían con tanto placer á Meléndez y hasta se enternecían leyéndole, debieron tener el alma de miel y lloro. El lector moderno es casi inconvencible, porque aspira otro ambiente más viciado y su sensitiva agoniza, bajo el peso brutal del excepticismo: estas gentes gastadas que leen á Zola con tanta indiferencia y hasta sonríen leyéndole, tienen, sin duda, el alma fundida en mármol y desdén. El sentimiento ha cambiado con el tiempo, y el gusto con el sentimiento. En época lejana Blanchié ó cualquier otro rimador sensiblero hacía verter lágrimas á sus admiradores; en la época actual halagan solamente la espeluznante desesperación de Byron, la profunda tristeza de Leopardi, el humorismo sangriento de Heine, y las estrofas, ya indignadas, ya sensuales, pero, por lo regular, vibrantes de Salvador Díaz Mirón. Becquer agrada todavía no porque fuese un vate sencillo y platónico, sino porque cada una de sus rimas es la gota de sangre que vierte un corazón inmolado en aras del amor: la paloma devorada por el tigre resulta un espectáculo grandioso para los que buscan sensaciones fuertes.

Y á este cambio de tiempo y de gusto débese la desaparición ó reforma total ó parcial de algunos géneros literarios y la aparición ó progreso de otros que vienen á ocupar los lugares vacantes en el campo de las letras. La poesía didáctica ya no existe, porque en estos tiempos, más *hidroterápicos* que *rítmicos* y más *telescópicos* que *hipotéticos*, la *Cirujía Rimada* de Diego de Cobos se queda tamañita al lado de la *Cirujía antiséptica* del doctor Cardinal, y á quisque alguno se le ocurre aprender la ciencia de Flammarión en las *Astronómicas* de Manilio. El poema épico hoy puede considerarse entre los fósiles, y, por lo tanto, la *Iliada* y la *Eneida* merecen un puesto de honor, junto al *mammuth*, en el más respetable museo paleontológico. Una *dolora* de Campoamor despierta, en la actualidad, mayor interés que los cuarenta mil versos de *El Bernardo*. La poesía dramática también ha sufrido sus metamorfosis. No le arrendaría ya los silbidos de la crítica al autor que en el siglo XX le diera por escribir dramones como *D. Juan Tenorio*. Zorrilla le ha cedido el paso á Ibsen; y el romanticismo franco-español muere en la escena aplastado por el realismo escandinavo. Las obras que, como *D. Quijote* y *Hamlet*, (y ya no hablo sólo del drama) son leídas aun, deben su salvación á que sus autores, ó fotografiaron en ellas el carácter de un pueblo que vive todavía, ó se adelantaron á su época. *D. Quijote* es el retrato del carácter español, y por ello, hasta que no muera el último hijo de Iberia, no morirá la sátira del manco sublime. *Hamlet* gusta á nuestros contemporáneos, porque Shakespeare le dió el

tono trágico-humano que seduce á los hombres más ó menos neurópatas de este siglo enfermo....

Pero sobre las ruinas de los géneros que la civilización ha demolido en su marcha gloriosa y triunfal á través de los tiempos, las costumbres....y los errores, renace brillantemente un género bellísimo: la novela, que surgió allá por la edad antigua en la remota China, que se desarrolló bastante cuando el Renacimiento, y que hoy, llena de savia y lozanía, se extiende por todo el mundo civilizado....

* **

No ha mucho, un eminente y malogrado crítico, el Sr. Aurelio Mitjans, dijo que la novela iba tomando las proporciones de la epopeya. No creo que la frase del joven escritor fuese completamente exacta; pero sí que «anduvo cerca,» como suele decirse. Cuando Mitjans publicó sus críticas ya el bardo de las libertades francesas había escrito sus *Miserables*, y ninguna epopeya sobrepasa á esta obra colosal. Sí; la novela ha superado á la epopeya, y no faltan causas á tal superioridad. La epopeya es aristocrática, trajea el lujoso manto de la versificación y no se aviene sino con eruditos. La novela carece de afiliación social, viste la sencilla blusa de la prosa y se acomoda lo mismo en el bufete del sabio que en la mesa del obrero. La epopeya se concreta á la narración de un hecho heroico, apartándose lo menos posible de la idea generatriz; pues sabido se está la parsimonia con que deben usarse los episodios. La novela escoge para su argumento cualquier asunto, y al desarrollarlo, funde en la idea generatriz cuantas se les relacionen íntimamente. De ahí que haya novela histórica, social, psicológica, de enredo, satírica, de costumbres, científica, etc. Y en esta variedad estriba el que tenga millones de adictos el género que cultivan Galdós y Armando Palacio. Por ejemplo, como el insigne Nicolás Heredia no pudo terminar nunca la lectura de una novela de los Goncourt, yo, que nada tengo de insigne y que devoro las de

Flaubert, paso mil angustias para echarme al colete una de Anatolio France.

Además, en la novela es donde la originalidad suele reaparecer con más frecuencia. ¡Cuántas veces al leer la novísima obra de un novelador me he preguntado si ya se ha dicho todo ó aun resta mucho que decir! Verbigracia, *Las Diabólicas* de Barbey d'Aureville—libro eminentemente original—nos impelen á discurrir sobre lo que ha sido, es y será el arte literario. En ninguna de las novelas que he leído, desde *Dafnis* y *Chloé* hasta *Afrodita*, he hallado cosa que guarde identidad con las ideas que palpitan en las narraciones del escritor francés. Barbey, como Poe, busca lo estupendo para su obra, y, como Poe, lo encuentra. Pero entre Barbey y Poe media un abismo. Barbey se inspira en lo estrafalario, sin rebasar el límite de lo posible. Sus *Diabólicas*, excepto *El más bello amor de don Juan*, que se me antoja un sainete entre varias tragedias, son verdaderas diabólicas... pero diabólicas... y humanas... Barbey posee un genio original y dramático, y sabe aprovecharle acumulando nuevas y espeluznantes situaciones que sobrecojan de sorpresa y terror el ánimo siempre ansioso de sus múltiples lectores. Y la originalidad de Barbey no consiste en la forma sino en el fondo. Barbey vacía sus cuentos en el mismo molde, y para eso en un molde gastado por el uso. Su plan es sencillísimo: nos presenta un personaje, pinta con sobrias y enérgicas pinceladas el carácter de éste, y en seguida le hace narrar una historia llena de indiscutible interés. Con respecto al fondo, preciso es añadir que las novelas cortas de Barbey, á pesar de sus argumentos licenciosos y su colorido pornográfico, no carecen de tendencias morales. Ora, como en *La venganza de una mujer*, presenta d'Aureville la tiranía conyugal vengada por el adulterio; ora, como en *La cortina carmesí*, los deslices cometidos en la juventud castigados por el remordimiento en la madurez; ora, como, *En una comida de Ateos*, la dureza de corazón y la indiferencia reli-

giosa purgadas por un rasgo de indispensable piedad, que humilla al descreído ante los ojos de sus compañeros y le obliga á confesar un secreto íntimo. Así, pues, d'Aurevilly no castiga los crímenes de sus héroes descargando sobre éstos el peso de la ley, sino atormentándolos con el dogal de la conciencia. Pero, sin dejar de comprender sus tendencias morales, á tener yo educandos, no les enseñaría ética induciéndolos á la lectura de libros como el de Barbey. Ese sistema de entronizar el vicio revistiéndole de púrpura y diamantes para luego sepultarle con su regia vestidura en el infecto lodo, me ha parecido siempre más perjudicial que útil. Solamente los individuos á quienes la experiencia

les haya marcado un sendero en el difícil y tortuoso camino de la vida, no se dejan sugestionar por los libros que leen. Como la cera mientras no se solidifique puede tomar tantas formas cuantas el hombre quiera darle, así el corazón humano, mientras no se eduque por completo y tome una inclinación definitiva, está expuesto á sufrir la influencia dañina ó provechosa de las lecturas. Siempre la primer imagen es la que queda más fija en la retina. Por ello, después de leer una obra en que primero se entroniza el vicio y luego se le destrona, aquella impresión es más perdurable que ésta en los espíritus no experimentados. Y cuenta que prefiero, en el arte, la belleza á la moralidad....

EL PRINCIPE ENRIQUE DE ORLEANS

El grabado del difunto Príncipe de Orleans que aquí publicamos, retrata la vida y carácter del Duque desde que obtuvo toda la fama que como viajero y explorador poseía hasta su muerte, ocurrida en una tierra distante, en Anam, en Julio de 1899. Era el Príncipe Enrique el hijo mayor del Conde de Chartres, y hermano del también difunto Conde de París. Había nacido en 1867. Como las leyes de la República francesa no le permitían tomar carrera, enviólo su padre á hacer un viaje alrededor del mundo, y pasó algunos meses con su primo el Duque de Orleans, que era oficial del ejército inglés, en la India.

Desde entonces pasó el Príncipe Enrique la mayor parte de su vida en viajes de aventuras á remotos rincones del Continente asiático. Por los descubrimientos que hizo en un viaje que efectuó á través de la Mongolia y el Thibet, le fué otorgada una medalla de oro por la Sociedad Geográfica de Francia. Más tarde, en un esfuerzo hecho para hallar una ruta directa entre China y la India, viajó el Príncipe á través de 1600 millas inexploradas y cruzó diecisiete cordilleras de montañas. Esto le valió del gobierno francés la Cruz de la Legión de Honor.

La enfermedad que le arrebató la vida le



sorprendió en un segundo viaje que había comenzado hacia los últimos confines de la India.

UNA EXCURSION DIPLOMÁTICA

(FRAGMENTO DE MIS MEMORIAS) (1)

I

Por Enrique Piñeyro.

HALLÁBAME yo un día de los primeros del mes de Diciembre de 1874 sentado en una sala del tercer piso del *Times Building* frente al *Post Office* en Nueva York, escribiendo sobre mi mesa artículos para la revista quincenal *Mundo Nuevo-América Ilustrada* que entonces dirigía, cuando llegó á visitarme José Antonio Echeverría, que en aquella época desempeñaba unido á José Manuel Mestre la representación diplomática de los asuntos de Cuba en el extranjero. Venía á proponerme que cerrase mis maletas y emprendiese viaje lo más pronto posible hacia la república de Chile, con objeto de ultimar un negocio diplomático cuyos pormenores, si aceptaba yo la misión, me comunicaría en una próxima entrevista.

La Comisión diplomática de Cuba en los Estados Unidos tenía un Secretario, y yo era ese Secretario; pero desde la muerte de Morales Lemus conservaba el título como cosa puramente honorífica, pues bastaban y sobraban Mestre y Echeverría para atender á los negocios. Morales Lemus me nombró Secretario de Legación con residencia en Washington desde que recibió en Junio de 1869 sus despachos de Ministro plenipotenciario de la república de Cuba en los Estados Unidos. Al poco tiempo comenzó la famosa negociación diplomática entre España y la república norteamericana, Hamilton Fish y su plenipotenciario en Madrid, general Sickles, de

una parte, y el gabinete presidido por el general Prim de la otra. Esa negociación, comenzada por Fish con gran ruido y banderas desplegadas, acabó en casi nada, como el parto de los montes, y la he relatado con todos sus detalles en el tomito que con el título *Morales Lemus y la Revolución de Cuba* publiqué en 1871. Ahora solamente diré de ella que requería, como era natural, la presencia en Washington de un representante cubano, aunque sólo fuese para dar á Fish los datos y noticias que á menudo preguntaba. Morales Lemus, que era al mismo tiempo Agente general con residencia en Nueva York, iba y venía á medida que en una ú otra ciudad se le necesitaba, y yo que quedaba mientras tanto en Washington para cultivar las relaciones extraoficiales que por fortuna se habían podido establecer con personajes importantes, como el general Rawlins, ministro de la guerra, y el almirante Porter, que era el alma del ministerio de Marina, ambos generosos favorecedores de la causa de Cuba; y también para llamar por telégrafo y en cifra á Morales Lemus cada vez que se recibía nota de Fish que deseaba verlo *at his earliest convenience*.

Abortada esa negociación, bruscamente interrumpidas las relaciones con Fish apenas éste se convenció de que no era viable su proyecto de inducir á España á vender la isla á los cubanos con la garantía del Tesoro americano, propuso Lemus que me hiciese yo cargo de la dirección de *La Revolución*,

(1) Pongo este segundo título para explicar el tono casi familiar y el carácter personal del presente trabajo, pero mis Memorias hasta ahora no constan más que de este capítulo, y es no solamente posible, sino muy probable también, que á él nada más queden reducidas.

el papel trisemanal que se publicaba como órgano oficial de Cuba en Nueva York, sin renunciar por eso al título de Secretario de la legación. Dirigí, pues, durante un año ese periódico. Morales Lemus murió en Junio de 1870, y yo me retiré de la dirección del papel en el mes de Septiembre inmediato.

A Morales Lemus sucedió como Ministro José Manuel Mestre, antiguo maestro y amigo cordialísimo mío, carácter lleno de amabilidad y dulzura al mismo tiempo que de entereza y energía en los momentos difíciles. Mestre, designado de antemano por el gobierno para sustituir á M. Lemus, nos dijo que asumía el cargo bajo la condición de que Echeverría se le asociase en su desempeño y yo conservase el título de Secretario. El título, sin embargo, tenía ahora que ser todavía más nominal y honorífico que antes, pues dos hombres tan hábiles, tan cultos y laboriosos, eran, como ya dije, suficientes para atender debidamente á lo que desde ese día se llamó "Comisión diplomática de Cuba." No había necesidad de Secretario, continué dirigiendo *La Revolución* unas siete ú ocho semanas más, la dejé para ponerme á escribir la ya citada biografía de Morales Lemus, y luego establecí una revista quincenal ilustrada, *El Mundo Nuevo*, la cual más adelante se unió á la que se publicaba al mismo tiempo y con el mismo carácter bajo el título de *La América Ilustrada*, y dirigiéndolas estaba cuando vino Echeverría á proponerme el viaje á las repúblicas del Pacífico meridional.

Varias de estas repúblicas, una de ellas Chile, había desde mucho antes reconocido en los cubanos alzados contra la dominación española la calidad de beligerantes. El Perú había ido más lejos. Como se hallaba virtualmente en estado de guerra con España reconoció como nación independiente á la república cubana y trató con ese carácter á los enviados; primero á Ambrosio Valiente, después al que en esos momentos allí nos representaba con suma habilidad, el diligente y sutil camagüeyano Manuel

Márquez Sterling. Ya en 1869 había regalado el Perú á Cuba unos ochenta mil pesos que entregó Valiente en Nueva York á Miguel Aldama. Estaba ahora á punto de ser votada por el Congreso peruano una ley para donar á la misma Cuba la suma de doscientos mil soles en bonos de la deuda interior del país, y antes el gobierno, con cuyo consentimiento se había iniciado el proyecto, había convenido privadamente con Márquez que del producto de la venta de esos bonos, que se cotizaban con cierto descuento en la Bolsa de Lima, se emplearía una parte en comprar al general Prado un armamento de importancia que se hallaba depositado en Viña del Mar, cerca de Valparaíso. Los bonos vendidos producirían unos ciento sesenta mil soles, el armamento costaría unos sesenta mil, y á Cuba, pues, además de esos pertrechos de guerra, le quedaba una suma líquida de bastante importancia.

Esas armas almacenadas en Chile estuvieron destinadas á una expedición que á las órdenes de Prado se preparaba con objeto de desembarcar al sur del Perú, marchar sobre Arequipa donde contaba Prado numerosos amigos, y derrocar en último resultado el gobierno del coronel Balta, con el auxilio de otro movimiento por el norte, á cuya cabeza estaba el popularísimo y respetable Alcalde de Lima, Manuel Pardo. La expedición, como es sabido, fué inútil, los hermanos Gutiérrez se levantaron en Lima misma contra Balta y lo asesinaron en la prisión en que lo encerraron, el pueblo de Lima mató á los Gutiérrez y colgó sus cadáveres de las torres de la Catedral, y Manuel Pardo poco después funcionaba ó "fungía," como por allí se dice, con título de Presidente legítimo del Perú, sin necesidad de nueva guerra civil.

Justo era por consiguiente indemnizar á Pardo de los gastos hechos en tales aprestos, de los compromisos pecuniarios contraídos con banqueros de Valparaíso, y á falta de otra manera legal de verificarlo se ideó la expresada combinación, que á todos, y

sobre todo á Cuba, favorecía señaladamente.

Convenía, en primer lugar para sacar el armamento, que hubiese en Chile un representante cubano. Además, y esto era lo que muy vivamente angustiaba entonces á Echeverría, se hallaba en esos momentos viajando por esas repúblicas Manuel de Quesada, en abierta oposición desde mucho antes con los poderes legales de Cuba en el extranjero, predicando una cruzada con objeto de reunir fondos y organizar expediciones que llevaría él mismo á Cuba, según encarecía, para así vengar la muerte de su hijo Herminio, inicuamente fusilado en Santiago de Cuba como uno de los expedicionarios del *Virginus*.

Los bonos peruanos no corrían quizás peligro de caer en manos de Quesada, pues Manuel Márquez era de sobra capaz de evitarlo, pero ¿y el armamento? se preguntaba Echeverría. Hallábase guardado muy lejos de Lima, en otra república; Pardo, el héroe, como le llamaban, del combate del dos de Mayo en el Callao, el futuro Presidente del Perú, que residía mientras tanto en Valparaíso, era, según le habían dicho, hombre débil de carácter, fácil de alucinar, de seducir, víctima posible de los halagos de Quesada. La tarea, pues, que deseaba Echeverría confiarme era: ir á Lima, auxiliar á Márquez en su lucha contra las anárquicas evoluciones de Quesada, si Márquez lo necesitaba; seguir luego viaje para Chile, presentar credenciales de Comisionado diplomático, recoger el armamento y embarcarlo hacia Panamá, donde un agente de Aldama se haría cargo de recibirlo y enviarlo á Cuba.

Echeverría estaba plenamente convencido de que no entraba en los planes de Quesada el volver á Cuba, como bien se vió después, y como era fácil deducirlo de su conducta en los cuatro años que llevaba fuera de la isla, valiéndose, para reunir fondos en Europa y América, de una autorización especial que le había dado Céspedes, á pesar de que ya éste había fallecido en aquella fecha, habiendo perdido antes

la presidencia principalmente por haber hecho ese nombramiento contra deseos claramente manifestados de la Cámara y del país.

Presentábame por tanto el caso Echeverría como un deber patriótico de urgente necesidad, y no vacilé en aceptarlo. Prestóse Isaac Carrillo á sustituirme en la dirección del periódico, y me preparé á partir.

El primer vapor anunciado para Aspinwall, en el istmo de Panamá, era el *Colón*, y debía zarpar el 19 de ese mes de Diciembre.

“El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nació,” así comienza uno de los más famosos artículos de Larra. Si como él hubiese yo tenido tal superstición, era bien ominosa la fecha de salida del vapor, porque no sólo nació en día 19 sino en un 19 de Diciembre: presagio, pues, doblemente peligroso.

Muchas veces tenía yo cruzado el océano sin el menor accidente hasta entonces; quiso la casualidad que no fuese así aquella vez. El *Colón* salió de su muelle á la hora debida, dió media vuelta y comenzó majestuosamente á descender el Hudson hacia su desembocadura, cuando de pronto sentimos una fuerte sacudida por la proa, comprendimos en el acto que la hélice del vapor no funcionaba más, pues había cesado la trepidación del barco, y notamos que adelantábamos muy poco, lo que la corriente nos arrastraba nada más. El capitán gritó la orden de echar el ancla y fondeamos. El vapor había chocado contra una gran lancha cargada de carbón, la había echado á pique y sufrido avería que lo dejaba inmovilizado en medio del caudaloso río, á la hora misma en que el pálido sol de invierno desaparecía en el horizonte.

Nos dijeron que sólo al día siguiente se sabría con certeza la naturaleza del daño; á pesar de que era domingo vinieron en efecto buzos muy temprano, y supimos que era imposible continuar viaje en el mismo barco, que sería preciso trasbordarnos á otro vapor, operación que exigiría un día más. Lo cierto fué que exigió tres;

previéndolo yo pregunté al oficial informante por qué no nos traían un remolcador y nos llevaban otra vez al muelle, que estaba casi enfrente, y nos dejaban dormir tranquilamente en tierra la una ó las dos noches que faltaban para salir. Llamándome á un lado me dijo que la tripulación se enganchaba el día mismo de la salida, que se le pagaba el sueldo ó el salario del viaje redondo en el momento mismo de zarpar, y que si el vapor atracaba nuevamente, todos, marineros, fogoneros, criados de cámara, desertarían en el acto, se emborracharían con el dinero recibido ya y no se les vería en mucho tiempo, lo cual para la *Pacific Mail Co.* sería grave dificultad y pérdida muy sensible.

No quedó más remedio que resignarme á pasar cincuenta ó sesenta horas aburridas á bordo, encerrado la mayor parte del tiempo en el camarote, pues hacía frío, lloviznaba sin cesar y ni siquiera se veía la ciudad, cubierta como estaba de espesa niebla. Además, á bordo á nadie conocía.

Lo peor estaba por venir. Tenía casualmente listo la Compañía un nuevo vapor, *City of Tokio*, acabado de construir, mucho más grande que el nuestro, destinado á navegar entre San Francisco de California y las costas del Japón y China, que estaba á punto de salir con unos cuantos pasajeros amigos de largas travesías para ir por el estrecho de Magallanes hasta California. Pero el vapor fabricado á la mira de ese tráfico asiático especial, tenía un corto número de camarotes y reservado todo el resto del barco entre cubiertas para los cientos, y aun miles, de emigrantes chinos, que traía en cada viaje y se permitían entonces entrar libremente en los Estados Unidos. Había en el *Colón* muchos más pasajeros de primera clase de los que podía alojar cómodamente el *City of Tokio*, y se nos embutió como sardinas en barril, aprovechando, no sólo las dos literas de cada camarote, sino también el estrecho sofá que siempre se deja como simple mueble de la pieza y nunca como cama. Grande inconveniente allí donde la mayoría de

los viajeros no era precisamente muy escogida; los que íbamos á países hispánicos formábamos diminuto grupo, los demás en rumbo á San Francisco no tomaban la ruta infinitamente más rápida del ferrocarril porque el precio era bastante más subido. Iban en busca de fortuna y era claro que les hacía ésta falta por el momento; eran jóvenes en su mayor parte y *cet âge est sans pitié*: lo dijo La Fontaine.

Mis compañeros de camarote eran: un grueso y no bien oliente clérigo irlandés y un estrepitoso adolescente, que ya había notado yo entre los más revoltosos y pugnantes; mas éste por fortuna, al segundo día, traspuesto el cabo Hatteras y entibiado un tanto el aire, se quedaba á dormir sobre la cubierta envuelto en su frazada. El trato del irlandés resultó mucho menos vulgar que su aspecto, los misterios de la religión no lo angustiaban sobremanera, pero el predominio del elemento protestante inglés en su isla lo enardecía, y cuando supo mi calidad de cubano me manifestó grande simpatía. Para él Cuba era mucho más afortunada que Irlanda porque tenía su Inglaterra á tres mil millas de distancia. Aunque eran á mi parecer muy diferentes la situación y sistema de gobierno en ambos países, por cortesía me abstuve de discutir el punto, contentándome con decirle que nuestro poeta nacional José María Heredia lo había expresado desde mucho antes con gran energía poética en los dos versos finales de su célebre *Himno del desterrado*. Se los recité, se los traduje y los aplaudió con sincera satisfacción.

Al cuarto día de viaje, en una noche de luna clara y apacible, atravesábamos el estrecho de los Vientos entre Cuba y Haití, y contemplaba yo sentado junto al borde de la cubierta la brillante luz de la farola de la punta de Maisí, tan próxima que parecía posible á un mediano nadador llegar en pocos minutos á la playa. Si algún accidente sobreviniese aquí de pronto al vapor, pensaba yo en ese instante, todos creerían salvarse fácilmente con sólo desprender los botes de sus ama-

rras y remar hacia la costa suavemente lamida por el mar que tenían enfrente. Para mí, sin embargo, el verdadero formidable peligro de muerte comenzaría en el acto de tocar la orilla, pues una vez en poder de agentes del gobierno español me aplicarían allí sin dilación innecesaria la sentencia contra mi pronunciada y publicada hacía ya algún tiempo en los periódicos condenándome á la pena capital, como á tantos otros de los que residíamos emigrados en Nueva York. Pasamos al fin sin novedad, y así como había recordado versos de Heredia conversando con el clérigo irlandés aquella misma tarde, repetía con el gran poeta en aquella noche dulce y magnífica de invierno, al volver á mirar con honda tristeza la patria tan dolorosamente amada, otros versos de la misma inspirada canción:

“La opresión me amenaza con muerte
En los campos do al mundo nació.”

Rendimos el viaje por último y fondeamos el 29 en el puerto que unos llaman Colón y otros Aspinwall. No desembarcamos hasta el 30 y empleé el corto espacio de tiempo que faltaba para la salida del tren en que íbamos á atravesar el istmo, recorriendo sus calles poco ó nada empedradas, llenas de fango y en gran parte desprovistas de aceras enlosadas. No sé por qué me acordaba del Mariel, aunque Aspinwall triunfaba fácilmente en la comparación, gracias á la estación del ferrocarril interoceánico y al movimiento mercantil que por fuerza tenía que despertar en torno. En todo lo demás podía muy bien el Mariel subírsele á las barbas.

De pronto al volver de una esquina hallábame sin esperarlo frente á frente de una estatua de Cristóbal Colón, obra del escultor francés Carrier-Belluese y regalo de la Emperatriz Eugenia á la ciudad. El simulacro como arte no era gran cosa, lo miré y me sucedió lo que dijo un poeta español que le pasó en presencia de la columna Vendóme en París:

“Mi vista con helada indiferencia
Alzóse y se bajó.”

La mía por de contado no necesitó alzarse tanto como la del poeta para mirar el Napoleón de la Columna, pues lo estatua allí provisionalmente instalada carecía entre otras cosas de pedestal. Creo que está ahora mejor colocada y que contempla el Almirante desde más alto el mar borrascoso en que con tan poca fortuna para él mismo navegó.

Panamá había sufrido no mucho antes un gran incendio y mostraba toda la apariencia de una ciudad recientemente bombardeada. El hotel, único en su especie en aquella fecha, era un edificio á medio reedificar y pasamos la noche varios en un cuarto donde sólo había camas, las paredes carecían de todo género de revestimiento y las puertas no cerraban. Mi estancia allí por dicha duró esa noche única, en la tarde del siguiente día fuí en un bote con mi equipaje á buscar, á alguna distancia de la orilla, el vapor en que debía ir costeando el Pacífico hasta penetrar en el Callao.

Empezaba á caer la tarde cuando lo abordamos, pero toda la carga no estaba aún embarcada y la salida no fué hasta después de media noche. La escena en medio de la cual pronto me encontré me inspiró cierta inquietud. El capitán, los oficiales, los maquinistas y marineros saludaban la entrada del nuevo año con vivas y gritos de alegría acompañados de sendas y repetidas copas de cerveza y de licor, poniéndose al parecer cada uno en tal estado que me preguntaba si serían capaces aquella misma noche de dirigir y manejar el barco sin peligro. Eran todos ingleses ó irlandeses y sabía yo por experiencia cuán enorme cantidad de bebidas alcohólicas eran capaces de embaular; pero no me sentía tranquilo, lo confieso. Afortunadamente el tiempo estaba sereno, la costa no demasiado cerca, y no ofrecía riesgo inmediato la navegación hacia el sur, pues no había ni escollos que evitar ni probabilidad de tropezar con otros buques en aquel seno poco frecuentado.

El capitán, de aspecto bonachón, que el exceso de cerveza inclinaba á

la conversación, me preguntó si era yo el *Cuban Minister* de que le había hablado el agente de la Compañía. Como no creía que pudiese haber á bordo otro á quien ese título cuadrara mejor que á mí, sin insistir en la incorrección del término conforme á mis credenciales, respondí poco más ó menos en forma bíblica: *tu dixisti*; me añadió que tenía en la casilla del piloto una bandera cubana y pensaba enarbolarla al entrar en el Callao, convencido de que no podía ello dejar de agradarme, y de que haría excelente efecto en el Perú donde se profesaban las mayores simpatías por Cuba.

Sus atenciones conmigo siguieron en aumento aun después de pasados los efectos de la borrachera y escándalo de la noche anterior. Me pareció descubrir en seguida, si no la causa, el principal estímulo de su persistente amabilidad. Tenía yo á bordo un sillón de viaje americano, más pequeño, cómodo y manuable que los generalmente usados, y entró á mi hombre el deseo de adjudicárselo, quizás desde el primer momento que lo vió, pues ese mismo día dijo que para mí ese mueble en Lima ó en Santiago no podía ser de gran utilidad mientras que á él le venía de perlas en su cámara de cubierta, lo conservaría como grato recuerdo á mi *trip* en su barco y me quedaría para siempre vivamente reconocido.

Nuestra próxima escala era Guayaquil, el más importante de todos los puertos entre Panamá y el Callao. En él permanecimos la mayor parte de un día, subimos su río por la mañana y lo bajamos con el crepúsculo de la tarde. Tuve poco tiempo de visitar la ciudad en las contadas horas que pasé en tierra. Sorprendióme desde que salté del bote la animación, el movimiento que observé en la calle y en las casas de la orilla, que es lo mejor de la ciudad; como además ví banderas en ventanas y damas en algunos balcones pregunté á un comerciante italiano allí establecido si había alguna fiesta ese día ó si aguardaban algún personaje, al Presidente de la república por ejemplo. Me contestó que

esa alegría en los rostros y esa concurrencia en la calle eran cosa ordinaria dada la hora que era y el tiempo que hacía, pero que toda esa gente al contrario se encerraría en sus casas y parecería medio desierta la ciudad si se anunciase que venía de Quito el Presidente de la república. Gobernaba el Ecuador entonces García Moreno, déspota terrible que por suerte del país debía pocos meses después morir violentamente.

Aquí en Guayaquil nació, vivió y murió el gran poeta Olmedo, aquí compuso sus dos obras imperecederas: el canto lírico-épico á Bolívar y la oda al general Flores por su victoria en la contienda civil terminada en Miñarica, argumento que es la razón por qué será siempre esta obra inferior al canto á Junín, á pesar de la mayor armonía de sus proporciones y la exquisita brillantez de su ejecución. Olmedo mismo la condenó á perpetuo vituperio y dijo bajo su firma en un célebre manifiesto político que esa explosión de poesía en honor de un caudillo demasiado ambicioso fué un "extravío del genio en alabanza del Angel exterminador." Lamentable palinodia, que sin embargo ni humilla ni deshonra al poeta y nos da fe de la sincera nobleza de su carácter. Hubiera yo querido no salir de allí sin visitar su sepulcro é inclinarme respetuosamente ante la losa que cubre sus restos, mas era ya tarde y volví precipitadamente en busca del bote donde con impaciencia me esperaban.

Quedaba al vapor una sola escala por hacer, en Payta, lugar árido, pobre y sin interés, al que sólo bajé para anunciar mi llegada á Manuel Márquez por un telegrama, que por cierto no recibió. Con mi entrada en el Callao, el principal puerto de guerra y de comercio del Perú, termina esta primera parte de la relación de mi viaje. Apreté la mano del capitán dándole las gracias por la atención de la bandera, que en efecto ostentaba su estrella en campo rojo desde lo alto de un mástil, y me fuí á tierra dejándole por supuesto como memoria mía el sillón objeto de sus anhelos.



SRA. BLANCA BROCH DE ALBERTINI.

EL MISTERIO DE GLEN ECHO

Por Walter Welman.

Traducido por Eduardo Anglés.

HACIA seis meses, que por fallecimiento de un pariente, vinieron á mi poder una colección de cuadros, muebles, trastajos y papeles viejos que me tocaron en el reparto de la herencia.

La mayor parte fueron almacenados en la guardilla de mi casa. Un día que casualmente visité aquel depósito, llamó mi atención un antiquísimo y destrozado baúl, forrado de cuero.

Repetidas veces me entró el deseo de saber su contenido, pero no podía satisfacer mi curiosidad, por no encontrar, á mano, una llave que sirviera á su mohosa cerradura. Al fin sucedió, lo que era natural que sucediera, que avivándose la curiosidad, me puse á considerar que el viejo trasto no tenía ningún valor, pues no era ni artístico, ni señalaba para mí ninguna fecha grata; y que, á falta de llave, un cuchillo podría satisfacer mis deseos. Saqué de mi bolsillo la cachilla y rajé de parte á parte al viejo adminículo. Encontré dentro de él, gran número de paquetes de cartas, libros de cuentas, periódicos y diversidad de manuscritos, que por su amarillento color revelaban su antigüedad. Los extendí todos por el suelo y empecé, paciente y perezosamente, á registrarlos. Nada encontraba que me fuese interesante; pero de pronto dí con un paquete de forma rara. Tenía una especial envoltura muy original, que indicaba cuidadoso interés por parte del que la hizo. Se componía de dos piezas de papel tela, azul, perfectamente encolados y amarrados juntos, y sobre el paquete estaban inscritas estas palabras "Ri-

gurosamente prohibido abrirlo" y debajo *H. Stone*. Esta era la firma del difunto pariente á quien yo había heredado y creo que debería haber respetado su mandato—pero no lo hice.— Mi curiosidad tuvo más fuerza que mi reverencia por el muerto y rompí las envolturas.

Con los paquetes ya abiertos, casi estaba arrepentido de haberlo hecho. ¡Entrometerme en los secretos de un venerable anciano, accidentalmente puesto bajo mi custodia! ¡Estar frente á frente de un secreto que no me pertenecía, me aterraba!

Días y más días, noches y más noches, transcurrían y las tribulaciones de mi espíritu suspendían mi acción. Consultaba mi conciencia y me presentaba el asunto bajo diferentes aspectos. Lo analizaba, buscaba pretextos, pensaba y me lo imaginaba todo, pero nada resolvía. Me encontraba completamente confundido. Lo mismo que yo estaban algunos amigos íntimos, á quienes consulté el asunto.

Nuestras ingeniosas combinaciones caían fuera de toda solución, pero, en tanto, mi curiosidad se había hecho irresistible.

Todo lo que contenían los dos sobres de papel-tela azul era simplemente los siguientes tres recortes de periódicos, que parecían ser muy viejos:

MISTERIOSA DESAPARICIÓN EN

GLEN ECHO.

Poughkeepsie, Octubre 20. — Los oficiales de policía aquí, y los detectives de New York, son incapaces de dar la menor luz, sobre la desaparición misteriosa de Silvestre Baldwin

desde la casa de nuestro estimado conciudadano, Profesor Edwin Stone, que vive en su antigua casa solariega en Glen Echo, uno de los más pintorescos arrabales de esta ciudad. Mr. Baldwin desapareció extrañamente durante la noche del último domingo y cuantas diligencias se han practicado en su busca, durante cuarenta y ocho horas no han dado un solo indicio.

La casa vivienda de Mr. Baldwin está en Boston. Vino aquí hará dos semanas á visitar al Profesor Stone, de quien fué condiscípulo en Harward. Se dió una fiesta en su honor y entre los huéspedes figuraban Mr. Jorje Jones y su esposa, de Albany; la señorita Irene Davidge, de New York; y el Sr. Wilson y su esposa, de Yonkers.

Mr. Baldwin era hombre de unos veinticinco años de edad, y ya notable abogado, en Boston. Era soltero, pero se susurraba que estaba comprometido desde su llegada á esta. Disfrutaba de completa salud y envidiable buen humor. Casi todos los días, desde su llegada, era obsequiado con giras campestres, excursiones, caza, pesca, paseos á caballo y otras diversiones. Mr. Baldwin era el alma de todas ellas, por su vivacidad, sus chistes y angelical alegría. A muchas de estas excursiones y juegos, — á las que no le era posible al Profesor Stone asistir, porque, como todo el mundo sabe, en el laboratorio que tiene en la azotea de su casa se pasa la vida dedicado á importantes experimentos químicos—delegaba en su amigo Baldwin rogándole que hiciera los honores de la partida.

El domingo último las señoritas y caballeros, acompañados por la anciana madre del Profesor Stone, con quien él vive, fueron á misa por la mañana, y por la tarde pasearon á caballo. Al anocheecer, por inclemencia del tiempo, todos se reunieron en el gran comedor donde encendieron la estufa para disfrutar de una agradable temperatura, y allí pasaron la velada. Tomaron un refrigerio, hicieron música, y Mr. Baldwin deleitó la reunión dejando oír su excelente voz de barítono, que nunca

se había escuchado mejor que aquella noche.

Sobre las diez de la noche, después de dejar acordada una excursión para el próximo día, todos se retiraron á sus habitaciones del segundo piso.

Mr. Baldwin fué oído por Mr. Jones y señora y por la señorita Davidge, — quienes ocupaban los cuartos inmediatos al suyo, — á los pocos momentos de entrar en sus departamentos. Baldwin estuvo tarareando y silvando un aria, lo cual indica la buena disposición de su ánimo. Se le oyó también cerrar la ventana y los postigos y correr los transparentes. Entre el cuarto ocupado por Baldwin y el de los señores Jones había una puerta algo maltratada por la acción del tiempo y tanto por sus rendijas cuanto por el ojo de la llave, se oía sin esfuerzo cuanto hacía Mr. Baldwin y así le oyeron hasta saltar á su cama; pero, como la luz de su cuarto no fué apagada, según advirtió Mr. Jones al meterse en la cama, suponen que Mr. Baldwin estaría leyendo — como tenía por costumbre — antes de quedarse dormido.

Después de esto, ni el más pequeño rastro se ha vuelto á obtener de lo que ha sido del joven abogado. Lo último que de él se sabe es que aparentemente quedó, feliz y satisfecho leyendo, en su cama.

En la mañana del siguiente día no estaba en su dormitorio. Toda su ropa y efectos que le pertenecían estaban en su cuarto, excepto el *pajamas* ó bata, la cual usaba de noche para andar en su habitación. Desapareció tan completamente como si se lo hubiera tragado la tierra.

Es inconcebible que Mr. Baldwin sufriera un ataque cerebral y hubiera echado á correr bajo la acción de la locura, pues algo se hubiera oído ó visto: hubiera dejado algún rastro por los alrededores de la casa. El granero; las habitaciones más apartadas; todos los rincones y agujeros; todo, absolutamente todo, y por todos con el mayor interés, fué registrado.

La policía registró el heno, todo lo revolvió, bajó á los pozos y no quedó

en toda la comarca un palmo de tierra que no fuese escrupulosamente visto, ni un sér viviente que no fuese interrogado, si habían visto á un joven envuelto en una bata.

Si Mr. Baldwin dejó la casa, lo hizo sin botas, ni sombrero, ni otra ropa que el *pajamas* ó bata y no era concebible que con el frío que había hubiera podido resistir cuarenta y ocho horas y es de suponer que á algún paraje ha debido acudir para proporcionarse alimentos y abrigo. Los detectives, no creen que Mr. Baldwin dejara la casa. A la mañana siguiente á la desaparición, estaba la ventana del cuarto de Baldwin perfectamente cerrada; las cortinas echadas y todo en perfecto orden. También estaban cerradas todas las puertas que comunican al exterior. Todas fueron examinadas: las llaves y cerraduras estaban perfectamente intactas. Los detectives tuvieron en cuenta que habiendo nevado mucho el domingo y habiendo dejado de nevar á las nueve y media de la noche, no era posible que Mr. Baldwin, ni nadie, hubiese salido de la casa sin dejar el rastro de sus pasos sobre la nieve. Ni la más pequeña huella se encontró en la casa, ni fuera de ella, de Mr. Baldwin vivo, ó muerto, en el registro que se hizo desde los sótanos á la bohardilla.

El laboratorio que Mr. Stone tenía en la azotea fué igualmente registrado. Todos nuestros conciudadanos saben la parte tan activa que Mr. Stone se toma en las investigaciones, esforzándose en proporcionar cuanto pueda ofrecer alguna luz, penetrando hasta en las alcantarillas. Para sus inventos tiene él en la azotea, una vastísima colección de aparatos, retortas, generadores de gas, diversidad de máquinas, herramientas, hornos, preciosos instrumentos, etc.

Dice el Profesor Stone que él estuvo en su laboratorio, engolfado en el trabajo, hasta hora muy avanzada de la noche del día de la desaparición de su amigo.

Ninguno de los huéspedes de la casa tenía idea de haber oído el menor ruido.

El Profesor Stone, loco de pesar, insistió en que los detectives registraran minuciosamente su laboratorio, abriendo las fornallas y máquinas de gas; hizo cerner las cenizas de todas las retortas; hizo desparramar todos los montones de maderas y materiales y no encontraron ni un átomo que pudiera atribuirse á un hombre, muerto, ó vivo.

Mr. Stone y cuantos ocupaban su casa, tan alegres hace pocas horas, se llenaron de profunda melancolía. No sólo temían que Mr. Baldwin hubiese muerto, sino que estaban agobiados, abrumados de terror por el misterio que les rodeaba. Se sentían vivir dentro de una atmósfera sombría, en medio de las tinieblas de una gran tragedia, la cual, ni se explicaban, ni era remotamente concebible.

Otro de los recortes decía;

MISTERIO SOBRE MISTERIO.

Poughkeepsie, Octubre 22.—El misterio de la desaparición de Silvestre Baldwin está lejos de aclararse. Realmente crece en gravedad y es más obscuro que nunca. Esta mañana se recibió de Saratoga el siguiente telegrama:

“Jefe de Policía —Poughkeepsie.—Cuerpo de un hombre en ropas de noche, encontrado madrugada último lunes, por conductor del correo, sobre el camino, en Adirondaks, á cien millas de aquí. ¿Cuál es la fecha exacta en que desapareció vuestro hombre? City Marshal.”

El Jefe de Policía Kipley contestó en seguida dando la fecha de la desaparición y añadiendo “imposible sea el mismo hombre.”

Indudablemente es imposible y aun lo parece más la rara coincidencia de que dos hombres desaparezcan á un tiempo en *pajamas* ó traje de noche.

Y es tal la convicción del Jefe Kipley que á cuantos le han interrogado sobre la posibilidad de que pudiera haber alguna conexión entre ambos incidentes ha replicado: “Es un absurdo pensar semejante cosa. Mister Baldwin desapareció después de las diez de la noche del domingo. En la madrugada del lunes inmediato fué

encontrado el cuerpo de un hombre en Adirondaks, es decir, á doscientas millas de aquí. No hay ferro-carril más cercano que el de Saratoga. Es una jornada de cerca de dos días desde el punto en que se encontró aquel cuerpo á la Estación más próxima. Un vehículo cualquiera, rodante, necesitaría cuatro días para recorrer aquellos escabrosos caminos. Hay, pues, una física imposibilidad para ser llevado al remoto punto de Adirondaks en tan poco espacio de tiempo y por lo tanto es temerario discutir sobre este extremo. El cuerpo encontrado en la montaña es de algún otro hombre."

El Jefe Kipley tiene indudablemente razón.

Nuestro reporter afirma además, que el último tren para el Norte después que Mr. Baldwin se retiró á su cuarto fué el expreso que salió á media noche y no conecta con Albany para Saratoga. Lo más temprano posible que cualquiera hubiera podido llegar á Saratoga habría sido á las diez de la mañana del lunes y aun le hubieran quedado por recorrer cien millas de camino escabroso, para llegar al lugar donde se encontró el otro cuerpo—según el telegrama—al amanecer de dicho lunes.

Sin embargo de todo lo expresado, para probar la imposibilidad de que exista conexión alguna entre los dos incidentes, la señorita Davidge que se tomó el más extremado interés desde el instante que se enteró del hecho ocurrido con Mr. Baldwin, insiste en que se haga una minuciosa investigación del hecho ocurrido en Adirondaks y en esto es apoyada por el profesor Stone y otros de la casa de éste en Glen Echo. Su ansiedad es tan grande que se ha apoderado de la voluntad de todos.

El Jefe Kipley á pesar de sus razonadas creencias ha consentido en enviar á un hombre de toda su confianza y grandes dotes, á las montañas, para inquirir cuidadosamente cuanto se relacione con el cuerpo hallado allí, aunque protesta de la inutilidad de las

molestias y gastos que esto ocasiona. El Jefe Kipley está aún convencido como lo están todos los detectives y policías que han trabajado en aquel caso, que Mr. Baldwin, muerto ó vivo, está en aquella casa solariega de Glen Echo. El ha expresado su creencia al profesor Stone y ambos insisten en seguir buscando. En su consecuencia, el viejo edificio ha sido materialmente destrozado. Se han derribado paredes y tabiques, quitado techos, y derriban y quitan cuanto se presta á suponer que pueda ocultar algo. Se han aventado los depósitos de heno y de carbón, hasta las cenizas de las retortas del laboratorio de Mr. Stone, por encargo de éste, se han sujetado á análisis químicos por los profesores Tansig y Brunner de la Escuela Politécnica.

Los graneros y todos los edificios del exterior; los pajares y los pozos, han sido objeto de las más escrupulosas pesquisas. Cada pedacito de papel encontrado en las habitaciones de Baldwin ha sido escrupulosamente examinado. Todos los sirvientes han sido rigurosamente interrogados, sin resultado alguno. No ha quedado nada, absolutamente nada, por registrar, tanto de las pertenencias de la casa solariega como de sus alrededores, sin obtener el más leve rayo de luz de aquel misterio."

El tercer recorte dice:

EL CUERPO DE MR. BALDWIN HALLADO

Saratoga Octubre 26. — El cuerpo encontrado en las montañas Adirondaks hace hoy una semana, era, después de todo, el de Silvestre Baldwin. Ha sido positivamente identificado por el profesor Stone, Mister Jones y señora, y por la señorita Irene Davidge, quienes vinieron aquí, acompañados por nuestro reporter, á fin de adquirir completo convencimiento. Pero, en vez de aclarar el misterio, este descubrimiento lo osbeurece más y más y nos conduce tan sólo á la persuasión de la existencia del más inexplicable crimen cometido en este siglo.

Lo único que todos nosotros sabe-

mos es que Mr. Baldwin está muerto. Que desapareció desde su habitación de la casa solariega de Mr. Stone, después de las diez de la noche del domingo 18 de este mes. Que su cadáver fué encontrado al amanecer del siguiente día, á doscientas millas de distancia y á cien millas de la Estación de ferrocarril más próxima y que debió ser, por lo que se ve, inicua-mente asesinado.

El detective Brown, que ha venido comisionado por el Jefe Kipley, para la investigación del caso de Adirondaks, llegó á Saratoga el viernes por la mañana: sin perder tiempo atravesó á caballo los pésimos caminos y llegó á Cascadeville el sábado por la noche. Allí encontró el cuerpo, que había sido traído desde el punto en que fué hallado, que dista ocho millas al Norte. Mr. Brown inmediatamente interrogó al conductor de correos, quien había tropezado con el cadáver á eso de las seis de la mañana del lunes 19; cuyo cadáver estaba sobre el camino de Lake Placide. No tenía, por lo tanto, la menor duda respecto á la hora y día; ya por atestiguarlo el conductor de correos Daniel Givins, cuanto por confirmarlo las autoridades de Cascadeville que despacharon —en el acto de conocer el hecho— un correo á Westport con un telegrama para la primera autoridad de Saratoga.

Givins dice, que el cadáver estaba sobre el sendero, al pié de la montaña. Que el caballo que él—el conductor—montaba, retrocedió espantado. Que se apeó y al reconocer la causa del espanto del caballo, se encontró el cadáver, hecho un montón informe. Que advirtió que no estaba aún absolutamente frío. Que el cráneo estaba machacado; el pescuezo roto y toda la cabeza doblada y pegada á la espalda; muchos de los miembros y huesos estaban rotos; algunos, materialmente triturados, lo cual daba lugar á creer que podía, el cadáver, haber sido embutido en algún cajón.

La única ropa que cubría el cuerpo era una especie de traje de noche que conocemos por *pajamas*, atado á la cin-

tura con un cordón también de seda. El muerto, no era de persona que hubiese sido nunca vista en aquella región, ni se tenía noticia de que nadie de ella hubiera desaparecido. La población es escasa y los forasteros y turistas son bien conocidos por los guías, boteros y fondistas. Nadie, podría conducir un cuerpo humano á tan remoto lugar, como no fuera sobre un caballo, y ningún misterioso gine-te, ni personaje extraño había sido visto por el distrito. La forma en que aquel cadáver había aparecido en medio de la montaña, era un misterio para aquellos pacíficos habitantes de Poughkeepsie, que nunca habían sido molestados é interrogados como lo están siendo por el celoso detective Brown.

El detective Brown había conocido en vida á Mr. Baldwin y tan pronto como vió el cadáver estuvo convencido de su identidad. En su consecuencia envió en el acto un correo con un telegrama para el Jefe Kipley y alquiló dos hombres y dos caballos para trasladar el cadáver á Saratoga. Han llegado aquí á las tres de la tarde y ha ocurrido una triste escena cuando nuestros expedicionarios, han sido admitidos en la habitación de la autoridad, para ver el cadáver.

Todos, en el acto, reconocieron en aquella masa informe, el hermoso cuerpo de su querido amigo Silvestre Baldwin. El profesor Stone estaba extraordinariamente agitado cuando contempló á su amado colega, condiscípulo y el mejor de sus amigos. La señorita Davidge lanzó un grito de aguda pena y cayó desplomada y lo hubiera pasado muy mal si no acude á sostenerla rápidamente la señora Jones.

La cara del muerto está natural: uno de sus dientes muestra una orificación; la misma que todos le habían visto en vida á Baldwin. El *pajamas* de seda es el de Baldwin y á mayor abundamiento tiene bordadas sus iniciales S. B. en una tirita de tela en el interior del cuello que tiene también la firma de la casa que los fabrica en Boston.

Han hallado una prueba más irrefutable de la identificación del muerto; si hubiera sido necesaria, bastaría por sí sola. Se ha encontrado en el bolsillo del pecho del *pajamas* un estuchito que contiene el retrato en miniatura de la señorita Irene Davidge. No hay, por lo tanto, repetimos, la menor duda de que este sea el cadáver de Silvestre Baldwin. Tampoco cabe duda de que ha sido forzosamente asesinado. ¿Pero, cómo y por quién? Y, sobre todo, ¿cómo ha sido este cuerpo trasladado á seis ó siete horas, desde su cuarto en la hacienda de Glen Echo á una montaña á doscientas millas de distancia, cuando se necesitan lo menos dos días con sus noches para recorrer ese trayecto en las mejores condiciones? No es posible que este cuerpo que se encuentra aquí sea el de otro hombre. Está fuera de toda razón natural suponer que simultáneamente desaparecieran dos hombres, ambos con *pajamas* de seda exactamente igual; que los dos hombres se parecieran el uno al otro en su figura, cara, color de los ojos y pelo, dientes, y en todo, cual si fuesen modelo exagerado de gemelos; que las iniciales de ambos fueran S. B. y que ambos guardasen en su bolsillo la miniatura de la hermosa señorita Irene Davidge de New York.

Todos se encuentran profundamente abatidos, no ya sólo por el dolor que les causa la muerte de Mr. Baldwin, sino por el inexplicable misterio que rodea esta terrible tragedia.

La policía y los detectives están tan desconcertados, que no se atreven á formular la más insignificante teoría. Los doctores y cirujanos han examinado minuciosamente el cadáver y han sugetado á la inspección del microscopio todas las vísceras sin obtener ninguna explicación que arroje alguna luz.

¿Habrá resucitado la Magia Negra?

Nuestra civilización no nos permite que atribuyamos esta tan extraordinaria como terrible tragedia al resultado de algún milagro moderno."

Esta es la extraña historia que había yo desenterrado del baúl de mi di-

funto pariente. Ahora comprenderán ustedes por qué me pesa haber desobedecido el mandato, escrito sobre el paquete azul.

El minucioso relato que esos viejos recortes de periódicos nos ha dado á conocer, retumbaba en mis oídos y daba vertiginosas vueltas en mi cabeza, robándome el sueño, poniendo en conmoción todo mi sistema nervioso. Di mil vueltas al viejo trasto y registré minuciosamente todo su contenido buscando un átomo de luz, pero sin resultados. Por otro lado, sentía yo terriblemente que cualquiera, por una casualidad, penetrara aquel secreto; porque en mi fuero interno presentía que aquel tenebroso drama pertenecía por entero á mi familia: no sólo, por la idea que concebí desde el principio, de que aquellos sucesos ocurridos en casa de uno de mis parientes, podían inferirle más ó menos responsabilidad, sino que después de conocer el relato recordé que mi pariente el Profesor Stone, se había casado con la señorita Davidge, cuyos personajes figuran en primer término en aquella historia: que, habían vivido muy felices durante muchos años fundando una respetable familia compuesta de varios hijos de ambos sexos, que por su educación y fortuna disfrutaba de grandes prestigios sociales, y se me oprimía el corazón al dudar que pudiera no ser inocente. Aun cuando yo nunca conocí al Profesor Stone ni á su mujer, Mr. Henry Stone, su hermano, fué el que me legó el dichoso baúl y él me había hablado algunas veces de los triunfos obtenidos en su carrera por el Profesor Stone y la dicha de que disfrutó en su apacible hogar durante su vida.

Todos mis esfuerzos han sido ineficaces. Soy incapaz de encontrar la clave que desenvuelva satisfactoriamente la teoría de aquel crimen. Puedo tan sólo dar á mis lectores la relación de lo acontecido y la libertad de investigar lo que se ha resistido á todas mis pesquisas.

.....
Lo anterior fué escrito hace algunos meses.

Posteriormente seguí haciendo todos los esfuerzos imaginables y practiqué imprudentes investigaciones para satisfacer la monomanía que se apoderó de mí, por lo fascinado que me tenía aquel misterio. Más de una vez me detuve y reflexioné que sería sensato abandonarlo, pero me sentía de nuevo y con más fuerza, impulsado á perseguirlo, y mis deseos eran superiores á mi fuerza de voluntad y proseguía mi trabajo hasta fatigarme.

Hoy, sintiéndome más excitado ó más impaciente de lo usual me fuí á la bohardilla provisto de una hachuela y un gran cuchillo, resuelto á cortar y destrozár en mil pedazos al viejo baúl, á fin de ver si entre su cuero y tabla podía encontrar algo. Debajo de la tela que cubría el fondo he encontrado, al fin, una carta que por su apariencia no tiene de escrita más de unos siete ú ocho años. Febrilmente leí lo que sigue:

San Francisco, Junio 20 de 1892.— Querido hermano Enrique:—Escribo esta carta para tí, de mi puño y letra, á despecho de mi gran debilidad física. Esta es la última carta que te escribiré, porque tengo la evidencia que mi fin se acerca. El médico, por su buen deseo, dice que me restableceré, pero yo no tengo la menor duda que mi última hora se aproxima.

Como tú sabes, he dirigido bien mis negocios, y he sido dichoso y próspero durante mi vida. Mis inventos me han llenado de distinciones y he sido, por ellos, espléndidamente recompensado.

Sólo hay una cosa en mi vida que llena mi alma de dolor y me causa horribles sufrimientos. Hay momentos para mí, en los cuales todo lo que la vida parece prometerme; todas las felicidades, triunfos y ambición satisfechos, están envueltos por una terrible lucha que se establece entre los dos seres que residen en mi propia existencia y no sé si soy yo ó es el otro el que vence y me anonada.

Es ley de la naturaleza, que cuando dos fuerzas chocan, la mas débil sucumba. La naturaleza tiene, de este

modo, establecido el principio de la supervivencia del mas fuerte: el dominio del superior sobre el inferior. No importa que la lucha se verifique entre el mundo planetario ó entre diminutas moléculas. Entre los hombres ó los animales. Entre las grandes naciones ó entre las pequeñas tribus. La Ley, inflexible, es siempre la misma. Ningún hombre puede sustraerse á esa ley, entre su propia existencia y la de todos los demás seres que le rodean. La lucha entre el derecho y el deber trabajan sin cesar y determinan su salvación ó su pérdida, dentro de la esfera, y bajo los principios que la naturaleza tiene ordenado; y á pesar de toda mi voluntad, por encima de todas las frías consideraciones de los demás, y ser lo que me veía obligado á hacer extremadamente desagradable, me dejé arrastrar por la fuerza de la ley.

Tenía que alejar á otro hombre que se había cruzado en mi camino. El uno ó el otro tenía que sufrir la más grave pérdida: un contratiempo capital. Yo tenía la razón y el derecho de defenderme, apoyándome en la Ley natural.

El hombre cuya vida se cruzó en la mía y á quien era de todo punto necesario que yo apartase, era mi mejor amigo y por el momento mi huésped. Estas circunstancias se añadían al disgusto de mi tarea, pero esto no me privaba de mis derechos de propia conservación; derecho que existe en la vida universal, desde la más humilde á la más elevada y cuyo ejercicio la naturaleza restringe tan sólo con limitaciones de poder.

De seguro que te admirarás, hermano, y te preguntarás—¿por qué escribo éstas palabras?—Las escribo porque no me siento con fuerzas para morir con mi secreto. Todos estos años lo he llevado solo; absolutamente solo. Un impulso que yo no puedo describir, ni dominar, me lanza á compartir mi secreto con alguna alma humana y naturalmente, no puede ser otra que la tuya—mi hermano—mi mejor y más querido amigo—que siempre has compartido conmigo todos tus

secretos —y antes de concluir te diré por qué no lo he hecho hasta hoy.

Recordarás todas las circunstancias de la tragedia que aconteció en nuestra casa, en Glen Echo, poco después de haber yo dejado la Universidad y estando tú en Europa. Hemos hablado con frecuencia de ello y á tí lo mismo que á todos te extrañaba el que no hubiera sido posible explicar aquel misterio..... ¡Si hubieras podido adivinar lo que yo sabía!

Yo amaba á Irene Davidge; antes que la amase Silvestre Baldwin.—Antes que él y ella se hubieran encontrado en nuestra casa, yo estaba consagrado apasionadamente á ella.—La adoraba como adoran los hombres de mi temple. Organicé aquella excursión con el propósito de procurarme una decorosa oportunidad para apresurar la realización de mis deseos; porque, comprendía que yo no le desagradaba. Antes que ella regresase á su casa de New York, tenía yo el proyecto de que fuese ya mi prometida. Pero, desde el primer instante que ella vió á Baldwin, comprendí que mi estrella se había apagado, y esto fué en grado ascendente.

Baldwin fué rápido y próspero en su amor, y yo fuí completamente olvidado. Una sola semana, bastó para que ellos fuesen novios. Una tarde tuve la desdicha de ver que él la besaba, estando ambos en el jardín detrás de un frondoso rosal. Si yo no hubiera sido filósofo, hombre frío que razona con calma, los hubiera matado á ambos. Pero conocía mi verdadera situación: fuí dueño de mí mismo y me parapéte en mi teoría favorita, de que el hombre que puede dominarse á sí mismo, puede dominar al mundo entero..... ¡Qué noche más terrible! Me la pasé razonando y discutiendo conmigo mismo.

Mis conclusiones, que entonces, como ahora, me parecieron lógicas, fueron las siguientes: 1º Sin ella mi vida es imposible. Me conozco lo bastante para saber; que, como la amo á ella, no volveré á amar nunca. 2º Si él vive, ella le pertenecerá. Yo, hombre superior á él en todo, menos en aque-

llas efímeras cualidades que son el atractivo principal del otro sexo, seré quien pierda en esta batalla de amor. 3º La naturaleza ordena que el más fuerte triunfe y, por lo tanto tengo el perfecto derecho de eliminarlo á él, puesto que se ha cruzado en mi camino. 4º Si lo suprimo de un modo conveniente y hábil, ella será mía, como lo hubiera sido si él no se hubiera colocado entre nosotros. Por tanto, la supresión de ese intruso me restituirá lo que me pertenece. Lo suprimiré.

Resuelto el proceso, sólo faltaba decidir los medios. Era necesario ejecutarlo todo con la mayor prudencia. Había una absoluta necesidad de que no pudiera recaer sobre mí la más ligera sospecha, que pudiera destruir mis ulteriores propósitos. Evitar la posibilidad de ocasionar toda pena ó humillación á nuestra querida madre y á tí, hermano mío, era tan importante, como evitar anularme la buena disposición del ánimo de la señorita Davidge.

Era necesario, por lo tanto, una meditación y profundo examen antes de proceder para salvar todas las variantes que en la ejecución de cada acto mío pudieran presentarse. Lo de menos para mí ya, era matarlo; pero, era digno de atención el que si me veía compelido á hacerlo por mi propia mano, evitara toda escena que pudiera traslucirse. Aun llegado el momento de mi triunfo, era preciso que mi reputación para el porvenir quedase libre de toda suspicacia sobre aquel acto, y se me siguiera considerando como perfecto caballero. No podía correr el riesgo de hacerme ayudar por nadie.

En pocas horas fijé todo mi plan. No dudo que tú, al conocerlo, convendrías conmigo en que lo fijé con buen juicio, habilidad y precisión, como correspondía á un hombre de ciencia en plena posesión de sí mismo. Afortunadamente, tenía en mi laboratorio todos los materiales necesarios para mis operaciones concebidas; pero había mucho qué hacer. Día y noche trabajaba sobre el techo de nuestra vieja casa, donde tú y yo habíamos

pasado
perfe
y tant
curaba
evadir
siones
para
morad
perder
obra.
mitía
duern
todos
nómic
á nad
mis v
Al
mina
domin
sayos
bien
más i
De
perm
dor y
que s
ne se
nunc
me a
Entr
cend
de n
qued
cio, c
tum
men
sueñ
Abr
mar
allí
de a
no t
cuer
Ten
—E
mar
des
la
por
per
cua
mit
rat
tie
ya

pasado tan felices horas, mientras yo perfeccionaba mis inventos que tanta y tanta admiración te causaban. Procuraba, hasta donde me era posible, evadirme de asistir á las giras y diversiones, tanto por lo doloroso que era para mí verlos juntos, alegres y enamorados, cuanto porque necesitaba no perder tiempo en la preparación de mi obra. De cada cien horas sólo me permitía dormir lo que habitualmente se duerme en veinticuatro. Conocida por todos mi afición á los estudios astronómicos y mi pasión por la mecánica, á nadie extrañaban mis ausencias ni mis veladas.

Al fin lo tuve todo listo. Dí por terminado mi trabajo al anochecer de un domingo, después de escrupulosos ensayos, revisados mis cálculos y estar bien seguro de no haber descuidado el más insignificante detalle.

Después de la comida, por la noche, permanecí algún tiempo en el comedor y las expresivas miradas amorosas que se cruzaban entre Silvestre é Irene se me hicieron más insufribles que nunca; pedí mis excusas para retirarme al laboratorio á eso de las nueve. Entré en el cuarto de Baldwin. Encendí un fósforo y hallé sobre la mesa de noche el libro que él leía antes de quedarse dormido—era *Odas de Horacio*, de mi librería.—Sabía yo la costumbre de Silvestre, de leer próximamente una hora antes de conciliar el sueño.—La tenía ya en el colegio.—Abrí el libro por donde estaba por él marcado, pasé seis páginas y coloqué allí esta nota que llevaba preparada de antemano: “Querido Silvestre: si no tienes demasiado sueño cuando encuentres esto, sube á mi laboratorio. Tengo algo importante que enseñarte. — E. S.” Calculé que tardaría próximamente un cuarto de hora en leer desde la marca hasta donde hallaría la nota, y estaba seguro que subiría porque era gran entusiasta de mis experimentos y le halagaría tanto más, cuanto que yo era muy parco en permitir á nadie que entrara en mi laboratorio. Mi único temor era que en el tiempo que yo le daba no estuviesen ya todos los de la casa dormidos; pues

era esencial para mí el que nadie tuviera conocimiento de su visita. Al mismo tiempo no me atreví á situar la nota más lejos, y que dejase de leerla por entrarle sueño. De todos modos—en caso conveniente—podría diferir el acto para otra noche; pero aquella noche el viento y el tiempo me eran muy favorables y debía aprovecharlos.

Vino poco antes de las once. Yo estaba listo y resuelto.—“Silvestre, le dije, tengo una máquina que he construído para un experimento importante y necesito que me ayudes á probarla.”—“All right, Edwin, replicó. ¿De qué se trata?”—“De un fuerte fluído, extraído de la seda, dije yo, y tengo aquí una porción del nuevo gas. Toma, aspiralo con fuerza. Es como el vino: huele bien.” Se dispuso á aspirar el receptáculo que yo tenía sujeto. Dí vuelta á la llave y como un rayo cayó insensible á mis piés. El aparato estaba lleno con una combinación de cloroformo é hidrógeno puro á gran presión y cuando la llave dió la vuelta una nube del más poderoso anestésico vapor inundó su cara.

Desde aquel instante era yo dueño de la situación. Primero cerré la puerta que comunicaba con los pisos de abajo. Noté, con satisfacción, que él había traído en la mano la nota que le dejé en el libro. Hubiera sido para mí una complicación que hubiera quedado en el cuarto después de su salida. La quemé en el acto en la fornalla.

Una mirada en el anemómetro me evidenció un viento que recorría treinta millas por hora y me alegré al ver que el barómetro continuaba en descenso.

Si hubiera sido posible que un hombre de mi temperamento titubeara en su propósito, la vista de un estuche que encerraba el retrato de Irene, el cual saltó del bolsillo del pecho del *pajamas* al caer él tendido en el suelo, hubiera excitado mis nervios á la continuación de mi tarea.

Con el conocimiento que tú tienes de la exactitud y método con que yo procedo, te explicarás fácilmente, querido hermano, con cuánto cuidado

ejecutaría mi plan, sin descuidar el menor detalle.

El peso exacto del cuerpo de Silvestre era de ciento cincuenta y tres libras. Yo contaba con que se aparecería sin ropa, porque era osado y atlético y tenía orgullo en su habilidad, y resolución en sortear el peligro, circunstancia muy principal, que tuve en cuenta para todos mis cálculos. El peso del globo era de dieciocho libras. Las fajas de defensa y la malla, cinco libras. Total, ciento setenta y seis libras. Por medio de cuidadosas repetidas pruebas, tenía conocimiento exacto del peso de mi gas—casi hidrógeno puro—el ochenta por mil de una onza por pié cúbico y como el aire pesa uno ó dos décimos de onza por pié cúbico, podía contar con una potencia neta de más de un décimo de onza por pié. El globo era esférico y tenía poco más de diez piés de diámetro, dando una capacidad de tres mil ciento cincuenta piés, teniendo fuerza para elevar doscientas diecisiete libras de peso. Necesitaba contar con un pequeño margen para compensar las pérdidas ocasionadas por los escapes de gas. Cuidadosos cálculos de la rareza del aire atmosférico en las diferentes alturas, me demostraron que el globo con su carga ascendería de momento á unos cinco mil seiscientos piés, conservando en aquella altura estabilidad en relación con el peso del aire desplazado y el peso total del aparato con su carga y desde ese momento tendería á su descenso por el lento natural escape de gas.

Lo interesante era que subiera al pronto rápidamente, para evitar que pudiera ser visto por nadie. También era indispensable que la totalidad del aparato permaneciera, á lo sumo, seis horas en el espacio para que pudiera ser trasladado á la distancia conveniente. Al mismo tiempo debía arrojar la carga antes de que amaneciera. Antes de que, por casualidad, pudiera su caída ser vista, pues el terror que su caída ocasionara produciría un terrible escándalo y lo echaría todo á perder. Era altamente importante, para mis propósitos ulteriores, que el

cuerpo fuese más ó menos pronto encontrado é inequívocamente identificado, pues á Irene podría metérsele en su cabeza, algo romántica, esperar año tras año, soñando en la posible reaparición durante su vida, del ausente amante, lo cual anularía la eficacia del sacrificio hecho y mis futuras esperanzas. Por esta razón volví á colocar cuidadosamente en el bolsillo del *pajamas* de Silvestre el retrato de Irene.

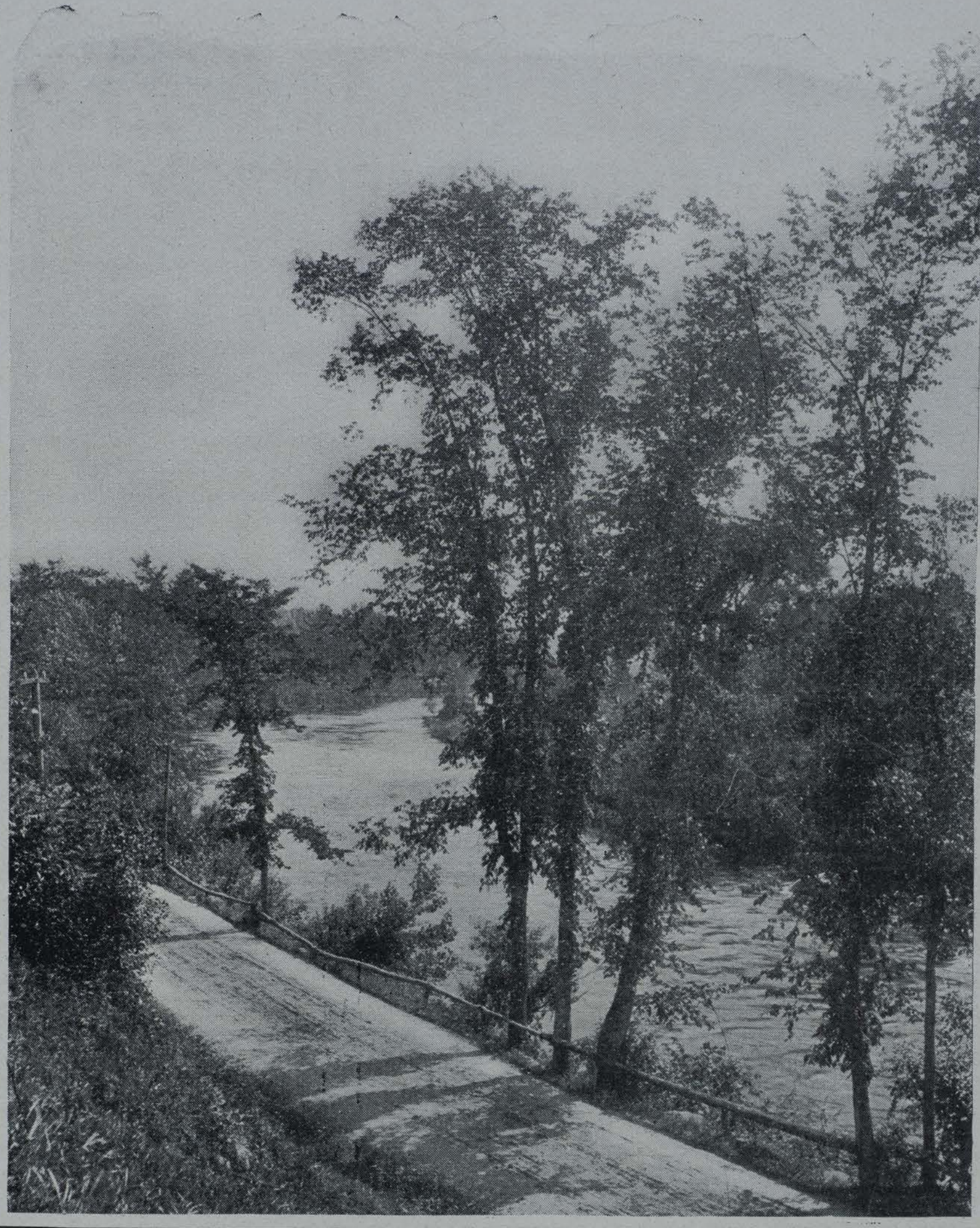
Era absolutamente necesario que el aparato y la carga no pudieran ser encontrados juntos, pues en este caso fácilmente la experta policía daría con el rastro y desde luego vendría á descubrir que globo y cadáver habían salido de mi laboratorio. Para evitar este peligro ya había hecho experimentos en el efecto corrosivo de diferentes ácidos sobre materias textiles y precisé con exactitud el tiempo en el cual una cantidad dada de ácido vitriolo, comería una cuerda de determinado grueso, bajo la acción de un peso de ciento cincuenta y seis libras, que debía decidir su rompimiento. Por estos medios estaba seguro que el aparato y el cadáver se separarían antes de amanecer; el último para caer en la tierra y el primero para elevarse á las nubes y recorrer en poco tiempo algunos miles de leguas, antes de descender ó ser inutilizado. Preparé la cuerda empapándola con el ácido por el centro de la atadura envolviéndola en algodones, para que al romper no quedase ningún fragmento unido al cuerpo, ni quemase el ácido la tela del *pajamas*. Até el cadáver por la cintura y amarré el extremo opuesto de la cuerda á la malla del globo.

Había llegado el momento. Registré minuciosamente todo el laboratorio y me cercioré de que nadie pudiera espiar mis últimas operaciones; ví con satisfacción que la noche era extremadamente oscura y que todo seguía favoreciendo mis infernales propósitos.

A las once y cuarto en punto de la noche del domingo 18 de Octubre, tomé la mano derecha de Silvestre; la

apreté
él.—
chilla
ño gl
llevá
direc
te vi

.....
Po
cuán
cons
men
desp
asist
titu
por
den
rib



apreté fuertemente y me despedí de él.—En seguida con tres rápidas cuchilladas corté las amarras del pequeño globo, que ascendió rápidamente, llevándose el cuerpo de mi rival con dirección al norte, impelidos por fuerte viento.

.....
 Por los periódicos estás enterado de cuánto ocurrió después. Me dediqué á consolar á Irene, á la que oportunamente hice conocer mi amor y poco después de un año de aquel drama, asististe á nuestro matrimonio y constituí un hogar que no ha sido turbado por la más ligera nube. Sin embargo, dentro de mi existencia rugía una terrible tormenta.

Más de una vez, hermano mío, quise echarme en tus brazos y comunicarte mis horribles sufrimientos, pero me detuve siempre ante la idea de que no podías ser copartícipe de mis penas sin serlo de mi crimen. Al comunicártelo, experimento el primero y único consuelo desde que lo cometí.

Adiós, querido hermano.

EDWIN STONE.

Tal fue el secreto de la muerte de Silvestre Baldwin, y dado el arte como fué llevada á cabo, creo que sin mi perseverante curiosidad é indiscreción difícilmente nadie hubiera descubierto aquel misterioso crimen.

BIBLIOGRAFÍA ⁽¹⁾

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN MÉDICO-FARMACÉUTICA.—Director: Enrique Barnet, y Redactores: Dres. Tomás V. Coronado, Miguel F. Garrido, José A. Presno, Carlos A. Moya, Jorge Le Roy y Agustín E. Mascort.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA.—*En la Conciencia*.—Colección de artículos políticos con un prólogo de Gastón Mora.

En la edición semanal de CUBA Y AMÉRICA se ha hablado ya de este libro del Sr. Cuevas Zequeira, por lo cual nos limitamos á acusar recibo del mismo.

OPINIÓN SOBRE LA CUESTIÓN DE SI EL CONGRESO PUEDE ADOPTAR UN ACTA ESPECIAL DE TARIFA PARA CUBA SIN VIOLAR LA CLÁUSULA DE LA NACIÓN MÁS FAVORECIDA EN SUS TRATADOS CON OTROS PAÍSES.—Por Jhon Basset Moore, Ex-Sub-Secretario de Estado.

En este folleto de 14 páginas expresa el autor su opinión, basada en hechos y raciocinios, de que la susodicha cláusula en manera alguna se opone á la mutua reducción de derechos entre los Estados Unidos y Cuba.

Es una voz de aliento y justicia que nos viene del Norte.

PODER Y AUTORIDAD DEL CONGRESO PARA ADOPTAR UN ACTA DE TARIFA ESPECIAL PARA CUBA, SIN AGUARDAR AL ESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO INDEPENDIENTE DE ESTA.

En el mismo sentido de equidad que el anterior se inspira este folleto, suscripto por los abogados americanos Mrs. Pavey & Moore, de New York, y presentado por los mismos á la Cámara de Comercio de esta Capital.

MEMORIA ANUAL DE LA CASA DE BENEFICENCIA Y MATERNIDAD.—En esta cuidada Memoria se da cuenta detallada del estado de todos los ramos de administración de la casa de Beneficencia. Indica un trabajo concienzudo y minucioso.

BOLETÍN DE ARCHIVOS DE LA ISLA DE CUBA.—*Revista bimensual bajo la dirección del Dr. Vidal Morales y Morales*.—Año I., N^o 1.—Digna de alabanza es la idea que guía al Dr. Vidal Morales en la publicación de este boletín bimensual con el índice no sólo de los legajos contenidos en los archivos nacionales, sino también de otros papeles interesantes para nuestra historia.

El primer número consta de 16 páginas nutridas de información. Esperamos los subsi-

guientes que han de ser, de seguro, no menos útiles y provechosos.

LUZ Y CABALLERO.—*Revista Pedagógica*.—Publicación mensual.—T. I., N^o 1.—Esta hermosa Revista nos visita, nutrida y variada. El producto de la misma se destina á proveer de zapatos y ropas á los niños pobres del centro escolar "Luz y Caballero." Tan hermoso rasgo no necesita loores. Por sí solo se comenta.

JURISPRUDENCIA CUBANA.—*Por Angel C. Betancourt, Magistrado del Tribunal Supremo*.—Habana, 1902.—Constituye este volumen, un prontuario, hecho por orden alfabético, de la doctrina sentada por nuestro Tribunal Supremo en diversos asuntos de jurisprudencia. Libro útil, y acaso necesario para los abogados, tanto para consulta como para citas, y ayuda posible en muchos casos de duda. Nos permitimos, pues, recomendarlo calurosamente.

ANTONIO MIGUEL ALCOVER.—*El periodismo en Sagua*.—Habana, 1902.—En este concienzudo libro, debido á la pluma de nuestro estimado colaborador Sr. Alcover, se hace con gran lujo de detalles y erudición y estilo castizo, fluído y claro, la historia completa del periodismo en la villa de Sagua.

Trae el libro no pocas reproducciones de títulos de periódicos sagüeros, hecha con limpieza y corrección. También trae los retratos del Sr. Alcover y Jaumé, fundador del periodismo en aquella población, y de otros varios periodistas.

Es esta obra una prueba de las condiciones que concurren en el Sr. Alcover para acometer una obra de mayores vuelos. Esperémosla. Su edad, su inteligencia y su laboriosidad nos facultan para esperarla.

Don Ramón Sotolongo, Doctor en Medicina y Cirugía.

Certifica: Que hace diez años usa en su clientela la «Emulsión de Scott» de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, en todos los casos de raquitismo, tuberculosis y escurfulas, habiendo obtenido de dicho medicamento resultados sorprendentes.

Y para que conste donde convenga expide la presente en San Antonio del Río del Norte, Cuba, á 8 de Junio de 1894.

Dr. Ramón Sotolongo.

(1) Daremos cuenta en esta Sección de los libros y folletos de que se nos envíe un ejemplar.